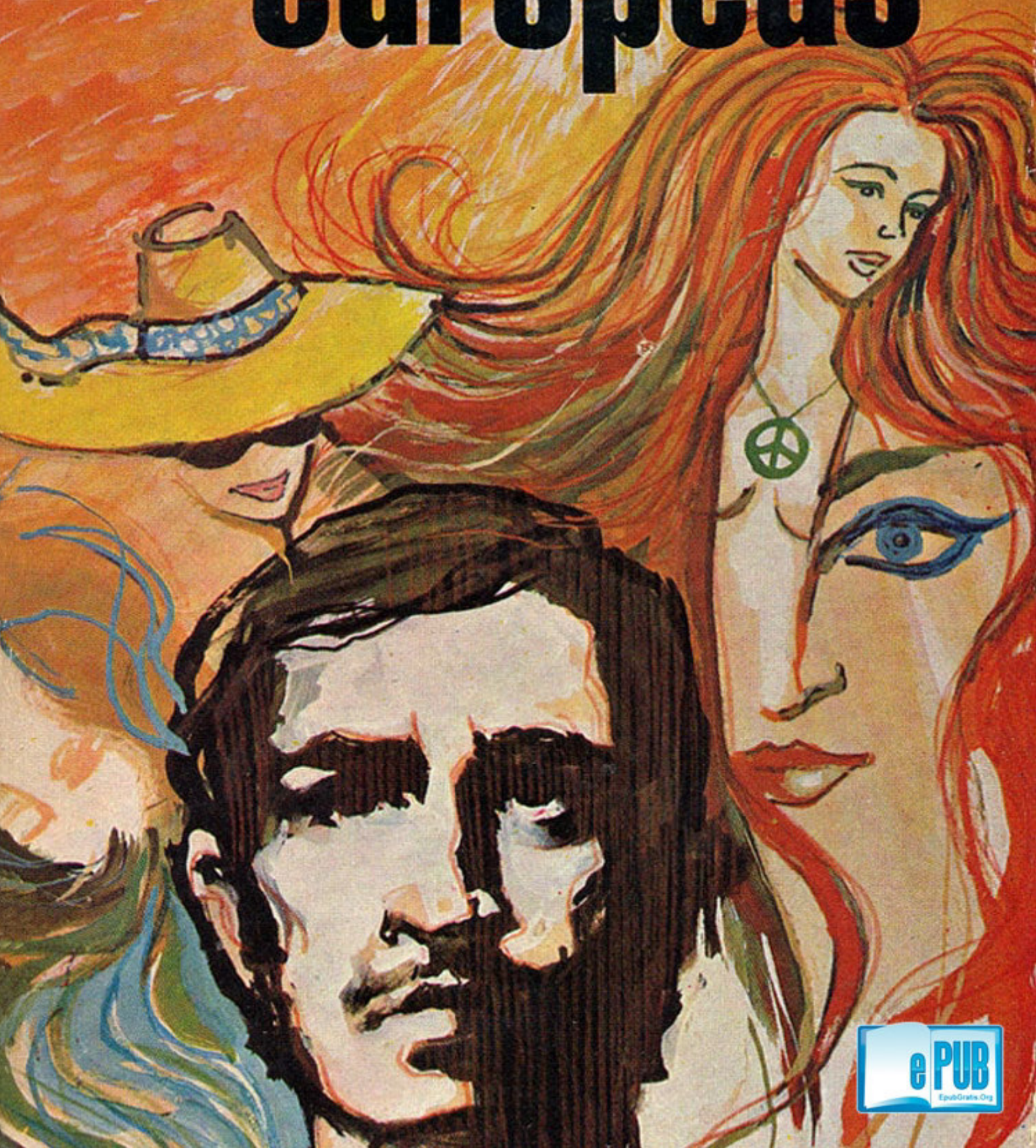


FRANCISCO UMBRAL

las europeas



En esta obra de Francisco Umbral se recogen cinco historias de cinco europeas –todas de distinta nacionalidad– en España. Las cinco giran en torno a un pivote, que es el narrador masculino, y las cinco resumen bien el fenómeno del turismo en España, a la vez que constituyen una muestra de la nueva feminidad europea en las sociedades industriales avanzadas. Son cinco incógnitas, cinco casos, cinco crisis emanadas de la crisis general de la mujer en una civilización realmente inhóspita.



Francisco Umbral

Las europeas

ePub r1.0
Titivillus 18.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Las europeas*
Francisco Umbral, 1970
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

La proposición de Sigmund Freud acerca de que la civilización está basada en la subyugación permanente de los instintos humanos ha sido pasada por alto. Su pregunta sobre si los sufrimientos infligidos de este modo a los individuos han valido la pena por los beneficios de la cultura no ha sido tomada muy seriamente —tanto más cuanto que Freud mismo consideraba el proceso inevitable e irreversible—. La libre gratificación de las necesidades instintivas del hombre es incompatible con la sociedad civilizada: la renuncia y el retardo de las satisfacciones son los prerequisites del progreso. «La felicidad —dice Freud— no es un valor cultural.» La felicidad debe ser subordinada a la disciplina del trabajo como una ocupación de tiempo completo, a la disciplina de la reproducción monogámica, al sistema establecido de la ley y el orden. El metódico sacrificio de la libido es una desviación provocada rígidamente para servir a actividades y expresiones socialmente útiles, es cultura.

HERBERT MARCUSE

Agosto era una confusión de mar y mujer desnuda. Por la mañana, puros todavía de la inocencia del sueño, íbamos al mar como a un cielo en vida. El mar le ponía al verano un zócalo profundo y vivo. El mar era la gran negación, el «no» sucesivo de cada golpe de agua a nuestras alegrías y nuestras prisas, a nuestras fiestas y nuestro ocio, a todo aquel pavoneo soleado de las vacaciones elegantes. El mar debiera ser esa cosa elemental y salvaje, grande y pura, que borrara de un manotazo tanta vanidad de un día. Esto, si nosotros hubiésemos sido menos vanos, si nos hubiéramos detenido alguna vez frente al infinito del agua, no para posar con una mujer o para una fotografía, sino realmente enfrentados con la verdad reiterada y enorme del mar. Porque el mar está ahí como en el primer día de la creación, es el absoluto con que medir nuestra ambición siempre corta y mediocre. Mas no era así. Por el contrario, habíamos conseguido hacer del mar el fondo común de nuestras elegancias, y él, su presencia tácita —aunque le mirábamos tan poco— era lo que daba un secreto prestigio a las fiestas de cada noche, al fondo de los espejos, a los ojos de las mujeres, a la transparencia submarina de los licores. El mar era la gran presencia no confesada que venía a justificar ese algo viajero y mundano, ese lobomarinismo que era posible rastrear en el buen burgués de todo el año, en el sedentario gerente de tierra adentro. Vivíamos todos de prestado, de lo que nos prestaba el mar: un aura de aventura y lejanía, de exotismo y crucero.

Porque habíamos conseguido hacer sociable y presentable al mar. Con nuestros clubs náuticos y nuestros blandros y nuestras cenas a la orilla del agua, le habíamos quitado al mar, en unas millas en torno a la costa, su agresividad primitiva, su condición de verdad permanente e irónica, esa cosa selvática que tiene el mar. El Mediterráneo no es más que una marina de fondo para las recepciones elegantes de Niza, de Marbella, de las islas pliegas. El mar y la sal. La sal sí conservaba ese olor a origen, ese hálito genital que no admite engaño. Dormíamos en sábanas de sal, bebíamos un whisky salado, nos besábamos frente a espejos como salinas y nuestros besos eran realmente besos de sal, tenían ese instante de sal que da toda mujer cuando la sal diluida en su sangre se agolpa en la boca, en los labios, en la saliva, para el amor.

Pero vivíamos con nuestra segunda naturaleza —nunca ya con la primera—, tan dentro del mundo, tan en nuestros hábitos, tan seguros en esa seguridad que da el recibir cada mañana invitaciones para la fiesta de la noche, por toda la eternidad, que ni siquiera la presencia de la sal, su blanca fantasmagoría, su olor y su sabor fuertes, desnudos, animales, nos despertaban del largo y hermoso sueño del vivir al día. Y la sal punteaba con estrellas diminutas los párpados femeninos y hacía pulcras y marineras las grises patillas masculinas. Ella estaba acompañada.

Yo no la había visto nunca en la playa. Quizá no se bañaba en el mar. La vi por primera vez una noche, en la terraza de un restaurante. Vi su cabeza un poco romana, con el pelo corto y rizado, la nariz larga y el cuello desnudo y fuerte. Vi sus ojos grandes, fatigados, sonrientes y como lacrimosos. Quizá, como de haber llorado de risa. Vi su suéter de tejido gordo, tosco, deliberadamente basto, abultado por unos senos que sin duda eran grandes y quizás empezaban a morir, aunque en esto no pensé entonces. Sin duda era europea y tenía los mismos años que yo o alguno más. Lo primero que despertó en mí fue el recuerdo de una película vista en la primavera anterior, días antes de salir de viaje. En aquella película había una actriz griega, madura, con un suéter semejante al de la desconocida. (También los senos de ambas mujeres eran semejantes.) De modo que ella tuvo para mí un prestigio vagamente cinematográfico, porque el cine es una influencia difusa y general en la conciencia de nuestro tiempo, en la sensibilidad de la gente, y si algo es en alguna manera cinematográfico, difícilmente podemos sustraernos a su fascinación. La observé durante aquella noche. Aunque tenía el rostro un poco arrasado, casi el rostro del dolor, sonreía e incluso reía mucho, y este contraste también fue decisivo para que me interesase por ella.

Una mujer de rostro doloroso, que sonríe con facilidad, es una promesa de alegría conquistada, de felicidad conseguida en el camino de la vida, de goce consciente y profundo. Esto debía ser más o menos lo que yo pensaba o sentía cuando observaba a aquella mujer. Y mi observación se fue convirtiendo insensiblemente en captación, como ocurre siempre. Sin darme cuenta, había pasado de mirar a aquella mujer a tratar de que ella me mirase. Quizá toda observación es siempre una vigilia cinegética. Quizá no exista la observación desinteresada. Desde luego, no existe entre hombre y mujer. La desconocida ya sabía que yo la estaba mirando y de vez en cuando giraba los ojos por una rueda de rostros, para acabar posando su mirada en mí. Era una mirada rápida que me llegaba siempre cuando ella estaba sonriendo, cuando el desorden de la risa le permitía mirar a unos y a otros. Yo debía estar serio, muy serio, en respuesta a tanta jocosidad. Ella estaba acompañada, sí, de modo que aquella noche se marchó como había llegado, paseando entre las cabezas de los comensales aquellos senos grandes que no llegaban a la desmesura, que tenían algo de sensatez en su línea, algo de madurez conseguida, de estar la mujer en su punto, ni adolescentemente incompleta ni cómicamente desproporcionada. Llevaba un pantalón vaquero. Se fue sin mirarme.

Los encuentros se repitieron en aquella vida enclaustrada entre los hoteles y el mar. Éramos todos como unos insectos de lujo contra el cristal del mar, dentro de no sé qué botella, y yo sufría a veces de esto como si realmente un observador estuviese al otro lado del cristal observando nuestras evoluciones, nuestros bailes, nuestras comidas, nuestro ronroneo y nuestra cohabitación. Ella, insecto femenino e inquieto, se daba contra el cristal una y otra vez, como yo y como todos. La reclusión nos iba acendrando peligrosamente al mismo tiempo que el ocio nos iba desestructurando, porque no es verdad que sean buenos el ocio ni la soledad ni la contemplación. Estamos hechos para la actividad y el intercambio, consistimos en una sustancia eminentemente comunicativa, y el quedarse quieto y solo es peligroso. Siente uno afluir el vacío que lleva dentro, la nada que le constituye, y puede subírsele la nada a la cabeza, como el oxígeno, y enloquecerle. Todos andábamos ya un poco tambaleantes de ocio, embriagados de nuestra propia nada mucho más que del alcohol de la última fiesta.

Ella, en cada encuentro se me hacía más ostensible. Aunque iba siempre acompañada, ya no sonreía al tiempo de mirarme, o viceversa, sino que me miraba y me sonreía directamente. En los salones, en los pasillos, en los paseos, por las calles, entre la gente, por largas galerías de sol o suaves carreteras nocturnas, en la rueda lenta de aquella gente borracha de ocio, los leves encuentros con ella eran punzadas de actualidad, de peripecia, eran el argumento de la vida, que volvía. Pero yo no me decidía a actuar. La inactividad, sí, me había desestructurado. Una mañana me senté solo frente al mar, a pensar en ella.

Las olas venían a aquel rincón de la playa como una alegoría viva. Yo estaba a la sombra de un sombrero, en un bar de tablas, con la camisa azotada por el viento y el bañador puesto. Tras de mí, el bullicio manso y claro de las voces en el mostrador del barracón, un leve olor a fritura y a crema bronceadora. Ante los ojos, el horizonte creándose a sí mismo, la repetición del mar, las mil variantes de la espuma al desfogarse contra la roca verdinosa, clara y oscura, erosionada, maltratada por el mar en unas zonas, dulcemente acariciada y pulimentada en otras, como una vida víctima del destino inconstante o del influjo voluble de otra vida. Aquella mujer podía ser el amor, un amor. Aquella mujer podía ser la aventura, una aventura. Pero sentía que el ocio, el vacío, el verano, el sol, el mar, volvían a tener sentido. O, mejor dicho, argumento. El amor no es lírico, como dicen, sino épico. El amor es la gran épica de la vida. Le pone argumento a las cosas que no lo tienen: el tiempo, el ocio, el trabajo, la música, el cuerpo.

En mi abandono, en mi vacación, todo había ido desanudándose, aflojándose, perdiendo la artificial consistencia que le da a los días el trabajo y la costumbre. Ahora,

la mirada de aquella mujer, su sonrisa, su posibilidad, volvían a conjurar todos los elementos dispersos en torno a mí. Todo se estructuraba por sí mismo, se jerarquizaba. Todo me ponía en disposición de iniciar la aventura. El mundo volvía a estar en orden. Me sentía tenso en lo más tenso de la ballesta del destino.

Ya no era una señal perdida entre las páginas del libro de mi propia vida. Y este reencontrarme era reconfortante, excitante, tanto o más que la aventura en sí misma. Decidí actuar. Pero aquella noche, cuando le di a ella oportunidades, como ir varias veces al teléfono o cambiar unas palabras casuales, estuvo tensa y ajena. Volvía a ser verdad algo que yo había olvidado por evidente: estaba acompañada. Y este primer fracaso me devolvía rebotado, no a la laxitud y el desorden de toda aquella temporada, sino a una soledad dura y arisca, a un enclaustramiento ya no voluntario, sino impuesto.

La buscaba por las rotondas que daban al mar, allí donde los paseos de grava se abrían en abanico. Aquel bar nocturno, todo de velas rojas temblando en el soplo de la brisa, aquella rusticidad tan prevista, las cenas entre cuadros y pianos, como un palacio desalojado sobre una playa, extemporáneamente. Toda aquella riqueza, aquel mundo interior de candelabros, óleos, tapices, puestos a la intemperie del mar y el salitre. Las gentes se vestían como para la gran gala del mar y hablaban en susurro.

La buscaba en aquel club con música, el gran espejo negro donde bailaban muchachas de cintura desnuda, muchachos de largo pelo, una amplia estancia con libros y cuadros, unas paredes negras, y arriba el cielo, la noche altísima, las estrellas. La buscaba en los pequeños bares del pueblo, bares con nombres italianos y franceses, rincones de música y licor que ardían entre las callecitas blancas como velatorios, como mínimas capillas ardientes con grandes flores falsas y una hornacina de la que había volado el santo. Sin duda, en aquellas esquinas íntimas del interior del pueblo nunca había ardido una vela en un portal durante toda la noche nada más que cuando alguien moría en el vecindario, quizás un niño, porque a los viejos tampoco se les hacían velatorios tan largos. Y a eso me sabían a mí aquellos bares extranjeros, a velatorio infantil, a noche de muerto, a flores quemadas y cadáver que empezaba a oler, trabando por el calor de la noche de verano. Pero ella había desaparecido.

Quizá fuese que siempre la había visto poco, pero ahora que la necesitaba me parecía que la veía menos que nunca. Cuando alguna vez me cruzaba con ella, siempre iba acompañada. Es curioso cómo puede llegar a desaparecer el hombre que acompaña a la mujer en quien nos hemos fijado. No hubiera podido decir cómo era, quién era, y le había visto tantas veces como a ella, puesto que siempre iban juntos. Hablan algunos médicos del «olvido voluntario», respecto de otras cuestiones, y bien se podría hablar de miopía voluntaria cuando se trata de un individuo que nos molesta o, más bien, que queremos ignorar (quizá por un atrofiado, pero existente, sentido de culpabilidad), Él no existía para mí. Y no porque ella le eclipsase, como podría creerse mediante una percepción grosera, sino porque yo no quería que existiese. *Necesitaba que no existiese.*

Y ahora, de pronto, estaba hablando con ella, allí, en medio de la gente, en mitad de la calle, y no había ninguna violencia entre nosotros porque teníamos ya adelantado todo lo que nos habíamos dicho con miradas, con sonrisas, con medias miradas y medias sonrisas. Nada se pierde en el juego erótico, todo es camino andado, cada gesto y cada ademán, por lejanos que sean, suponen un acercamiento, un trenzado tenue de intimidad entre dos personas. Ahora, hablando con ella, que tenía el sol de la tarde en el rostro, veía yo que mis gestos, mis acercamientos tímidos y mi mirada insistente, todo ello tan banal e inexistente para mí mismo, había sido una larga conversación, un eficaz diálogo. Yo había avanzado, sin darme cuenta, mucho más de lo que podía suponer, como cuando en el mal sueño intuimos que el tiempo se ha parado, que el día no va a llegar nunca, y de pronto, al abrir los ojos, es ya la mañana. Eran los últimos

días de aquel verano y de alguna manera había renunciado ya a hacer realidad nuestra posible historia. Pero ella estaba allí, ante mí. Venía por la acera, despacio, del brazo de otra mujer, y al quedar frente a frente nos detuvimos con naturalidad y empezamos a charlar. Ella y su compañera eran francesas. La otra mujer hablaba poco y me miraba con ese exceso de atención que descubre en seguida a los seres poco inteligentes. Ella se llamaba Jeanette.

Jeanette, de cerca, tenía efectivamente los ojos entre rientes y llorosos, y todo el rostro como arrasado por una gran desgracia, aunque reía mucho y hablaba vivazmente. Su voz, su voz ronca, oscura, tan de mujer francesa, esa voz que amamos desde los discos de Edith Piaf. Pronunciaba con esa guturalidad elegante que nos trae toda la umbría de los bosques de Francia, y el acento cordial, alegre, cortés, civilizado, de cada terminación, venía a colonizar el bosque, a urbanizarle, a convertirlo en jardín. Así debían hablar las damas de las Cortes de amor en la Francia medieval. Me decía que sí, que ella también se iba en seguida, a los pocos días, que podríamos vernos en la ciudad —la ciudad era Madrid— poco tiempo más tarde, y yo le di una cita en un café y no hablamos para nada de nuestra relación muda de los días anteriores ni del hombre que la acompañaba siempre. ¿Había salido, quizás, a buscarme, en compañía de aquella amiga? Esto no lo pensé entonces. Sólo lo pienso ahora.

Íbamos a vernos en Madrid, en un café, pocos días más tarde. Todo era ya normal, natural, cotidiano —dentro de la cotidianidad de lo erótico, que también existe—, y esto empezó a empobrecerme secretamente la aventura, a restarle prestigio a aquella mujer. Pero era un proceso degenerativo apenas iniciado, tenuísimo, que yo no advertía detrás de mis palabras. La historia estaba comenzando e iba a más arrolladoramente.

La luz de la tarde daba en su pelo que lucía cobrizo, en su frente gastada, bella, y sacaba toda la acuosidad alegre de sus grandes y cansados ojos. Tenía la nariz un poco aguda y la boca amplia, fácil, con una risa abierta que le quitaba empaque a su testa vagamente romana, pero en cambio hacía a toda la mujer más cercana, más doméstica, más asequible.

Había terminado la consabida etapa de las señas, de las miradas, ese código universal del sexo que es el dulce morse de la especie. Ahora ya no éramos dos mitos que se vislumbran entre sí en la inmensidad del tiempo y el espacio, sino una mujer y un hombre reales, discretos, civiles, que empezaban a planear tácitamente la manera de acostarse juntos.

No era yo insensible a este ir perdiendo grandeza nuestra historia todavía inexistente, a este irse quedando la epopeya en novela corta. Pero la proximidad y la casi certeza de la aventura me compensaban de tanta pérdida y me dejaban dulcemente envilecido. Si hablé poco con ella en esta primera conversación fue quizá porque involuntariamente me resistía a perder el prestigio de mi hermetismo, de mi distanciamiento, de mi soledad.

Pero estas victorias eróticas sólo se consiguen a costa de una secreta claudicación del yo. Tuve su mano en la mía al encontrarnos y al despedirnos. Sólo cuando volvía a estar solo empecé a sentir lo que había sido el primer contacto de aquella mano fina, trabajada, pulimentada, aquel saludo con voluntad ya de caricia. Era francesa, pero no era de París. En el amor, encontrar una francesa que no es de París, es como salir a buscar orquídeas y volver del campo con una desconocida flor silvestre.

En los días sucesivos, hasta volver a Madrid, paseé solitario por la orilla del mar. Me sentía ya casi libre de aquel suntuoso enclaustramiento, fuera de la botella. Y no quería tener nuevos encuentros con Jeanette hasta nuestra cita madrileña. Después de haber hablado con ella, después de haber anudado suavemente un encuentro futuro, temía que las cosas pudieran estropearse por una mirada, por una sonrisa. Ya no sentía necesidad de ver a la francesa, por otra parte. La había situado en un futuro inmediato,

allá en Madrid, y hubiera querido que el tiempo la embalase directamente a su punto de destino, como una porcelana adquirida en el puerto exótico, que mandamos embarcar y de la que nos desentendemos hasta tenerla en casa, en el rincón elegido para ella. Paseaba yo al atardecer por la orilla del agua, frente a esas puestas de sol marinas que la literatura y el arte han estropeado para siempre, porque todo el mundo ha conocido estos espectáculos naturales a través de un cuadro o de un poema, antes que en la Naturaleza, y así, el poniente nos remite siempre a un poniente literario. El mar y el atardecer son ya una cosa libresca y da una especie de vergüenza interior amarlos. La cultura, segunda naturaleza, pasa así a ser la primera. Se han escrito libros y poemas para evocarnos el mar, y ahora, a la vista del mar, lo único que evocamos es un libro.

No deja de ser angustiada esta reducción que la cultura opera en la vida, esta angostura a que se va constriñendo el alma muy trabajada por los libros. Buscaba yo la manera de que mis emociones fuesen verdaderas y naturales, pero de tanto mar y tanto cielo no conseguía depurar sino una emoción estética pequeñita, y me parecía más ruin que nunca reducir la naturaleza a una metáfora. El mar tendía sábanas de sal a secar en el aire del atardecer, el pequeño puerto pesquero espiraba su propio aliento de alquitrán, alguien había encendido una fogata en la sombra para asar en ella las sardinas recién pescadas. El sol, antes de desaparecer, iba haciendo un recuento melancólico de las cosas, de los mástiles, de las rocas y las playas. Y yo no podía vivir todo esto directamente, como aquel muchacho que hacía pingaletas con un perro a la orilla del agua. Entre mí y el paisaje estaba la cultura, estaban las mil referencias librescas al mar y la soledad. Volvía yo cada tarde al reino de las luces y los hoteles, a los encendidos comedores de la cena, frustrado de naturaleza, incapaz de vivir realmente una puesta de sol, secretamente reconciliado con mi civilización y con mi mundo, empecinado de mundanidad para siempre.

En el último día de mi estancia allí, volví a sentarme por la mañana a la sombra del sombrero, en el bar de la playa, con la brisa combatiéndome el pecho desnudo, frente a tanto mar abierto. Pensaba en Jeanette.

Jeanette, su cuerpo, la mujer, cualquier mujer, sí era, sí es naturaleza. Quizás, el último camino de vuelta a la naturaleza que le queda a uno es el sexo. La mujer es el atajo breve y blanco por donde volver a encontrarse en seguida con las realidades primarias de la existencia, con la confortabilidad de la especie. Por eso el hombre de presa que llega a insensibilizarse también para la mujer, como para el arte o el juego, se convierte definitivamente en un monstruo. No es esa brutalidad de gerente para con las mujeres, su invento de la mujer-objeto, sino la consecuencia de haber cortado el lazo último que unía a ese hombre-gerente; hombre-máquina, hombre-despacho, con la vida natural. Él es ya algo independiente de la naturaleza. Se ha emancipado totalmente. Comienza a fosilizarse, a mineralizarse, a convertirse en algo monstruoso, ya no humano.

Esa insistencia de algunos hombres de grandes negocios, de algunos políticos por mantener una amante, a la que apenas ven, a lo largo del tiempo, puede que sea el miedo secreto y no conocido a esa mineralización, la necesidad de conservar un último lazo con las realidades originales.

No era éste mi caso ni lo es ahora, aunque quizá la cultura había obrado en mí como el dinero o la técnica en otros: de mineralizador. Y esto lo advertía mejor cuando aquella mujer había aparecido en mi vida. Entonces me daba cuenta de lo lejos que había vivido de la realidad más real, siempre entre libros, pianos y tazas de café. Una mujer de nuevo en mi vida, otra mujer, después de tanto tiempo, era como salir al campo después de una larga convalecencia de lecturas, conversaciones y sueños. Era, sencillamente, la vida, mi vida, tras esa larga y estéril imitación de la vida que es la cultura. Así, el recuerdo de Jeanette —de quien, por otra parte, tenía tan poco que recordar— me ayudaba a sentirme en contacto directo con el mar.

Logré, pues, una primera y última aproximación a la Naturaleza cuando ya me alejaba

de ella. Aquella mañana, el sol era un pájaro de grandes alas en el cielo, el mar creaba y borraba barcos en el horizonte y el viento venía cargado de paisajes africanos de la otra orilla. Estuve entre las gentes del sombrero bebiendo algo lentamente y mirando a las muchachas casi desnudas a la nueva luz del descubrimiento de Jeanette. Porque las mujeres, como las estrellas y las manzanas, se contagian hermosura unas a otras.

Cruzaba el *campus* universitario con un paso trezado, rápido, decidido. Llevaba la cabeza baja, la espalda muy recta, y caminaba con una graciosa obstinación de mujer atareada. Su pelo corto y rubio le dejaba cabeza de muchacho.

Yo la miraba tras los cristales lluviosos de aquel verano en el Norte, ciudad de cielos bajos y grises, como una grande y parada pesadumbre. Yo la miraba todas las mañanas y distinguía desde lejos su falda verde, de un verde iluminado que no estaba en el paisaje, que se despegaba de toda la gama de los verdes, de toda la escala suave y profunda de tonos que iban dando los árboles, los valles, las montañas. El mar tenía ese rizado litográfico de los grabados nórdicos y la fina llovizna era como una incesante caligrafía que abrumaba nuestras vidas. En el *campus*, sobre la hierba, unas cuantas mesas y butacas blancas, distribuidas con la feliz versatilidad de la vida, en torno del estanque o lejos de él, y las cabezas rubias de los estudiantes, de las estudiantes, un oro breve que era hijo errabundo del sol ausente. Se doblaba la mirada en esa angostura cantábrica de los paisajes que dan al norte del mundo, de los mares muy poblados de veleros de nubes. Ella caminaba hacia un aula, hacia su departamento, hacia la salida. Casi siempre solitaria. A veces, yo estaba allí, en el *campus*, sentado en una de aquellas butacas blancas y bajas, sintiendo en el rostro la mano secreta de un verano de incógnito.

Porque el verano estaba allí, en las copas de los árboles, en el viento, pero no era visible, y había que quedarse muy quieto y muy olvidado en lo gris del paisaje para sentir en la piel la caricia de la gran presencia cálida e invisible. Yo estaba allí y ella pasaba con su rostro inmóvil. Tenía las piernas muy dibujadas, con el músculo un poco prominente, y las trababa al andar graciosamente, de una manera un poco mecánica. No era aquél el andar soso y duro de las mujeres de su raza.

Los estudiantes vivían dentro de la gran asignatura de un país y una vida distintos. Eran las mocedades de Europa y América, una juventud de suéter y pantalón de mahón, de ropa muy rozada, amplia, muy amplia, o ajustadísima, el dulce tegumento de su indumentaria, que empezaba a mostrar la textura en los sitios muy usados. Chicos y chicas de ademanes lentos, indolentes, de posturas difíciles, de anatomía elástica y tranquila, siempre en actitud holgazana para estudiar de firme. Tenían esa naturalidad de estar siempre en su dormitorio —el mundo entero era o podía ser su dormitorio, una prolongación de su alcoba infantil— y se vestían a medias y se revolían mucho el pelo con la mano. Un día me acerqué a ella en el bar estudiantil y le pedí un cigarrillo. Me acercó su paquete de un tabaco negro de carabinero, que por lo visto era lo que fumaba en España, lo único que le producía algún cosquilleo en la garganta y, por otra parte, lo más barato que había encontrado en humo.

Me dio lumbre con una cerilla sin dejar de mirarme a los ojos con una mirada grande, fija, un poco espantada, que no dejó de asustarme un tanto. Bajo el flequillo corto y duro, aquellos ojos tenían algo metálico, algo de mirada de águila, y a esta sensación contribuía su nariz grande y un poco curva. Tenía los pómulos y la mandíbula anchos, y una boca grande, abultada sin lujuria, un poco seca (lo que también ayudaba a quitarle sensualidad). Hablaba poco, hablaba mal, un español germánico y torpe, pero su mirada estaba lija en mí de una manera definitiva. Era una miraba, por otra parte, que se tomaba tiempo. Aquello iba a durar.

Sus manos eran feas, como de muchacho, con los dedos un poco chatos. Manos delgadas y sin pose. Manos prácticas, útiles como herramientas, castas y quemadas del tabaco. En aquellos ojos verdes y parados, una mirada que venía como de otra persona, que podía ser la mirada de Jeanette. Una mirada llena de desolación y preguntas. ¿Otra mujer desgraciada y solitaria? Razas lejanas y alias se asomaban nuevamente a mí desde los ojos de una mujer. Era como si Europa toda fuese un fondo de tristeza y tormenta que se me asomaba de tarde en tarde a un vitral femenino.

Quizás, una raza de mujeres desgraciadas, una fatalidad del otro sexo vagaba por el

mundo y se me encarnaba a veces en un cuerpo de mujer desconocida. Hubiera dicho que era Jeanette, algo que llamaremos convencionalmente la esencia de Jeanette, bajo una apariencia vagamente modificada, ligeramente inédita (y bastante más atractiva).

Era holandesa y se llamaba Guill, o algo que podía resumirse en esta sílaba de cuatro o cinco letras. Hay personas que traen consigo en un primer encuentro toda la novedad de lo desconocido, todo el claro prestigio de lo inédito. Otras, por el contrario, aunque recién vistas por primera vez, nos abruman ya de pasado, de inactualidad, desde el primer encuentro. Algo de esto había en Guill, hasta el punto de que casi me arrepentí de haberla conocido, de haber entrado en el radio de su mirada verde y fija. Y esta vaga noción de cosa sabida que ella me producía, la concretaba yo en Jeanette, o la refería a ella por orientarme de alguna forma. Estábamos en el bar universitario, con un verano gris y frío tras de los cristales, y estaba yo en Jeanette: largos paseos nocturnos por la ciudad, el amor en aquella buhardilla, a última hora, su gratitud triste, su pasado de adulterio y pedagogía, y sobre todo sus cartas largas, cultas, con todo el perfume de la provincia francesa y unos dibujos a tinta un poco siniestros.

Pero comprendí a tiempo que la liberación no estaba en huir —imposible huir de aquella mirada compacta, consistente—, sino en profundizar en este nuevo ser hasta que se fuese diferenciando de la otra y de mi recuerdo por sí misma, por su intimidad, por su vida. Y de pronto sonrió Guill, y me sonreía nuevamente Jeanette, con dulzura y reproche, con algo alegre y algo feo en la sonrisa, aquel poco amor, tantas promesas incumplidas, su escritura literaria y lejana. Pero Guill tenía los dientes más hermosos, la boca más joven, los ojos más brillantes.

Era la desgana de iniciar una historia ya sabida, ya vivida. Y no sólo por el recuerdo de Jeanette —¿cómo saber que no era ella, que no era la misma, cómo separar radicalmente a un ser de otro ser en la indeterminación de lo humano?—, sino por lo que Guill tenía de consabido en su piel gastada, en sus manos trabajadas, en su bello cuerpo delgado, en el regazo verde de su falda.

Había otro ser en su mirada. Había un cadáver, quizás, en el fondo de sus ojos. Su belleza, la belleza de su rostro, era como obtenida de una adustez, como la belleza que resulta de labrar con amor una piedra muy dura. Era como otra Jeanette más joven, más entera, más hermética, pero con la misma desolación dentro de sí. Aquella noche estuvimos en un local nocturno de la ciudad, entre espejos ovales y maderas de penumbra. Un sitio donde se entraba inclinando la cabeza en un obligado movimiento de clandestinidad, por lo bajo del dintel que ya desde el primer momento le ponía a uno en situación de impunidad, de misterio, ese misterio pueril que consiguen algunos clubs con una penumbra roja y una música amarga.

A lo que más se parecía el sitio era al sótano de un palacio, con sus consolas derruidas, sus vigas vencidas y sus candelabros dormidos. Era un largo pasillo con pequeñas habitaciones a los lados y muchas escaleras de madera que lo complicaban todo. En la barra y en los rincones, gentes de otras ciudades con el tono ocre de la piel borrado por la palidez de aquella atmósfera. Los jóvenes estudiantes y las jóvenes estudiantes bailaban en un rincón, bajo un foco que creaba un reducido claro de luna. Era todo aquello el mínimo de clandestinidad que podía crearse en la noche de la ciudad. El mutismo de Guill, su beber silencioso, estaba cargado de historias, de palabras, de pasado, sin duda.

Yo adivinaba una cargazón de vida tras sus ojos verdes y fríos como se adivina o se presiente, tras una puerta cerrada, si la habitación que hay detrás está vacía o plena de cosas, de muebles, de secretos. El mutismo que a Guill le imponía el idioma era sólo el cerrojo más externo y visible de su mutismo interior. Cuando salimos de allí, de aquella falsa noche, hacia la noche verdadera de las calles y el mar, tomé la mano de Guill y caminamos largamente. Paseamos por parques que se abrían a la orilla del agua. Eran parques provincianos que la noche había llenado de su cultura confusa y murmurante.

Llegamos a una glorieta de juegos infantiles e hicimos la inevitable parodia de los columpios, y ella soltaba extraños gritos alegres de pájaro nórdico. Se había puesto unas gafas que no intelectualizaban su rostro, sino que le daban una picardía colegial de niña aplicada y divertida, una picardía que aquel rostro sin gafas no tenía habitualmente o tenía tan solo cuando ella reía —tan poco—, en un momento determinado de la risa. Bajo un puente fingido, en un regato del parque, había un cisne inmóvil, blanco, no sé si dormido o despierto, como encantado, como enhechizado por el maleficio de la noche. Era una presencia pálida e inesperada, una masa leve, pero muy concreta, algo sobre lo que me hubiera gustado fantasear un poco con Guill si ella hubiese podido entenderme.

La observé para saber si participaba de aquel encuentro tan literario. Me pareció que aquello, para ella, era algo perfectamente obvio: un cisne en el regato y un regato en el parque. Todo en orden. Un regato en el parque y un parque en la ciudad. Experimenté por primera vez, vagamente, el choque de aquella raza, de su raza, el insulto de la lógica, del escueto racionalismo a mi fantasía meridional. Dije algunas cosas en voz alta sobre el cisne, pero advertía en Guill la doble incomprensión del idioma y de la sensibilidad. En aquel momento hubiera dado media vuelta y me habría ido tranquilamente a dormir, con pasos medidos, completamente olvidado de mi nueva amiga, mas volví a tomarle una mano y caminamos hacia el puerto.

Los barcos, en la noche, eran como grandes y quietas ballenas. Alguno tenía todas las luces encendidas, aunque no se veía a nadie en cubierta ni en ningún otro sitio, y comunicaba una sensación de fiesta, de vecindario iluminado, algo extemporáneo y melancólico, como si un retazo de barriada alegre de algún puerto marroquí o italiano hubiese llegado navegando, arrastrado por el mar, hasta aquella costa. Era el viaje muerto, embotado, lo que entristecía de aquellos barcos. Era la distancia clausurada. Los buques estaban allí como vidas cumplidas. Su costado inmóvil era ya una pared para nuestras manos, para la mano alzada de Guill, que acarició el lomo de un carguero de su país.

Enormes ballenatos deshabitados, llenaban la noche con la desolada evidencia de lo muy grande, como montes balanceados. Eran como un inmenso desengaño de hierro, la sabiduría de que el mar no lleva a ninguna parte o lleva a un parque provinciano y una ciudad apagada y triste. Guill y yo paseamos por el puerto hasta el amanecer. El mar debía estar detrás de los barcos como detrás de un decorado. Lo entreveíamos sólo entre barco y barco. Un olor muerto de almacén y saco vacío era lo único que respirábamos. Una vez tomé a Guill en brazos para cruzar una zona encharcada. En otro momento pude besarla, sentados los dos entre los hierros de una grúa, pero desistí de hacerlo. La muchacha cantaba o decía cosas en su idioma, conversaba quizá con los barcos viajeros que podían entenderla mejor que yo. Con el amanecer, el día empezó a surgir del mar como una inmensa pesca izada en las redes del aire.

Aquella mujer tenía miedo. Comprendí que tenía miedo. La vaga excitación del amanecer me puso a punto de abrazar y besar a Guill por la fuerza. Pero caminé un poco distanciado de ella. Con su silencio y sus canciones, con su mirada fija, la niña rubia y medrosa estaba haciendo camino hacia mí, un camino lentísimo, asustado, pero yo la sentía venir. Podía tardar años en llegar, podía ser sólo el reflejo de sí misma, muerta tiempo atrás, buscándome por el espacio como la luz de las estrellas más lejanas. ¿De qué profundo pavor se arrancaba, de qué secreto, qué mano de sombra abandonaba para tomar mi mano? Pasaba ante nosotros un taxi lento, un poco fantasmal, y lo tomamos para irnos a dormir. Había sido una caminata por el tiempo, y las lejanas geografías se habían aproximado hasta nosotros, en la noche, con el hocico negro de los grandes barcos, que Guill acariciaba. Habíamos leído los nombres difíciles y los países extraños en la proa de cada buque, y esto fue un recorrido por el mapamundi, del que ahora regresábamos cansados e intemporales. Grecia, Holanda,

Copenhague, Halifax, San Francisco, Yugoslavia, Brasil. Dentro del taxi, de regreso a casa, Guill parecía más segura, había perdido miedo, de momento. Se abrazó a sí misma dentro de su impermeable inglés, gastado, en el fondo del coche, y habló más que en toda la noche en el trayecto no muy largo que hicimos con el taxi. Me hablaba de sus clases, de la lección del día, y me daba una cita para aquella tarde, en la playa. Íbamos haciendo de regreso, rápidamente, el camino que habíamos hecho a pie durante toda la noche. Íbamos deshaciendo en unos minutos la historia sin historia de aquel largo paseo, destejendo la red tupida de tinieblas y recelo.

Yo veía a través del cristal sucio de la ventanilla del coche un mar de plata y frío, inmenso, con velas amarillas y rojas, ateridas, y las playas solitarias y húmedas. Guill encendió uno de sus terribles cigarrillos negros y fumó con mano segura, superando el temblor de la madrugada. Eran las siete de la mañana en el reloj de muñeca del taxista. —Te va a matar ese tabaco de carabinero.

Tuve que repetírselo varias veces, y cuando comprendió las palabras, me preguntó muy en serio si era cierto que los carabineros españoles fumaban aquel tabaco y por qué. El diálogo sesgado se hacía imposible. Había que hablar en corto y por derecho. Un idioma se conoce de verdad, no sólo cuando se entiende lo que en ese idioma se dice, sino cuando se entiende también lo que no se dice. Guill no iba a llegar nunca a esta segunda forma de aprendizaje. Pero me miraba con cierta gratitud en sus ojos verdes, tan fríos a aquella hora. Quizá me agradecía el haberla respetado durante toda la noche. Quizás había yo sido sometido a una prueba, sin saberlo. La mujer agradece mucho que no se la tome por la fuerza, y este agradecimiento la inclina a dejarse tomar. Es un sutil rodeo que participa de toda la sinuosidad de la condición femenina.

De cualquier forma, algo imperceptible se había anudado entre nosotros. Guill estaba quizá medio paso más cerca de mí. Medio paso que no era nada en el desierto lunar que nos separaba y en que ella estaba perdida. Pero yo creía percibir cómo, lentísimamente, Guill se despegaba de su fondo de secreto y dolor, cómo vencía su miedo e iniciaba un largo y penoso viaje hacia mí. Había dejado de mirarme con aquella mirada quieta y un poco trágica. Era como si hubiese decidido que, de momento, podía abandonar la vigilancia. Llevaba la cabeza, su cabeza de muchacho, ligeramente escondida entre el cuello subido del impermeable. El humo del cigarrillo, la luz sucia del día y su cabello revuelto formaban una entidad confusa y densa que me gustaba mirar.

La dejé en la puerta de su pabellón y me fui a dormir. Aquella tarde nos encontrábamos en la playa, con un sol desganado, sobre la ausencia de los bañistas de la mañana. El mar estaba tranquilo y el viento batía los escasos toldos que se desplegaban aún sobre la arena. La ciudad estaba a nuestra espalda, llena de palmeras y mercerías, de autobuses y paraguas. Guill llegó descalza, con las sandalias en la mano —se las había quitado en la escalera del paseo marítimo—, y una falda muy corta. Traía todas sus cosas en un capacho de paja.

Del capacho fue sacando el tabaco, un pañuelo, un bocadillo, el reloj y un viejo monedero con un nudo de billetes húmedos. Nos dimos el baño rápido de la tarde y aprovechamos el último sol para secarnos. Guill, con la espalda contra el muro del paseo, temblorosa de gotas de agua, quitándose el cigarrillo de los labios, se inclinó de pronto hacia mí y me besó en la boca. Fue un beso rápido, superficial, húmedo y frío, salado, el contacto mínimo en que adiviné todo aquel cuerpo fresco y delgado, duro y ligero. Guill me sonreía con los ojos y la boca. El deseo me ponía una angina en el pecho, pero me fui a comprar «Coca-Cola» para la merienda.

Comimos, tomamos el sol, charlamos enredando nuestros idiomas en nudos que había que abandonar por inextricables, para volver a empezar, hasta caer en otro nudo. Todas nuestras conversaciones quedaban, así, incompletas, terminadas en un muñón erizado de palabras sin sentido. La arena de la playa se iba quedando fría como un

cuerpo abandonado por el agua al atardecer. Guill tenía unos hombros finos, dibujados, rectos, unos senos breves, asépticamente situados, un cuerpo sin rincones, flexible y como reversible, gracioso en ese contorsionismo gimnástico y un poco circense de las razas del Norte.

Acostumbrado a mirar los densos cuerpos latinos, derramantes y complicados, cuya gracia consiste siempre en un exceso, aquel cuerpo plástico de la muchacha, todo de planos y émbolos, me despertaba un deseo nuevo, más deportivo y saludable que el deseo de las oscuras mujeres morenas de carne laberíntica. El sol se fue retirando de la cintura desnuda de Guill, de sus piernas largas y ligeras, de sus pies caminadores, breves, un poco estropeados, aquellos pies en los que se truncaba la salud olímpica de todo el cuerpo. Había en los altos barandales del paseo unas sombras de gente quieta y solitaria. Las rocas que cerraban la playa parecían haber crecido hacia el cielo. Antes de empezar a vestirnos, dudé si besar a Guill, pero preferí no hacerlo.

La muchacha, todavía con su breve bañador puesto, se alejó de mí hasta un extremo de la playa. Allí se puso en cuclillas. El mar recobraba su grandiosidad y la noche llegaba sobre las olas, cárdena y afilada como un velero pirata. El anochecer de verano se ensombrecía súbitamente, barrido por el viento, y la muchacha permanecía inmóvil, infinitamente inmóvil, en su dulce orinar silencioso.

Las cartas de Guill, desde Amsterdam, azules y con muchos dobleces, como las cartas de Jeanette, en su liceo de provincias, llenas de una letra menuda, razonadora, orladas de dibujos a tinta —murciélagos y otros pájaros negros—, y las cartas de Bodil, escritas en Oslo a la luz de la lámpara de noche, sobre el sueño tranquilo del marido, o las dulces cartas de Childe, las más queridas, siempre con un sello de la reina Isabel en el sobre, tocadas de aristocratismo y de realeza por aquella efigie, por aquel perfil augusto y no muy bello, cartas universitarias de la campiña inglesa, pliegos de papel llegados de Europa, azules, malva, rosa, verdes. La mujer es un ser eminentemente epistolar. Las europeas han heredado el tic grafómano de sus abuelas del XVIII y el XIX. Guill, Jeanette, Childe, todas ellas se explayaban, se explayan en una larga carta con las comas siempre mal puestas, en una de esas cartas de estilo conversacional, con mucha tinta de sobra, misivas lejanas en las que la mujer se confiesa y acaba con los dedos manchados de tinta, como de sangre azul del pecado. Están, estaban en el fondo de su habitación, o sentadas en la cama, a la luz del atardecer, o en la noche de una ciudad de provincias, a la luz de un flexo estudiantil, redactando su corazón, manuscribiendo su vida. Se desnudan en lo que escriben, ah el impudor de una carta que llega de muy lejos. El sobre de avión, el papel de avión, orlado de colores, ligero, tan cargado de confesión y de esperanza. La carta de Guill me pedía un cartón de tabaco negro español, de aquel que ella fumaba, y era una carta con letra arañada sobre el granulado azul del pliego. Una tarde, en España, con sol de otoño en las copas de los árboles, Guill había llorado de sus ojos verdes, fríos, dolorosos, y me había contado su historia. Era la niña asustada de la posguerra europea, la Holanda judía y el terror nazi.

Su padre había estado en un campo de concentración durante mucho tiempo. Ella jugaba en la calle, con sus hermanos. Y aquella lejana colonia oriental de Holanda. Nada le había quedado del orientalismo de su infancia. Por la noche, las velas de la ausencia, aquella religión forestal de su pueblo. Yo había leído en algún sitio que los holandeses construyeron su país sobre el fango, que le arrancaron la tierra al mar, y con cimientos de lodo instauraron una ciudad como Amsterdam, una ciudad como Rotterdam, donde la pluma de Erasmo transcurría serena sobre el esfuerzo de sus compatriotas. Un día, el padre volvió a casa, calvo y con una gran barba negra, y las niñas no le amaban. El padre traía el alma llena de misticismo. Rezaba siempre y no se acostaba con su mujer. La guerra le había cambiado. La madre, después de tanto llorar por la vuelta de su hombre, les decía a las niñas, a escondidas, que prefería que no hubiese vuelto nunca. Veo a Guill en las madrugadas de Amsterdam, cuando se levantaba para ir al trabajo, desaparecido su cuerpo, tan bello, bajo toda la ropa de lana, el frío y la nieve del invierno, un suéter negro, duro, largo, de la marina holandesa, envolviéndola hasta las rodillas.

Veo a Guill en aquel atardecer de España, cuando confirmé que había un cadáver en su vida. El pedalear por las grandes avenidas del frío hacia la oficina, bajo los relojes puntualísimos de la ciudad, entre un ordenado enjambre de bicicletas, y el mar lleno de un sol blanco, helado. Las hermanas empezaron a casarse. Un día, Guill me contó, llorando, que su hermana mayor se había separado del marido, al cabo de diez años de matrimonio, después de explicarle razonablemente, fríamente, que se había enamorado de un empleado del almacén donde compraba y que se iba a vivir con él.

El marido abandonado acudía a casa de las otras hermanas —la madre había muerto— al anochecer, y se estaba allí, jugando con los sobrinos, viendo la televisión, ayudando a hacer la cena, siempre con la cabeza baja y el recuerdo de la esposa amada en los ojos. Guill, en su carta, me pedía tabaco negro español para fumar en su cuarto de mujer sola, en sus fines de semana sin nadie, entre libros en inglés y en español, entre fotografías de Ibiza y cartas de su Yves. Yves era francés, joven, bueno, y se habían amado mucho. Tenía menos años que ella. Una vez, cuando iba a verla,

ocurrió aquello. Se estrelló el avión. Guill lo cuenta, lo contaba llorando.

Yo había visto un cadáver en sus ojos. Ella era triste y derrotada como Jeanette. Ahora conocía cuál era el nudo de sombra del que trataba de liberarse para llegar hasta mí. No tuve fe ni voluntad para esperarla. Dejé que abandonase España, que volviese a Holanda para siempre. Pero ahora estaba aquí su carta, como las cartas de Jeanette, y esta sensación de estar viviendo una historia ya vivida. Ella no sabía que estaba repitiendo gestos, lágrimas, actitudes de otro ser, que se movía sobre el fondo borroso de otra vida, como quizá nos movemos todos.

Me producía fatiga la idea de entrar profunda mente en la vida de Guill, en su tragedia, como esa secreta fatiga que experimentamos antes de empezar a leer una novela muy grande, asustados y atraídos por lo que nos espera en sus mil páginas, por las muertes y los llantos y los amores desgraciados que quizá no deseamos conocer. Cuando uno no es un fanático del ser humano, las historias siempre repetidas, los dolores gratuitos y remediabiles de la especie le cansan indeciblemente. No llegué entonces a ser amante de Guill. El repertorio del corazón es muy limitado. Me asustaba el papel de consolador y amigo caritativo de Guill, que me habría llevado insensiblemente a su lecho. Uno se enamora de un ser aséptico, de un cuerpo sin biografía, uno busca la liberación, el olvido, en una piel fresca y muda, mas resulta que lo que encuentra es una historia complicada y lacrimosa, de modo que nuestra caricia distraída provoca un derrumbamiento de biografía, de recuerdos, de existencia y dolor, que en absoluto deseamos. ¿Qué tenía que ver la historia triste y larga de Guill con sus piernas finas y firmes desafiando a los chacales de la espuma en las playas del verano?

Pero contesté aquella carta y le dije que si no podía vivir sin fumar tabaco español, esto me parecía razón suficiente para que se viniese a España. Guill abandonó su apartamento, sus amigos, que le hacían café y habían sido amigos de Yves, y ya estaba volando camino de Barajas. Decía Yves como en un leve golpe de hipo, y efectivamente hipaba de llanto cada vez que me hablaba de él. Guill volaba detrás de su propia carta, esta carta escrita con tenacidad, este papel azul, violentado por el punto de la pluma, doblado en muchos dobleces, vagamente perfumado de intimidad y lejanía.

Llegó en un anochecer, como en otro tiempo Jeanette, con toda la aureola del viento, del viaje, de las alturas, llena de maletas, y era una desconocida en mi vida, era otra vez la historia de la francesa, malamente repetida; nos besamos en la boca con cierta desesperación de que nada fuese verdad, y la llevé a un apartamento que había reservado para ella, en un barrio residencial de segundo orden.

Traía el pelo muy corto, como a mí me gustaba, y una mayor expresividad en sus ojos fijos, toda la vida en el rostro, como quien ha tomado una decisión importante para su destino. Me olía a perfume extraño y a aduana. ¿Cómo tratar con intimidad a aquella desconocida en quien estaba todavía el frío de otras latitudes? Guill estiraba mucho su cuello para mirarlo todo o escondía la barbilla entre el cuello de piel de su abrigo. No dejaba de producirme cierta excitación aquel regalo de los aires, aquella europea que olía efectivamente a cosas auténticas y caras, con ese olor confortable de los objetos de primera calidad, olor al que tan sensible es la pituitaria de un español acostumbrada a oler cualquier cosa.

Guill se había puesto unos zapatos de alto tacón, seguramente al tomar tierra el avión, porque su sentido práctico le habría impedido viajar con aquellos tacones durante todo el tiempo. En algún rincón de su equipaje debían venir unas sandalias leves y gastadas —quizá las del verano— que acababa de quitarse. Con aquellos zapatos tan altos, su andar trezado se hacía espectacular, como de yegua de la Alta Escuela Española de Equitación de Viena o de primera vedette del «Lido» de París. Éramos dos desconocidos intentando encajar los recuerdos borrosos de una vacación en nuestras respectivas fisonomías, tan concretas, tan presentes, tan actuales, tan lejanas ya de

aquel verano nublado y aquel paseo fantasmal por el puerto, durante toda una noche, y aquellos atardeceres en la playa, con el viento morado del mar en nuestros cuerpos desnudos. Llevábamos y traíamos las maletas, nos movíamos entre la gente; yo tomaba a Guill del brazo, sólo por el gusto de tomarla del brazo e ir creando confianza, y entre el mozo y el empleado, entre el taxista y el otro mozo, Guill se volvía para mirarme a la cara, tratando evidentemente de comprobar que era yo, que no se había equivocado, y el automóvil se alejaba ya del aeropuerto, hacia Madrid.

El apartamento era pequeño, funcional, con pequeños detalles de coquetería, con algún espejo innecesario y una pintura neofigurativa de factura muy comercial. Guill, sin quitarse los guantes, empezó a mover interruptores, a abrir y cerrar armarios, a girar llaves, a inspeccionar alacenas. Se posesionaba de su pequeño hogar español y me preguntó cuánto le iba a costar exactamente, en pesetas, y yo iba tras ella, un poco perdido, intentando crear ese momento cinematográfico del abrazo —al fin solos—, porque la verdad es que me hubiese parecido importante abrazarla así, muy vestidos los dos, muy abrigados, buscando la desnudez de la piel, el frío de la piel, entre las arrugas de la ropa.

Pero no se produjo el abrazo. Guill se fue quitando cosas y era ya una empleada holandesa volviendo del trabajo, encendiendo velas, colocando adornos de acebo, sacándose las medias con unos absurdos guantes de lana, para no quebrarlas. La viajera de los grandes tacones se me quedaba en nada. Entró en el baño y dejó la puerta abierta, y yo estuve en el quicio viendo cómo se lavaba las manos y luego, con ellas muy limpias, se quitaba de los ojos las microlentillas, con ese movimiento disparatado de ir a saltarse un ojo. Era Jeanette quitándose las microlentillas en su pequeña buhardilla del viejo Madrid.

Esa desenvoltura de mujer libre, de país evolucionado, para descubrirle al hombre su intimidad femenina, sus fallos, sus ortopedias, porque el amor es una cosa racional, seria, intelectual, y sería pueril andar escondiéndose por una microlentilla. Comprendí entonces la dureza de su mirada, en aquel verano, como comprendí en su día la acuosidad de la mirada de Jeanette, la misma expresión bizca para mirarse al espejo, con una microlentilla puesta y la otra no, inclinada la mujer sobre el lavabo, cerrado éste y mediado de agua, para lavar el cristalito. ¿Cómo no había pensado en las microlentillas? Tenía el precedente de Jeanette, y Guill no era más que una repetición —a veces mediocre, a veces superior al modelo— de la francesa que daba clases en un liceo de provincias.

Cenamos algunas cosas[^] que ella traía en su equipaje, latas y así, y empezamos a desnudarnos sin pasión, como si no fuese la primera vez. Intenté en algún momento ayudarle a quitarse la ropa, de una manera sinuosa, académica, galante, tradicional, española, pero retiró mi mano y lo hizo ella sola mucho más fácilmente. No conocía en absoluto el protocolo latino del amor. Sus ojos, sin microlentillas, eran tristes, quizá más grandes, de mirada doliente. En el apartamento se movían los efluvios del calor negro flotando en un frío del mes de noviembre. Nos acostamos entre maletas abiertas y velas languidecientes, como unos repatriados. Intenté hablar de algo, pero Guill había olvidado su poco español y estaba claro que no podíamos hacer otra cosa que el amor. Su cuerpo esquemático, todo de línea, no defraudaba al contacto. Seguía siendo un cuerpo de maniquí de escaparate. Eso que uno ha soñado paseando en las noches más frías ante los grandes 9 almacenes y mirando a las únicas mujeres que había en la calle: las maniqués de pasta en sus escaparates encendidos. Nuestro silencio contribuía a hacer aséptico, funcional y directo aquel amor. Le devolví el lejano beso salado de la playa convertido en un beso cálido, hambriento.

El sueño obseso del paseante solitario se hacía así realidad. Había despojado a Guill de sus puntillas cursis —toda la cursilería de las razas germánicas— para que no fuese la empleada sentimental de Amsterdam que realmente era, sino sólo un cuerpo, un

cuerpo asombrosamente exento, practicable, dócil. La larga tiniebla y la insistencia, el animal doméstico que latía en mi hálito, fueron consiguiendo el murmullo, el quejido, el arrullo, el ronroneo, toda la flora modulada que se iba estrangulando en ella, pero se me hizo evidente una verdad temida y en la que no me había parado a pensar: aquel cuerpo elástico y firme, aquella anatomía ligera y escueta, aquella carne asexuada, saludable, violenta, tenía una entraña de hielo.

Sin duda, Guill se había mantenido casta desde la muerte de Yves. Volvía a entrar ahora en el túnel negro de la tiniebla sexual, y yo era un poco Yves para ella, inevitablemente, era de alguna manera el muerto trabajando su corazón de mujer sola. Pero había un reducto inasequible de distancia, un vacío sin gemido, un patio último de su cuerpo al que quizás Yves tampoco había llegado nunca. Una estancia vacía y frígida en la que Guill esperaba llorando, atónita, niña asustada de la posguerra, al hombre invasor y total. Más tarde encontré el camino, la escala de gemidos, el pistilo final de la flor erótica abierta en un agua hormonal y submarina.

Guill masculando su placer y su dolor, o Jeanette con los ojos muy abiertos en la sombra, sonriendo incluso entonces, domésticamente feliz, obteniendo un placer último de su piel ajada, o Bodil, la niña gigante de enorme cuerpo dorado y como un poco tumefacto, Bodil noruega llorando su infidelidad después del amor, llorando al marido bueno y mozallón con una vocecita que quedaba pueril en su dimensión gigantesca, o el grito malicioso y divertido de Renata, alemana de cuerpo inscrito en Hieronimus Bosch, en el viejo Brueghel, sexual y blanda como una serpiente. En la sombra del lecho son, es una única y múltiple mujer quien gime y devora, cómo saber, cómo recordar quién cuando el pájaro de la personalidad ha volado y la carne lo llena todo con su invasión anónima y sin rostro. Qué inútil la diversidad de las mujeres amadas. En el instante desolador y acezante siempre es la misma, una fija y desconocida mujer, una incógnita tenaza negra y rosa la que busca y busca.

La loba humana aúlla en la noche del mundo pidiendo dolor, vida, vértigo, éxtasis. Ay del violento y mediocre amor instituido, el empleado y la empleada, el hombre de fábrica y la mujer de fábrica, el viudo y la viuda. La loba humana de mil cabezas se hunde cada noche en la decepción y el sueño. Hay un momento de velocidad en que quedan atrás los desengaños, los viajes, las muertes y la madrugada. Pero desfallece la invención antes que el deseo y toda la vida desengañada, viajera y madrugadora sobreviene de golpe, brutalmente, para abrumar a una pareja desenlazada y vencida.

¿Qué mujer de idioma distante me huele a Europa en el desnudo de la noche? Diría que he tenido entre los brazos un manojo de idiomas y perfumes y frustración. Vienen de las ciudades góticas y frías donde han soñado durante todo el año con quince días de bañarse desnudas en Formentera.

Perdía yo la noción de quién era la mujer que se debatía invisible en la sombra, y la captura última de la persona, que es lo que finalmente se persigue en la peripecia sexual, se me escapaba, se me escapa, se nos escapa, se escapa siempre en el instante máximo. Me quedaba en los brazos y la boca la forma de un vacío. Después del amor, la persona y la personalidad se van remodelando otra vez, lentamente, entre penumbra y humo, en el cuerpo que hay a nuestro lado, para que todo vuelva a empezar. Guill me miraba en la oscuridad con sus ojos verdes y fríos cuando hubimos cesado, y me dormí en aquella mirada como debajo del agua helada y menta de los estanques invernales.

A la noche siguiente llevé a Guill a casa de un fotógrafo de Prensa donde íbamos a pasar la velada, porque me aburría de estar a solas con ella. No tenía nada que decirle, y sus historias tristes y largas, contadas con lengua de trapo, me llenaban de tedio. Río era un tipo vital que hacía fotos sensacionalistas para la Prensa de la tarde y procuraba enamorarse de las bellezas que retrataba en el periódico con destino a las páginas de *magazine*. Aquella noche lo encontramos en su apartamento rodeado de mujeres y

botellas. Le había hecho una foto a Elke Sommer, de paso en la ciudad, y tenía el periódico, con la foto de la actriz alemana, colocado en una repisa, entre dos velas encendidas —que eran la única luz de la estancia— como en un altar. Las muchachas que había en casa de Río eran chicas de club; gogós, alguna estudiante, y a todas les pedía que posasen desnudas para él, y les prometía sacarlas en bañador en las páginas del periódico. En casa de Río se vivía una euforia periodística de nombres de actualidad, llamadas telefónicas e invitaciones para el último cóctel con famosos. Río estaba despeinado, con la corbata floja, y hacía bromas a sus chicas sentándose en el regazo de una o de otra.

Guill estuvo en un rincón, seria, sentada, mirando toda aquella alegría española con cierto distanciamiento. Quizá temía que Río se hubiese sentado también en su regazo, llegado el momento. A mí, esto no me hubiera importado nada, pero Río no lo hizo. Cenamos unas sobras que las chicas guisaron en la cocina y Río habló por teléfono con mucha gente y fue varias veces a mirar la fotografía de Elke Sommer, explicándonos que era una mujer atómica. En el paroxismo de la elocuencia, se le ocurrió decirnos también que Elke Sommer era el símbolo de la mujer-objeto de la sociedad de consumo.

Las amigas de Río se fueron yendo y él se quedó en un diván peleándose con la última, que se resistía a demostrarle delante de nosotros lo mucho que le amaba. Yo había ido allí buscando en Río una réplica de locuacidad y broma española al estatismo de Guill, pero me encontraba una vez más con la juerga rutinaria, la alegría de barra de bar y el erotismo dominguero de Río. Nos autorizó a acostarnos en su cama, sintiéndose por esto muy mundano, muy magnánimo, muy gran señor, y él se quedó con su chica en el diván. En la habitación de Río olía a tabaco y a betún. No encendimos ninguna luz, pero un anuncio fluorescente de la calle nos iluminaba implacable e innecesariamente con una hache y una erre de color naranja. Guill se desnudó sin mayor coquetería que la primera noche y organizó un poco la cama de Río, que estaba muy revuelta. De entre el lío de las sábanas salieron fotografías abarquilladas, una corbata, unos cigarrillos y una novela policíaca.

Acostarme en aquella cama era para mí como volver a la golfería callejera de la vida de Río, a la broma de hombres solos, a las chicas de mil setecientas pesetas y la propina del sereno. Todo era provisional y de paso en la habitación. No sabía si me alegraba o me producía hastío esta sensación de mundanismo pueril. Amé a Guill porque deseaba que su cuerpo empezase en seguida a dar perfume y tibieza propios, de modo que borrara el poso frío y ceniciento de aquél lecho de amores de soltero.

En aquella segunda noche se había creado ya entre nosotros una especie de intimidad y compenetración que me hizo comprender, por una parte, que con la holandesa se podían hacer progresos, y por otra, que no íbamos a llegar nunca a las grandes apoteosis, porque su deficiencia parecía definitiva e irreversible. Creo que fui más superficial que la noche anterior y que ninguna otra noche en mi vida, porque la atmósfera-Río me predisponía a ello, y no me encontraba a mí mismo, no encontraba el yo científico y reconcentrado de siempre. Guill ponía en el amor una suerte de seriedad, un tecnicismo doméstico que no acababa de gustarme.

Guill llevaba a la cama la lógica, la sensatez, el raciocinio y la poca imaginación de su sangre. Entonces, mi lucha no era ya contra su reducto inasequible, sino contra todo un temperamento, contra toda una raza que se me resistía. Acababa rendido y casi feliz, como rodeado de rosados ejércitos bárbaros, que eran el cuerpo difícil y esbelto de la holandesa.

Jeanette llegó en un mediodía feliz de otoño, como estaba previsto, al café de nuestra cita, acompañada de su amiga francesa. Del hombre del verano no se había vuelto a saber. Yo esperaba a Jeanette en unión de García, a quien le destinaba la amiga de Jeanette. García era un español medio, de bigote rubio, hombre en la premadurez que había, más o menos, triunfado en algo, y no acababa de entender por qué un triunfador como él no podía tener las mujeres en torno, según su vieja y acreditada idea de que la mujer es una dócil especie que se deja llevar por quien le compra las cigalas más gordas. García pudo hablar con la amiga de Jeanette en su francés de congresos, y comimos juntos, los cuatro, en una tabernita estrecha y sucia que me pareció suficientemente pintoresca para las modestas inquietudes turísticas de nuestras amigas. Jeanette era difícilmente la mujer lejana y aureolada del verano. Lo que yo tenía ahora conmigo no era sino una francesa hacia los treinta años, sin el estofado de París, inteligente e irónica, no muy deseable, que había olvidado lamentablemente ponerse el suéter gordo y cinematográfico que realzaba sus senos con correcta agresividad.

Pero la historia estaba en marcha. Habíamos perdido la magia de un estío, el entrevernos vagamente, cegados por la luz ideal y excesiva. Nuestra aventura recomenzaba a más bajo nivel, en un plano de cotidianidad. En la tabernita de la comida tomamos nuestras manos por debajo y por encima de la mesa. El perfume de Jeanette sí era muy parisino y muy turbador. Después del almuerzo, García nos llevó a un piso desordenado y museal de un amigo suyo, corresponsal de Prensa, que no estaba en la ciudad y que le había cedido aquello para sus aventuras extramatrimoniales. El corresponsal debía ser un tipo caprichoso, barroquizante e imaginativo. En el piso había una armadura medieval forrada con un maillot de ciclista, calcomanías en la taza del retrete, muñecas tic tamaño natural colgadas del techo, momias dentro de los armarios, muchos anuncios de aperitivos por las paredes y un gran lecho teatral, absurdo, de barrotes de hierro, que debía ser donde García iba a acostarse con la otra francesa.

Les dejamos allí y Jeanette me llevó en un taxi a la buhardilla que había alquilado por el viejo Madrid, de acuerdo con su concepto provinciano de la bohemia parisina. La buhardilla era muy pequeña, pero estaba recién pintada. Las maletas y las sombrereras de las dos francesas casi ocultaban el lecho. Nos abrazamos con una amistad no demasiado erótica. Me entristecía a mí el pensar en qué poco se había quedado el mito femenino del verano. Pero Jeanette era sonriente, dulce, y tenía esa inimitable habilidad de la mujer francesa para llevar las cosas del amor. Salí un poco a la pequeña terraza para quitarme el discreto sofoco del primer encuentro y estuve mirando las veletas de la ciudad, los tejados pardos, la hermosura de la tarde de otoño. Cuando volví a entrar en la estancia, Jeanette se estaba desnudando. Volví a abrazarla, por darle un poco de calor a aquello, y se deshizo de mí suavemente para ir hacia el lavabo, que estaba en un rincón, y quitarse las microlentillas. Yo no había contado con esto de las microlentillas. Jeanette se inclinaba ante el espejo del lavabo y se tiraba de la punta de un ojo con la yema del dedo corazón, hasta hacer saltar la pequeña esfera invisible. Era un desenmascaramiento inocente que me la dejaba como más desnuda. Quise mirar sus ojos sin microlentillas y los encontré más íntimos, más amigos, menos fascinantes. Jeanette terminaba de desnudarse en un rincón, pisando con sus pies descalzos las páginas de un *Elle* deshojado.

Los grandes senos de la francesa tenían toda la claudicación que debiera haberme hecho sospechar su arrogancia del verano, y toda ella estaba muy blanca, como si no se hubiese puesto nunca al sol durante las recientes vacaciones. Era el suyo un cuerpo de soltera que conoce el amor, un cuerpo nada excitante, pero cordial, amistoso, acogedor. Jeanette iba por la vida paseando el desafío falso de unos senos vencidos, de piel finísima, como a punto de abrirse. La mujer que lleva consigo esa secreta

claudicación, nunca acaba de estar completamente segura en la vida, y es como si llevase consigo el cadáver prematuro de un hijo, de un niño que fue muy hermoso. Ahora veía yo en los ojos de Jeanette la resignación, la tristeza de sus senos, la inseguridad ante el hombre, el miedo a no gustar, la falta de destino de una mujer que ha perdido la dirección firme que le señalaban en otro tiempo sus senos.

Pero todo era fácil con Jeanette, que en seguida entendía todas las insinuaciones, y resultaba cómodo su amor, más sedante que excitante, como el amor con una esposa buena y experta de toda la vida. Qué acervo de caricias, qué genealogía de amores, qué larga experiencia de adulterio correcto, de galantería burguesa, en cada ternura perfumada de Jeanette. Estábamos lejos, lejísimos del verano, de nuestro mito recíproco, de nuestro secreto morse de miradas y sonrisas. Parecíamos unos amantes de muchos años, lúcidos y un poco monótonos. La voz de Jeanette, profunda y cordial, que en el primer encuentro con ella me había parecido promesa de grandes cosas, resultó no ser promesa más que de sí misma. Poco había detrás de aquella voz. Era preferible quedarse en ella, de modo que yo escuchaba a Jeanette en español y en francés, y disfrutaba con el borboteo suave, con la música opaca de sus palabras, con el agua oscura y continua de su lengua, que rompía a veces, mansamente, en una risa amistosa y llena de sentido.

En la entrega de aquella mujer, en su gratitud excesiva había una suerte de mansa desesperación, de necesitarse deseada y saberse poco deseable. Era la tragedia mediocre de la mujer de la provincia, una soltería voluntaria, una vocación sexual, unos amores repetidos y tristes que, quizá, yo iba a conocer en seguida, porque veía a Jeanette cargada de pasado, madura de historias y a punto de abrirse en la confianza y el recuerdo. Cuando se vestía ante mí, cuando la ortopedia de sus senos volvía a hacerlos agresivos, pensaba yo que hubiera sido mejor amarla vestida sobre la arena de la playa, fugazmente, y desaparecer para siempre, llevando su recuerdo confundido con la espuma y la arena.

Pero lo habíamos consumado todo y me pesaba toda la vida de Jeanette como si llevase muchos años viviendo con ella. En la pequeña buhardilla, con revistas y sombrereras, con intimidad y ropa de nilón puesta a secar, había construido Jeanette un pequeño nido femenino donde era grato estar. Al anochecer salimos a la calle en busca de la otra pareja. La vida con Jeanette se hizo en seguida igual a sí misma.

Hablábamos mucho del verano, como que teníamos la conciencia secreta de que aquello había sido lo más hermoso de nuestro amor: el encuentro silencioso y distante. Hablábamos del verano como se habla de la juventud perdida. Teníamos la nostalgia clandestina de unos días en que no éramos nosotros sino nuestro propio mito potenciado por el distanciamiento y el mar.

¿Qué buscábamos en el lecho, qué encarnizamiento era aquél, qué busca la pareja eterna y repetida? Hay algo más que el pobre placer, hay una devorante necesidad de desaparecer uno en el otro, de aliviar la espantosa soledad, la espantosa libertad, llegando al no-ser del sexo. El yo llega a resultar ahogante. El yo es una excrescencia imaginativa que asfixia nuestra fisiología. Hay que deshacerse del yo, olvidarse de él en la enajenación suprema del deseo. Qué alivio de uno mismo, qué soltar lastre de personalidad, qué ascender el globo libre de lo vegetativo en un aire neutro y nuevo. Ser siempre uno mismo es agobiante, eso que se ha constituido en espíritu apresado la libertad del cuerpo. ¿Pero no es un ser lo que buscamos en la antropofagia sexual, no practicamos realmente un canibalismo de almas? El pájaro exquisito e insoportable de la personalidad desaparece en la apoteosis del cuerpo, vuela a ramas altas e invisibles. Por eso es más liberador el sexo que el amor. El amor es una pornografía espiritualista. El amor es la tiranía del yo queriendo gobernar también la libre épica del cuerpo. El espíritu, esa inmundicia, busca devorar otro espíritu. El sexo, en cambio, se entrega, sordo y puro, a la liberación de los encuentros. El amor es la máxima y más insufrible

tensión del yo. El sexo es el olvido del yo, su desaparición, su anulación. El sexo podía redimirnos del yo hipertrofiado que nos legaban treinta siglos de literatura, de vihuelas y vihuelistas, treinta siglos de oratoria y guerra y amor y odio y academias y cárceles. Cuando Europa ha llegado a afinar el yo de cada uno hasta el paroxismo, estas pobres mujeres de senos gastados, acuñadas por la cultura y la higiene y la Biblia protestante, buscan por sus países de niebla la vuelta a un sexo antirretórico. Han sufrido la intemperie de su libertad, de su independencia, de su enfrentamiento al hombre —enfrentamiento que quizá no deseaban—, y ahora regresan sin saberlo al calor animal de la especie, al anónimo del cuerpo, a la sustancia indiferenciada del origen. Aquí están, allí estaban, en mis brazos cansados, dormidas europeas, dulce Childe, silenciosa Guill, triste Jeanette, enigmática Renata, gigantesca Bodil, senos obstinados y vencidos, pechos débiles y luchadores, mujeres liberadas de sus derechos, huidas de la ciudad de la ley y el trabajo, de los libros juramentados, huidas de las altas torres de la razón, la palabra y la norma, hacia el bosque puro del sexo. Yo las he visto por las calles de Europa, inexistentes sus bellos y fuertes cuerpos bajo la mucha ropa, esperando el tranvía en Munich entre la ordenada nieve de Leopoldstrasse, conduciendo un automóvil en Stuttgart o en Frankfurt a la hora fabril, cruzando los puentes del Maine con velocidad y desamparo, pisando gentilmente bajo los tilos helados de Zurich, entre cisnes y escaparates, entre corros de bolsa y cines pornográficos, perdiéndose por las fuentes medievales de Berna, bajo los andamios duros del crepúsculo, y puedo llorar por ellas.

Los senos perdidos y enormes de Jeanette son la multitud ingente de los tristes senos de las europeas bajo la clausura de la ropa y el trabajo. Hay una frutalidad que se marchita en extensiones pardas e inmensas, del Sena a los Urales, de las fábricas de Milán a las oficinas de Oslo, una carne laboral y secreta que espera bajo la fibra artificial la resurrección del fin de semana. Yo las he visto, sí, y puedo llorar por ellas.

Jeanette tenía una cátedra de literatura en un instituto de provincias. Vivía lejos de la familia. Cruzaba cartas ambiguas con sus padres, con sus cuñadas, y había roto con la costumbre hogareña suavemente, sin heroísmos. Pero era la mujer libre y sola que ya no tendría nunca un hogar y unos hijos. El profesor de ciencias naturales del instituto era joven y estaba casado. Se había enamorado de Jeanette, de su soledad y sus clases de literatura. Él les explicaba a sus alumnos el paisaje, la naturaleza, pero la historia, la vida, la cultura, el hombre, estaban en la clase de Jeanette. Su aula era sólo corteza terrestre. El aula de Jeanette estaba sutilmente poblada por delicados cortejos de poetas y dramaturgos. El profesor de ciencias naturales era un hombre ingenuo que se enamoró de la complejidad que había en el alma y en la asignatura de su compañera.

Se veían en un apartamento de la pequeña ciudad, al salir del instituto, procurando no dar escándalo a los otros profesores o a los alumnos, y procurando, sobre todo, que no les sorprendiese la esposa de él. El apartamento era caro y con el tiempo lo cambiaron por una habitación que les alquilaba una señora viuda, que tenía una tintorería. La habitación había pertenecido al marido de la tintorera y estaba llena de la ceniza, las fotografías, el tabaco y las monedas del muerto, que era numismático de afición. Allí se amaban de una manera triste y educada. Él le hablaba a Jeanette de dejar a su mujer, de irse a vivir con ella, y Jeanette, en tanto, soñaba con su anual escapada a París, en Navidades. No eran felices.

Jeanette había deshecho el hogar del profesor, aunque aún no hubiese llegado la separación, y ahora le producía tedio empezar una vida nueva junto a aquel hombre, vivir con él como con un viudo. Durante todo el día, ella podía oír desde su aula, a través de la pared, las explicaciones monótonas del profesor o la repetición cantarina de los chicos, y la realidad cruda de las ciencias naturales llenaba su amor de desolación. Él hacía frecuentes silencios en la clase para oír la voz de ella, gutural,

cuando explicaba la *Canción de Rolando*, y aquellos bosques literarios le enhechizaban.

Jeanette había venido huyendo de la habitación del numismático, de las voces de los niños que sabían ciencias naturales, del amor de su colega, aquel adulterio de instituto. Jeanette me contaba todas estas cosas en nuestros paseos del anochecer por los barrios en que aún lucía el acetileno del pasado, después del amor o antes del amor, cuando ella creía sentirse muy feliz con la mano en mi mano y la cabeza en mi hombro. Entrábamos en cafés de barrio con un público de viejos y novios formales presidido por las imágenes grises y somnolientas de la televisión, por la voz impersonal y vagamente autoritaria del locutor. Merendábamos despacio, un poco solemnemente, porque no teníamos otra cosa que hacer, y al fin acabábamos de nuevo en la buhardilla de Jeanette, enfermos de vulgaridad y café malo, amándonos de una manera sensata y eficaz.

La amiga de Jeanette no acababa de entenderse bien con García, de modo que una tarde tomó ella sola el avión de París. La última noche de la estancia de Jeanette en España la pasamos en el piso del corresponsal, los dos solos. García tuvo esta gentileza. Allí, intenté disparatar un poco, y Jeanette, la pobre, me secundó como pudo, pero estaba muy deformada por el amor del catedrático y difícilmente se salía de las normas establecidas por las revistas de erotismo francesas. Encendí las luces de gas que tenía instaladas el periodista en el piso y fuimos unos amantes un poco fantasmales en la hora libre de los espejos y las momias, cuando goteaban todos los grifos de la casa y Jeanette decía a Racine en francés y luego tocó en un piano vertical bajo la luz verde y blanca del gas.

Era una pianista desnuda, escuálida, de grandes senos colgantes, en el desvarío de una música de película de terror, y las grandes caras de las paredes tenían los ojos llenos de sombra y los relojes de música que había por los rincones hicieron su minué maullado mientras bebíamos algo fuerte y antiguo que García nos había dejado sobre una consola advirtiéndome que era ginebra inglesa de la que trasegaba Dickens. Así cambió Jeanette de personalidad y pedaleó, blanca y vaga, en una bicicleta inmóvil que el dueño de la casa tenía entronizada sobre una tarima, y que por lo visto había pertenecido a algún campeónísimo del «Giro» italiano. La francesa me descubrió, al fin, unos recursos eróticos que quizá no había tenido ocasión de ejercitar nunca en la habitación del numismático. Pero a la mañana siguiente, cuando amanecimos sin saber la hora que era, volvió a ser la profesora del liceo discretamente erotizada, y por la tarde se marchaba a París.

Todo su último día en la ciudad fue un día de ayudarla a hacer maletas, de cerrar estuches que se abrían por el resorte de la indocilidad de las cosas. Un día polvoriento con las manos llenas de señales de las correas. Jeanette estuvo muy hacendosa en su buhardilla y no se volvió a hablar para nada de la noche loca y última que habíamos tenido en el piso del corresponsal de Prensa. Lo habíamos olvidado voluntariamente como los matrimonios olvidan las locuras de la Nochevieja, que difícilmente podrían explicar sin echar abajo todo el sistema de su vida.

Jeanette lavó y planchó ropa, habló con el portero, ajustó cuentas, puso un par de telegramas y a mediodía fuimos a comer a una tabernita del barrio, donde ella volvió a estar tierna, acuosa, lamentable. Me decía que se hubiese quedado para toda la vida en aquel barrio y que habríamos sido muy felices en nuestra buhardilla, comiendo en la taberna callos a la madrileña y paseando al anochecer hasta el café de la televisión. Yo pensaba entonces que lo del liceo y el numismático no debía hacerla tan desgraciada, y que quizá todo el mundo hace la vida que le gusta, pero no lo descubre hasta después que se ha muerto y tiene un huerto de tierra sobre su panza.

Tuve que cargar muchas maletas, acarrear muchas sombrereras, llamar a varios taxis, y estaba ajeno entre toda aquella mudanza, sin saber qué rayos tenía yo que ver con el

viaje de aquella turista. Jeanette me prometió que volvería y que escribiría, como efectivamente escribió y volvió. Eran aquellas cartas largas y explicativas, orladas de dibujos negros. El avión de París la trajo algún anochecer, como había traído un día a Guill, y Jeanette era ya como un fatigado *ritornello* en mi vida, una estrofa de perfume francés que no deseaba ni dejaba de desear.

El último viaje de aquel día, el viaje hacia el aeropuerto, lo hicimos en un taxi que se metió por los laberintos de las calles más complicadas de la ciudad. Yo iba silencioso, aburrido, distante, y esto lo interpretaba Jeanette como el impacto de la separación, porque somos jeroglíficos indescifrables que el otro lee siempre a su manera, y en un rostro impasible o fastidiado puede encontrarse tristeza, profundidad, cariño torturado, compasión o miedo, según lo que el observador quiera remodelar en las facciones enigmáticas. El rostro humano no está tan dotado de expresividad, de alma, como se ha venido diciendo. Con la arcilla de un rostro componemos nosotros los mensajes que deseamos luego interpretar.

Jeanette debía leer muchas cosas en las facciones del fastidio, que eran mis facciones, y esto la crecía en su amor, en su ternura, en lo novelesco del encuentro y la separación. Así, el largo diálogo amoroso suele no ser más que el encuentro de dos monólogos donde uno se pregunta y se responde a sí mismo. El ser amado es el interlocutor ideal porque siempre podemos leer en sus palabras o en su silencio, independientemente de lo que diga o calle, aquello que tenemos o deseamos oír. (Aquello que por temido deseamos escuchar; aquello que por deseado tememos que sea dicho.)

Así se fue Jeanette, llevándose un amor que no era amor, viviendo unilateralmente una aventura que creía de los dos. Ella era para mí lo que el profesor de ciencias naturales era para ella: todo el tedio de la especie, todo el cansancio del amor sin amor, aceptado resignadamente. Y yo era para ella lo que ella era para el profesor de ciencias naturales: el ser supremo con el que se dialoga, el dios callado con quien creemos conversar, el destinatario de un corazón monologante. El amor es una lanzadera que teje en el telar de un ser humano y va haciendo su tarea en solitario, obstinadamente, teniendo delante al ser amado, del que cree recibirlo todo y del que realmente no recibe nada. Se hila el tapiz de un amor copiando malamente, equivocadamente, el modelo ideal, que es el amado, y al final todo ha sido mentira, ilusión, trabajo estéril en la sombra, pero uno tiene un tapiz.

Era tarde para el avión y Jeanette tuvo que salir corriendo detrás del mozo de los equipajes. Esto me evitó despedidas cinematográficas. La comedia del amor es agotadora. Yo volvía en aquel taxi bamboleante, un poco mareado, y me internaba en la espesura cenicienta y querida de mi ciudad, retornaba a mi guarida confusa y acogedora, y la mujer que volaba por el cielo ya no existía para mí, no había existido nunca.

Europa era un bosque negro que se llenaba de máquinas. La mujer-gacela salía de entre los árboles como la gacela que huye del bosque que va a ser roturado. En los ojos verdes de Guill, vidriados por las lentillas, había una gacela huida. Ellas bajan hacia el sol meridional buscando, quizá, la vida original y sedentaria que es la vida de la hembra, perdida para siempre en los reinos del acero. En Dinamarca se ha ensayado la comunidad sexual y social de quince personas de ambos sexos. La bestia humana vuelve a agruparse pacíficamente en anchos rediles uterinos, allí donde la voz de la máquina es más imperativa. El antiguo bosque negro se ha deserotizado, tiene ahora un sexo de hormigón y cristal, y esta pérdida de la raíz erótica se sustituye con la invasión de una pornografía impresa, con el sexo manufacturado del cine, las revistas, la literatura y el strip-tease. Por los ojos verdes de Guill huía una gacela asustada. Tratan de remediar la espantosa extracción con un florecimiento falso de anatomías en los quioscos. Las muchachas de Estocolmo salen en la tarde del viernes, despavoridas, a buscar el amor del fin de semana, el hombre, la piel olvidada de la especie. Es la vuelta apresurada y desesperada al reino de lo natural, a su reino, a la espesura dulce de la existencia. Pero Europa tiene ya, irremediamente, un sexo de hormigón y vidrio. En los ojos verdes y fríos de Guill, vidriados por las lentillas, había una gacela huida.

Guill había abandonado el apartamento, porque lo encontraba caro y frío, y se había mudado a una pensión igualmente fría, pero céntrica y antigua. Cuando yo iba a visitarla en aquella pensión, a media tarde, Guill estaba sentada en la cama rodeada de sus cuadernos, de sus cigarrillos, de su pernod, de su ropa interior, y escribía.

Escribía largas cartas a sus amigos, a los amigos de Yves, a la madre de Yves. Sospecho que incluso escribía a Yves. Yves era un puñado de tierra de distinta coloración entre la tierra parda de un cementerio francés, pero ese puñadito de tierra sutilmente coloreada tiraba de ella, tiraba de su sexo, la regía en la sombra, y cuando Guill hacía el amor conmigo, o con otro, lo estaba haciendo con aquella tierra apretada entre la tierra que era el cuerpo, la ausencia del cuerpo de Yves. La habitación de Guill en aquella pensión antigua tenía dos camas —una siempre intacta (quizá la cama de Yves, o su mausoleo)— y un armario de espejos en el que nos veíamos lluviosos y llorosos y en el que el rostro de Guill era más que nunca el rostro gastado y olvidado de Jeanette. Había allí un teléfono antiguo por el que Guill llamaba para pedir la merienda, y un lavabo metido en una mesa como de despacho, y muchas descalzadoras. Guill estaba en la cama con sus guantes de lana —mitones— de ponerse y quitarse las medias.

Hablábamos a media voz y a media luz. No era posible hacer otra cosa en aquella pensión austera. Por fin, Guill se tiraba de la cama para darse una ducha, y era otra vez la maravilla de su cuerpo perfilado, leve, triunfando de la intimidad doméstica, del descuido, de la poca gracia en la *deshabillé*. Guill volvía de la ducha temblando y a veces se apretaba contra mí, como en la playa del verano, y luego se iba vistiendo muy despacio.

Guill había encontrado trabajo en un club. Vendía whisky en la barra y conversaba con los dientes extranjeros en varios idiomas. Ganaba por ello doce o catorce mil pesetas mensuales, más el bote, que se repartían ella y sus compañeras todas las noches, a las tres de la madrugada, antes de cerrar el club.

Todos los clientes querían citarse con Guill para la hora de salida, porque Guill era la más bella y la más inexperta del establecimiento, pero ella me era de una fidelidad calvinista y les decía que no. He pensado que quizá Guill no me era fiel a mí, sino a Yves, el puñadito de tierra coloreada del cementerio francés. Yo era algo así como el chivo emisario de su sexualidad, y nada más. Yves, desde la sombra, me había dado el visto bueno. Yo hacía el amor a Guill con el permiso de aquel poquito de tierra encenizada sobre el que llovía en los largos inviernos de Francia.

Yo era el trámite imprescindible, el rodeo que daba Guill para permanecer fiel a Yves. Quizá yo no era más que eso, al menos en un principio. Pero todo esto empezaba a diferenciar a Guill, a despegarla de Jeanette, y eso me parecía suficiente para poder amarla un poco más por sí misma. El club de Guill estaba en el límite entre un barrio viejo y un barrio nuevo de la ciudad, en una plazoleta a la que se subía por unas escaleras de piedra, curvas y borbónicas, que tenían en los rellanos unas estatuas blancas de piedra de Colmenar, alegóricas, blandas, angelicales. Subíamos y bajábamos por aquellas escaleras pasando de una ciudad a otra. El luminoso del club nos ponía en la cabeza una luz de escenario. Todo era decoración en nuestros encuentros y nuestras despedidas. Sólo el frío y la lluvia eran muy reales, muy intensos, y Guill me besaba debajo de un paraguas con su boca fría, bella, muerta.

El club tenía espejos, mesas bajas, rincones, música, penumbra, luces momentáneas de un encendedor o de una vela. Las risas de las chicas de la barra y un laberinto de habitaciones como celdas, algo perverso y monástico, el dédalo consabido del pecado, el beso a sueldo, el baile procaz.

Cada tarde, Guill y yo tomábamos un taxi e íbamos de la pensión al club. Entre diez y once 3 de la noche, ella tenía tres cuartos de hora libres para salir a cenar. Yo iba a buscarla y cenábamos juntos en una taberna del barrio en la que siempre había música mejicana y un viejo delgado, coqueto, de pelo blanco cortado a navaja, de colores febriles en las mejillas, entablando conversación con los soldados y las parejas de novios que entraban a tomar un vino blanco y unos boquerones en el alto mostrador. La taberna tenía algo de cocina desmantelada de una casa de campo. El hule de las mesas contribuía a esta sensación doméstica. Había en una alta alacena una radio grande, antigua, de aquel diseño post-cubista de los años treinta. La dueña del establecimiento, una mujer grande y seria, maniobraba en los botones de la radio, a la hora del parte, estirando mucho su brazo blanco y desnudo, difuminado de vello oscuro.

Guill y yo cenábamos un potaje espeso hecho con las sobras del cocido de la comida. Yo me tomaba aquello con cierta repugnancia y Guill comía muy despacio, hasta el final, ayudándose con sorbos de pernod, que debía estar nauseabundo con los garbanzos bicarbonatados del cocido. En la radio sonaban las voces puerilmente engoladas de los locutores hablando de la guerra de Vietnam y del fútbol del domingo. El viejo coqueto invitaba a boquerones a un soldado grande, negruzco, y le hacía sentarse a su mesa.

Guill comía, fumaba, bebía, todo muy despacio y muy mezclado, y hacía ya media hora que debiera haber vuelto al club para seguir despachando whisky detrás del mostrador. Me dijo que creía que se estaba enamorando de mí, y yo pensé en aquel puñadito de tierra francesa que se llamaba Yves. Uno se mata en un avión por pasar una noche con la mujer que ama, en la otra punta de Europa, y algunos meses más tarde esa mujer le dirá a un desconocido, en una taberna triste, que cree que se está enamorando de él. Sentí celos de mí mismo en nombre de Yves. Cuando salíamos a la calle, Guill me tomaba del brazo y caminaba despacio, sin acordarse del club. El frío nos daba en la cara y ella contaba cosas de su madre muerta, de aquel místico frustrado que fue su padre, y luego hacía proyectos locos para pasar el verano conmigo en Yugoslavia.

Guill, razonadora, seca de imaginación, salía de pronto por una inesperada vena de fantasía, y lo que más me asustaba de esto es que Guill difícilmente soñaba. Si me estaba contando todos aquellos proyectos era porque inexorablemente pensaba realizarlos. Su amor naciente me desolaba un poco, como el amor de Jeanette. Era esa adhesión femenina, sumisa y punzante, que está en el aire de la especie y de pronto se personaliza en una mujer determinada y nos cerca. Dejaba a Guill en la puerta del club, con un beso, y a lo mejor me quedaba a fumar un cigarrillo con el portero de galones, que me contaba cosas de la bronca de la noche anterior, porque todas las noches

había alguna bronca en aquel sitio.

De madrugada volvía yo por el club, a buscar a Guill, y me estaba en la barra, como un parroquiano más, bebiendo un cuba-libre de ron y viendo cómo Guill, del otro lado del mostrador, era la más sonriente, la más grácil, la que más idiomas hablaba. Tenía una manera nueva para mí de servir el whisky al gerente americano, de encenderle el cigarrillo, de preguntarle en inglés por la marcha de su fábrica y el número de obreras que empleaba. El gerente americano estaba encamado con aquella europea y la proponía esperarla a la salida para llevársela en su avioneta particular a pasar el fin de semana en las Bahamas. Guill no me hacía mucho caso en el club, listaba yo sorprendido de haber descubierto a aquella Guill coqueta, divertida, sonriente, y me decía a mí mismo que era una mala bestia por no haber sabido entenderla mejor. Tardé en comprender que Guill, con su sentido disciplinado del trabajo y del deber, se limitaba a cumplir lo mejor posible, en tanto que sus compañeras españolas y francesas ponían mala cara y bostezaban. Aquello era para Guill como las cuentas de su lejana oficina y nada más. (Sólo cuando estaba conmigo en la calle, cuando salíamos a cenar, se le olvidaba el club y el deber.) También es cierto que Guill había deserotizado mecánicamente su trabajo en aquel lugar y lo que realmente estaba ejercitando era una facilidad para las relaciones públicas y la convivencia que alentaba en ella en cuanto había perdido la tensión externa e interna de su recelo ante el mundo y su dolor de Yves. Aquella gente, las compañeras de Guill y los clientes, no la conocían como yo y debían creer que se trataba de una mujer realmente frívola y coqueta. Y no entendían cómo, de pronto, se pasaba la noche hablando con un mismo cliente, desaprovechando otras solicitudes, para luego irse conmigo y dejarle plantado. Guill volvía a ser la niña simpática de antes de la vuelta de su padre al hogar y eso era todo. Yo ya lo sabía bien, pero a los demás les tenía desconcertados. Mi amiga pasaba por aquel trabajo equívoco sin mancharse, asépticamente. Había en ella una ausencia casi absoluta de erotismo cerebral, de modo que los valores entendidos de la relación galante en su inicio no eran para Guill más que gestos amables, liberales, y como tal los acogía y devolvía. Nunca he sabido —esa es la verdad— hasta qué punto Guill era congénitamente pura y hasta dónde se había impuesto aquella asepsia para llevar mejor su trabajo. Una noche en que yo no había ido a buscarla, Guill conoció en el club a un soldado norteamericano, muy joven, que se iba a morir a Vietnam.

Eran ella y él dos niños rubios que se habían encontrado, lejos de sus hogares respectivos, en aquella penumbra roja del club. Un mundo de gentes adultas y turbias que no les importaba demasiado. Hablaron mucho y se rieron fuerte. Guill, por fin, había encontrado un cliente que de verdad era un amigo y que se reía con las mismas cosas que ella. Al cerrar el club, se fueron juntos a bailar, muy naturalmente, casi sin ponerse de acuerdo.

Guill y el americano bailaron hasta casi las cinco de la mañana y quizá la holandesa fue feliz por primera vez desde la muerte de Yves, con una felicidad niña y buena, de raza rubia, que yo no había sabido darle en ningún momento. Se despidieron en la puerta de la pensión de Guill, cuando las mangas de riego y los titulares de los periódicos iban despertando a la ciudad, y ella le dio a su amigo un beso largo y puro, un conmovido beso.

Aquella tarde, cuando subí a buscar a Guill, ella me lo contó todo, sentada en la cama, entre sus cigarrillos y sus cuadernos. Lloraba secretamente por el niño bueno que iba a morir a la guerra y esto me dio la medida de lo lejos que estaba de mí aquella criatura, de lo lejos que habíamos estado uno de otro e íbamos a estar siempre. Guill podía vibrar por un sentimentalismo fácil que yo resolvía considerándolo tópico y barato, mas para ella no existían estos prejuicios intelectuales respecto de los sentimientos. En el soldado americano iban a volver a matar a Yves, a su Yves, y eso era todo. Aquel muchacho desconocido —a quien me imaginaba rubio y con las orejas muy

despegadas— sí que era Yves, y no yo, que no lo había sido nunca. En el soldado americano, Yves se tomaba unas vacaciones de muerto, unas vacaciones de vivo, y volvía a salir una noche con Guill, con su Guill, para bailar con ella inocentemente. Guill no me dijo que el soldado y ella se hubiesen acostado. De ser así, me lo habría dicho. Yo tampoco se lo pregunté, pero estaba seguro de que no había ocurrido. Yves, muerto, podía ponerse unas insignias americanas y buscar a su novia en un club español para salir a bailar con ella. Pero Yves no podía volver a acostarse con Guill, porque los muertos no hacen el amor.

La inocencia anda suelta por el mundo y de pronto toma la forma de Yves para estrellarse en un avión o toma la forma de soldado americano de Texas o de Arizona para que lo fusilen en Vietnam. La inocencia anda suelta por el mundo y Guill puede enamorarse de ella y ser feliz. Los seres buenos se reconocen en seguida y se besan en la boca con besos de color blanco, en medio de las parejas turbias y húmedas de la madrugada. Eso es lo que había pasado.

Yo no sentía celos, naturalmente, de la aventura del americano. Quiero decir que no sentía unos celos vulgares, inmediatos, pequeños. Sentía celos a nivel racial, por decirlo así, de que dos seres de las razas rubias y sinceras hubiesen entablado su limpia complicidad en mi propio mundo, a mi sombra, porque esto me excluía dolorosamente del mundo de la holandesa con un distanciamiento de sangres, de epidermis, de especies. Guill me dijo, mientras se colocaba las lentillas para ir al club, que estaba preocupada por haber quebrantado su norma de no salir con ningún cliente. «Yo siempre les decía que no acostumbraba a salir con los clientes», me explicó. «Puedes seguir diciéndolo —traté de tranquilizarla—. Nadie sabe que has salido con el americano.» «Lo sé yo», me respondió abriendo mucho un ojo frente al espejo para que la microlentilla girase blandamente sobre el globo ocular, como un planeta en su atmósfera, hasta encajar en el centro mismo.

«Lo sé yo.» Me dejó seco aquel golpe leve de sinceridad, de última fidelidad a sí misma. Era la descamada moral calvinista cortando sin piedad en el cuerpo enfermo y sinuoso de la aleatoria moral latina. La verdad como un fanatismo exasperado y seco. Entonces sí me sentí más lejos de Guill que nunca. Ella se ponía una media, tomándola con sus mitones, en la pierna larga, de línea limpia y ágil, y luego se miraba la pierna en el espejo del armario.

Una de aquellas tardes, cuando subí a buscarla, la holandesa voladora había desaparecido. Dejó un papel para mí. Decía que se había cambiado de pensión y me daba su nuevo domicilio. Guill tomaba decisiones por sí misma con rara autonomía. Corrí en un taxi a su nueva pensión, que resultó ser un sitio más movido, más alegre y más barato que el anterior. Por el pasillo se veía gente joven y no muy limpia. Guill tenía una habitación alta y estrecha, como un nicho vertical, para ella sola, y le habían asegurado una absoluta libertad de conducta.

Comprendí que la holandesa se había cansado del ascetismo que nos imponía la otra pensión, y comprendí, sobre todo, que yo me estaba descuidando en mis deberes galantes, ni siquiera avivados por la aventura fugaz del yanqui, que debió ponerme sobre aviso. Sí, Guill esperaba algo de mí.

Su nueva habitación tenía una ventana muy alta, casi en el techo. En las paredes había carteles españoles de turismo y un calendario. El lecho era una *chaise* vencida y vieja. En un rincón, Guill había amontonado sus maletas una encima de otra, colocando en lo alto el capacho de paja del verano, de donde sacaba los cigarrillos, la botella de pernod, el dinero y unas zapatillas. Cuando tenía que buscar algo en una de las maletas, las iba trasladando todas sobre la cama hasta llegar a su objetivo, y luego había que ayudarla a colocarlo todo nuevamente en el rincón.

La higiene de Guill era algo así como un timbre nacional, de modo que en aquella habitación inverosímil y recargada sólo olía a tabaco, a colonia y a la menta del pernod.

Amarse en aquel sitio era amarse en el filo del amor, en el perfil de los cuerpos, pero Guill parecía decididamente feliz y más llena de iniciativas que nunca. Del resto de la casa nos llegaban taconeos de mujer por el pasillo, conversaciones telefónicas, risas, portazos y la catarata de una cisterna. Entre tanta vida revuelta era fácil sentirse aislados, olvidados, y nos entregábamos a nosotros mismos con más fruición que lo hubiéramos hecho en el silencio polvoriento de la otra pensión. La muchacha había acertado. Yo estaba descubriendo el cuerpo de Guill, redescubriéndolo tras un olvido pasajero.

En aquel lecho angosto teníamos que seguir abrazados después del amor, porque no había sitio para otra cosa, y esto evitaba la ruptura fría y desangelada que de otro modo se hubiera producido cada día. Guill fumaba contra mi rostro y me contaba una vez más cosas de sus hermanas y de los hijos de sus hermanas, con una pasión familiar que mataba mi gusto por la clandestinidad, la prohibición y el amor a la intemperie. Se veía que la gran felicidad de Guill hubiese sido llevarme a Amsterdam con ella y presentar a todo el mundo al español simpático con quien iba a vivir muy feliz. Aquello iba siendo lo menos parecido a una aventura. Yo me iba llenando de involuntarias cuñadas. Guill no buscaba en el sexo ninguna clase de rebeldía, como creía buscarla yo, sino, muy al contrario, una emulación lejana y libre de la felicidad hogareña de sus hermanas.

Y comprendí por entonces, en aquella habitación afilada, de techo inexplicablemente alto, en el lecho desnivelado y revuelto de Guill, en los brazos delgados y frescos de la holandesa, que el sexo no es nada por sí mismo, que el sexo es algo a lo que hay que dar sentido, como una cera blanda y grata con la que se puede y se debe modelar algún significado. Si se deja la cera sin modelar, o si sólo uno de los dos la modela, o si cada cual modela una figura distinta, no hay pareja, no hay amor, no hay sexo. Ella y yo trabajábamos febrilmente en la misma materia, que era como la plasticidad misma de nuestros cuerpos, pero una y otra vez nos destruíamos uno al otro, sin saberlo, nuestra obra imaginativa. No creábamos nada.

El palacio tenía en sus gruesos vitrales un mar tormentoso y un velero detenido, y el sol del atardecer se hacía poliédrico en el cristal, como sonaba el viento entre los árboles, cárdeno el cielo, sin rumbo la tarde, y una península de vegetación y senderos desvariantes, una forma casi femenina entrando en el mar, el faro lejano, el barco hacia la noche, pinos y cipreses engrandeciendo el crepúsculo donde la hortensia crecía como una ofrenda ciega, como un puñado de palabras malva, como un sombrero de dama olvidado entre los espinos. El palacio lucía con el sol último en los cristales, era una masa de piedra blanca y gris, desleída en el aire, y los automóviles huían lejos cuando, donde el silencio se tensaba con el golpeteo de una lejana, inexistente pelota de tenis. Estábamos a la puerta del palacio.

Ella venía en un grupo de muchachas, de estudiantes, de turistas, y curioseaban el atrio, los vitrales, la escalinata. Ella era alta y tenía el pelo muy claro. Vestía una túnica blanca, bordada en blanco, y venía descalza. Eran sus pies desnudos, redondeados, niños, y la túnica se le entreabría al andar, donde el muslo avanzaba suavemente, más pleno que decidido, más pesante que invasor.

Conversamos en aquel atrio frío, ajeno a la suntuosidad de la tarde, un poco conventual, y luego salimos al sol, el viento desordenó nuestras palabras y, por una escalera de roca, indecisa entre la vegetación, casi vertical, bajamos a la playa íntima y sola, que tenía esa tristeza iluminada y oblicua de las playas en la tarde.

El cielo se desnudaba lentamente y había veleros en el mar. La ciudad tenía en su muelle un friso de cargueros y mercantes, y el aparato hiriente, acerado al sol, de un barco de guerra. Era un grupo de estudiantes inglesas. Estuvimos sentados sobre la arena, cogiendo puñados de tierra húmeda, y ella, en algún momento, se puso en pie y se quitó la túnica con un solo movimiento. Su dos piezas malva se le había quedado ligeramente pequeño.

Rubia, de cabello levísimo, tenía los ojos pardos, la nariz breve, infantil, ingenuamente rebelde, y una carita de chico pecoso que en algunos momentos era malhumorada y en otros muy dulce. Paseó despacio por la playa, dejándonos el bulto blanco de su túnica como memoria, un poco desentendida de nuestra conversación estival y desflecada. Cuando volvió al grupo miré sus hombros finos (se había sentado en la arena, apoyándose en los codos) en los que la pálida piel se cuarteaba imperceptiblemente. En aquellos hombros brotaban unas pecas rubias, poblando el dulce montículo, como montoncitos de heno en la falda de una montaña. Tenía la piel muy blanca, mate toda ella, excepto allí donde el hueso, muy inmediato, la hacía tirante y le daba cierto brillo. Su cuerpo de niña se hacía centáurico en las caderas fuertes, en las piernas poderosas. Sus manos finas, muy determinadas por el hueso, jugaban con la arena. Era la inglesita de senos inexistentes. El sol, al que yo daba la espalda, proyectaba mi sombra absorta sobre aquel cuerpo harinoso, límpido, pero demasiado denso para ser puro. Era toda ella como un proyecto arcangélico que se hubiese frustrado por un involuntario exceso de línea, de curva, de calidad.

Era lo angelical pecando de voluptuosidad, como esos ángeles renacentistas que vemos en algunas pinturas (dentro del palacio había varios) y que son el modelo humano para pintar un ángel, modelo que el pintor, excesivamente tocado de mundanidad, lastrado de humanismo y de certeza, no ha sabido o no ha querido estilizar, depurar. Así, el ángel alegórico se ha quedado en retrato del modelo. Esta condición de arcangelismo lastrado de humanidad es lo que más se veía en la muchacha inglesa, y quizá lo que le daba a su rostro aquel gesto de mal humor, de hastío a veces (nunca exactamente tristeza).

Le pregunté si no se iba a dar un baño, el último del día, bueno de tomar a aquella hora de la tarde, y no sé lo que me contestó. En todo caso, hablaba un inglés complicado y displicente, difícil de seguir, y lo que sí pude obtener de la conversación es que se llamaba Childe. Childe y yo paseamos por el bosque que bordeaba el palacio, y ella se

había puesto nuevamente su túnica y desde luego no se dio el baño. El viento le desordenaba el pelo y la túnica. Había ya solamente, en el cielo y en el mar, una luz cárdena, fría, que era quizá como la luz última que dará el sol antes de apagarse para siempre. Los altos árboles tenían, en el revuelto anochecer, toda la grandiosidad operística y pueril de la naturaleza. Childe y yo nos habíamos alejado del grupo definitivamente; subíamos y bajábamos los enredados senderos del pequeño bosque. Ella hablaba y hablaba.

Yo no podía seguir ya el parloteo nervioso y dulce de la muchacha, pero seguía incierto la música de su voz, los altos y los bajos de su garganta, el trino de su pronunciación. El lenguaje volvía en ella a su condición primitiva de gorjeo. Ya no importaba lo que dijese. Nos comunicábamos sólo con sonidos, con la música del idioma, con el idioma secreto y subyacente de la modulación, porque hay en la voz humana clavicordios no sabidos, laúdes ignorados, clavecines que hacen su canción por los siglos de los siglos, diciendo siempre amor, y el lenguaje no ha llegado ni llegará a expresar nunca eso, lo gutural, de modo que la dialéctica más honda del hombre está en el sonido universal de la garganta, y no en ninguna gramática. La conversación de Childe, su monólogo sostenido mientras cogía flores al paso, era para mí la catarata dulce de una garganta onomatopéyica que lo dice todo con la entonación y aún no se ha cerebralizado. De vez en cuando, ella me tomaba una mano para saltar de una roca a otra, o se detenía para hablarme muy de cerca, y era un espectáculo inesperado y maravilloso, en aquel anochecer de un verano a media luz, el juego de ojos y voz, de manos y cuerpo, de la muchacha inglesa que deshacía flores desconocidas, nocturnas, como Ofelia, entre sus dedos nerviosos y ligeros.

Nos sentamos al borde de un sendero y Childe reposó un poco su charla, de modo que pudimos dialogar y empezar a conocernos. Iba serenándose la muchacha transfigurada de momentos antes, y nunca llegaría yo a saber, al cabo del tiempo, qué fue lo que obró en ella —quizá nuestro encuentro—, aquella excitación bella y rara de las primeras horas de lo que iba a ser nuestra historia.

Estábamos ya entre la sombra y yo adivinaba más que veía aquel rostro rubio, aquellos ojos pardos y repentinamente serios, la nariz voluntariosa, la boca adolescente, nada sensual, fresca. Tenía contra el rostro el perfume de aquella mujer, algo que ella daba de sí, un hálito cálido, de mucha vida latiendo en el pecho, corriendo por las venas, como ese polvillo invisible, casi vegetal, que nos dejan los niños en las yemas de los dedos. ¿Quién era aquel ser inédito que me hablaba en la sombra?

Una mujer desconocida, muy joven, un rostro que acababa de descubrir y que borraba ya el fondo débil de todos los rostros vistos en mi vida, el aura distinta de un ser humano ignorado y pleno, el ceño de sombra que crecía en su rostro. Yo había entrado en la atmósfera de aquel cuerpo, en el calor y el olor de la criatura desconocida. Hay cuerpos que tienen atmósfera y cuerpos que no la tienen. Hay cuerpos que viven como cosas en la atmósfera de las demás cosas. O que van empapando las atmósferas sucesivas que el exterior les comunica. Hay cuerpos, seres, con atmósfera propia, dentro de la cual es bueno vivir. Así era Childe. Yo no hubiera podido pensar en separarme de la muchacha. Ella, con sus palabras, con su clima femenino, con el juego de sus manos y sus ojos, había creado un mundo sutil y cerrado del que en absoluto deseaba yo huir. Cuando nos pusimos en pie para seguir caminando, salíamos de un bosque de sombras que tenía al fondo el zócalo intermitente del mar, el fósforo pálido de la luna y el agua inquietando la noche. La túnica blanca de Childe era una mano borrosa pasando por el paisaje plano. Salíamos hacia las luces. La muchacha era para mí un descubrimiento difícil y había en nuestra conversación, como en todo primer encuentro, esas lagunas de desconocimiento, de silencio, de volver a sernos extraños, absolutamente desconocidos.

Childe luchaba más que yo por salvar estos repentinos barrancos de distanciamiento

en los que corríamos el peligro de volver a ser dos seres que jamás se han encontrado. Yo vivía aquellas horas como en las páginas de un libro de láminas. Aquellos libros de la infancia, con grabados de Doré y de los discípulos de Doré, árboles, serigrafiados, árboles con manos y rostro, con vida reptil, y un personaje aterido pasando bajo el gran bosque de tinta china. La aventura que desde entonces quisimos vivir, el encuentro del amor en el bosque, toda esa magia de libro polvoriento se confirmaba de una manera desconcertante en mi paseo con la muchacha.

Estuvimos en los paseos de la ciudad, en las tabernas, en la orilla del mar, y el palacio lucía a lo lejos, con ventanas como reflejos del topacio, dentro ya del mar, tal el castillo hechizado al que siempre hay que volver, fatalmente. Yo miraba, más allá del agua y del cielo, el bosque de sombra en que nos habíamos conocido, y que era ya como un pasado remoto, como un recuerdo literario y no vivido. El tiempo había perdido sus controles habituales y ya no era posible gobernarse con arreglo a ellos. Cuando quise besar a Childe, en el acantilado, me pidió, casi por favor, que esperase. Despacio, tenía que ir todo muy despacio. Era como si la aparición temiese desencantarse y morir, perdida la magia que la había engendrado. Silenciosos en la noche, uno junto al otro, desconocidos y febriles, mirábamos hacia el puño negro del palacio, mirábamos fatalmente hacia allá. Temíamos, quizá, alejarnos de su influencia secreta, de su magia antigua, del ensalmo que sobre nosotros derramaba. Cuando empecé a tomar conciencia de toda aquella borrachera literaria, fue cuando Childe bostezó como una niña abrumada por un fardo de sueño, y tuve que llevarla a dormir.

Ciego de luz, pisaba yo la playa, en la mañana, buscando a la muchacha. Teníamos una cita en el bosque y no había aparecido. La playa estaba desierta. Mi pie desnudo estaba ahora, quieto, junio al cuerpo tendido, blanquísimo, de Childe. Ella tenía los ojos cerrados, un brazo apoyado en la frente y cierto abandono enfermo en todo su cuerpo. La contemplé un momento, sin inclinarme. Estaba dormida. O quizá enferma. Era un rostro un poco pueril que, con los ojos cerrados, sin la luz inteligente que había en ellos, quedaba como infantilizado. Me incliné para despertarla suavemente. Tomé su brazo, su rostro. Abrió los ojos despertando de un mal sueño. Se incorporó, sentada en la arena. Había dolor en su expresión.

Estaba enferma. Se disculpó de no haber acudido a la cita. Había pasado, sin duda, del sueño al desvanecimiento. Se puso en pie y se llevaba las manos al vientre. Busqué su túnica blanca, que estaba caída junto a una roca, y la coloqué sobre su cuerpo pálido y un poco vencido. La llevé de la cintura, un tanto penosamente, por la escalinata de piedra, hacia lo alto. Nos cruzábamos con grupos y parejas en bañador, que bajaban a la playa. Childe hablaba, me explicaba no sé qué enfermedad, tenía momentos de dolor.

En el taxi, corriendo hacia el hospital por las calles vacías, sólo pobladas por el sol (creo que era domingo) su cuerpo se derrumbaba en el mío, y tuve su cabeza en mi pecho, su pelo en mi boca, y sujetaba con un brazo el vencimiento de toda ella. Me llené de una ternura pueril por aquella muchacha rubia y enferma. Yo no había entendido cuál era su mal, porque lo explicaba difícilmente y entre leves lamentos, de modo que aquel dolor sin nombre se me hacía más terrible, más destructivo en el vientre de mi amiga. En el hospital, que era viejo y estaba muy limpio, Childe se me perdió en seguida tras el biombo blanco de la consulta. Vinieron los médicos desganados que hacían la guardia y uno de ellos, joven y muy peinado, habló con Childe en un inglés fluido. El tipo había estudiado su carrera en Inglaterra y en seguida me llené de unos celos juveniles hacia él.

Desnudaron a Childe y volvieron a vestirla. Una enfermera le preguntaba cosas y las iba escribiendo en un cuaderno. La sentaron en una silla. Iban a internarla.

El hospital tenía esa cosa de palomar para moribundos que tienen los viejos hospitales. Había unos pabellones de ladrillo con cierto tono militar, un jardín austero y la blancura

inquieta y silenciosa de las enfermeras y las monjas. Entre los médicos y las gentes que se habían interesado en el caso de Childe, yo me sentí de pronto un extraño, el que menos tenía que ver con la muchacha. Evidentemente, yo no era su marido ni su novio, ni siquiera su amante. Yo era solamente un conocido de la noche anterior, de modo que en seguida dejé de tener importancia para la gente aquella.

Childe me miraba a veces de una manera inexpresiva. Aquel revuelo en torno suyo había distraído un poco su dolor. Se la llevaron en el ascensor, un ascensor grande, cuadrado, de subir y bajar camillas, y todo era excesivo y un poco carcelario. Afuera quedaba el domingo de verano, despoblado y soso. Nadie contaba conmigo para nada. Quizás había que operar. Hablé con un médico bajito, joven, de gafas y bigotillo sucio, que tenía aspecto de haber hecho toda la carrera con becas de pobre.

El tipo hablaba con voz tenue y me dijo que seguramente iban a operar a Childe al día siguiente. De momento la iban a dormir y lo mejor que podía yo hacer era largarme. Descendí las escaleras del hospital, pero al llegar a la planta baja, en lugar de salir a la calle seguí bajando. Anduve por unos corredores negros y de vez en cuando me cruzaba con un camillero que arrastraba una ruidosa camilla con un bulto encima, quizás un muerto. Había tomado nota mentalmente de cuál era la habitación que le habían adjudicado a Childe. Entré en un pasillo enorme que cruzaba perpendicularmente por debajo del hospital. Pegados a las paredes y al techo del pasillo corrían unos gruesos tubos. Había una luz indefinida que no llegaba de ninguna parte. Un grupo de enfermeras cruzó el pasillo, a lo lejos, dejando un eco perdido de risas en aquella profundidad. Yo me orientaba instintivamente bajo los pabellones rectangulares del hospital.

Mientras caminaba por aquel pasadizo retumbante llevaba en mis ojos la mirada dolorosa de Childe y veía ya a la muchacha, desnuda en el quirófano, entre ligaduras de sangre coagulada, debatiéndose después de muerta. Bello y enfermo cuerpo de Childe, y su dolor llenando de ecos aquel hospital grande y frío, yo, viudo perdido de una desconocida, la muerte adolescente pasando tan cerca; pero yo había tomado un montacargas que ascendía lento, silencioso, hacia la luz. Cuando estuve en la galería ocre, caminé despacio hacia la puerta entreabierta. Rocé la madera con mi puño y entré. La cabeza de Childe dormida en la almohada, el cuello suavemente atirantado, un perfil rosa, dibujado, y la mandíbula delicada, inútilmente voluntariosa. La habían desnudado. Tenía los hombros fuera de la sábana y el brazo izquierdo doblado sobre el lienzo, contra su pecho. Quizá se había dormido sujetándose el corazón con aquella mano.

Yo no estaba allí, yo asistía desde algún rincón oblicuo a aquella mirada indiscreta, la estancia estaba vacía, salvo el cuerpo dormido de la muchacha. Una penumbra verde y la luz latiendo al otro lado, el ronroneo del sol, el tiempo parado, estancado, la densidad torpe del domingo, el vuelo de una mosca y el perfume de la ropa íntima de Childe, abandonada sobre una butaca, como un rosal pisado. Eran cuatro paredes de silencio y la respiración ahora perceptible de la enferma, una vida entornada, un presentimiento de lilas en alguna parte del hospital, la cama de barrotes, un espejo encharcado, la solidificación temporal de un vaso de agua. Esa cosa parada y triste, obstinada y precaria que es una habitación de hospital en un domingo de verano. El tiempo crecía en oleadas y la mirada, una mirada que no era la mía, que no era de nadie, que era sólo mirada, veía la piel sutilísima de la muchacha, la coloración secreta de la única mejilla ofrecida, los pelos marginales que se rizaban cerca de la oreja, casi inexistentes, hebras sólo de brillo que no llegaban a reunirse con el caudal denso de la cabellera esparcida por la almohada, pugnando por reunirse en masa, desflecándose en el rubio ceniciento de las puntas. Y aquella mano larga, de uñas redondeadas, muy prietas a la carne, lucientes del esmalte de la naturaleza, con los nudillos minuciosamente rugosos, como oasis de sufrimiento en la melodía suave y prolongada

de los dedos, de todo el dibujo fácil y estirado. Mano de esqueleto denso y fino, piel pecosa, músculo flexible, abandonada esta mano, pero no del todo, levemente crispada, sujetando la sábana o el pecho con un resto de energía que el sopor no había extinguido.

La doble curva de los hombros, un oro mate contra el blanco hospitalario, unas pecas como un muerto revoloteo, y todo el bulto del cuerpo bajo la sábana, una dimensión esbelta, quebrada, armoniosa, que no descubría en ningún punto la contracción del dolor. La estancia se había llenado de la atmósfera de Childe. Nadie miraba aquel cuerpo dormido, nadie respiraba aquel tiempo lleno de presencia, nadie estaba en la habitación. A mí me habían prohibido la entrada y el viaje por el pasadizo de los tubos no era más que una alucinación. Algo conventual y militar se replegaba en la estancia, tenuemente invadido por la atmósfera malva, lila, rosa, blanca, del cuerpo de la inglesa. Sus sandalias estaban junto a la cama, sobre la alfombra, dos sandalias doradas, gastadas, pisándose una a la otra en la postura niña de todo un cuerpo adolescente. Fue cuando entró una enfermera y le pasó a Childe una mano por la frente, sin saludar a nadie, sin mirar a nadie, porque nadie había allí, y yo menos que nadie.

Pero Childe dormía en aquel hospital desconocido, con el mal en sus entrañas, muy lejos de quienes sabían su nombre profundamente, y era un regalo hermoso y enfermo, una bella y doliente dádiva a nadie. La enfermera se había ido llevándose un termómetro que tenía en su médula de mercurio la temperatura de Childe, el más secreto calor de aquel cuerpo. Muy lentamente fui llegando hasta aquella habitación, muy lentamente se remodeló una persona en torno a una mirada y ya estaba yo en aquel sitio, ya estaba allí, de pie, súbitamente poblado de mí mismo, sintiendo en el cuerpo mi sangre lentísima, inmóvil, reconociendo el rostro niño de Childe, más niño que nunca en el sueño. Era una presencia que rebosaba mi vida, algo que me pertenecía o a lo cual yo pertenecía antes de ninguna clase de posesión. Era sentirse la vida ocupada por un ser desconocido y grato. Comprendí entonces cuánto lugar ocupaba aquello en mi vida, aun sin saber bien todavía qué era, cómo era, quién era. La enferma respiraba.

Y su respiración era toda la atmósfera-Childe haciendo vivir la luz del espejo, la vibración de la persiana, el agua del vaso, el color divagante de la ropa, su bolso y sus sandalias, un libro caído, un frasco medicinal y aquellas flores macilentas, agotadas de aromar otra vida, otra enfermedad, anteriormente, un enser que pasaba de una historia a otra historia, de una vida a otra vida, innecesario y sobrante. El clima de la muchacha fue adensándose en la habitación, que se llenó de su temperatura. Aquel cuerpo compacto emitía su onda caliente y plena. El influjo de aquel cuerpo era perceptible al aire libre, pero en la clausura de una habitación de hospital se hacía sofocante, invasor, y en aquel influjo vivía yo, quieto, luchando con un tiempo detenido.

Allí estuve, velando el sueño enfermo de Childe, no sé cuánto tiempo, con mi vida puesta en aquella vida; una sensación nueva y embargante. La muchacha se despertó al anochecer.

Jeanette era un cuerpo con estela. Una estela ligera de perfume francés. Guill era un cuerpo aséptico que no dejaba nada tras de sí, que no removía nada en torno. Bodil era una presencia excesiva, un poco abrumadora, pero tampoco tenía aureola. Quizá llenaba y desbordaba su aureola con su carnalidad. Renata era un cuerpo seguido siempre de su sombra. Renata proyectaba siempre una sombra fina y morada, un perfil brujo. Pero Childe tenía atmósfera propia. Y en la atmósfera de Childe viví durante algún tiempo, en aquella habitación de hospital, peinando a la enferma, que iba a ser operada, recogiendo su pelo en una crencha densa y rubia, ordenando y desordenando su almohada, acariciando con el dorso de la mano sus mejillas, poniéndole la medicina en el vaso, las flores en el búcaro, los libros junto a la cama. Había médicos, enfermeras, monjas, y las amigas de Childe, sus compañeras, las de la tarde del encuentro, que acudían a visitarla. Yo era la sombra innecesaria y un tanto silenciosa que vagaba por aquella habitación. Había una terraza.

Yo me sentaba en la terraza, a leer, bajo la caricia de un verano nublado. Childe estaba dentro, sentada en el lecho, con la cabeza caída hacia un lado, dormitando, y las piernas dobladas, muy altas las rodillas bajo la sábana. Había una paz de convalecencia en aquellas horas previas a la operación. Childe me llamaba frecuentemente, cuando se había ido todo el mundo, y yo me sentaba en la cama y la besaba. «Espacio», musitaba ella, como en la primera tarde. Y ahora sí que tenía sentido esa palabra. La vida le había dado un parón extraño a nuestro encuentro. Apenas nos conocíamos y ya había entre nosotros una tragedia, una enfermedad, una operación^ quizá la muerte. Era como una historia que comienza demasiado cargada de argumento, descompensada desde el principio. ¿Qué iba a pasar después?

Childe escribía mucho en la cama. Escribía largas cartas a Inglaterra con su mano izquierda, zurda, empujando la caligrafía de atrás adelante, en lugar de tirar de ella como hacemos quienes escribimos con la mano derecha. Había así, en su escritura, una mayor laboriosidad. Aquella mano izquierda, de un blanco oro, con alguna peca, iba moviendo el alfabeto ágil y trabajosamente, iba desplazando la blancura del papel, que se llenaba de unas letras inclinadas y estrechas, con cierta elegancia y cierto aire escolar. Childe escribía en un enorme bloc inglés y luego de terminar un pliego lo arrancaba con un punto de violencia y lo dejaba volar en el aire, hasta que se posaba en el suelo. Yo miraba el trabajo de aquella mano, que era ya una mano querida, y miraba también a la otra, la derecha, tan inútil, tan bella, con el pulgar de yema aplastada, el índice y el corazón sujetando el bloc. Childe tenía junto a sí un libro abierto, unas postales, un tubo de pastillas y una flor.

Afloraban en mí ternuras y cuidados que no había tenido nunca con nadie. Estaba llena de erotismo aquella solicitud hacia el cuerpo enfermo de Childe. Aquel cuerpo que se agazapaba bajo las sábanas, como una pequeña manada de cachorros sonrosados, o se estiraba dulcemente en su esbelta longitud. Aquella carne rosa tenía en su revés la erosión del dolor, tenía pegado a su forro blanco y rojo el liquen del mal. Y esto hacía más fungible, más deseable y caedizo el cuerpo de la muchacha. Hubiera deseado llegar con mi amor hasta el mal profundo y redimirlo por la fuerza misma del empuje biológico. Aquella vida enferma necesitaba la inoculación de otra vida, el refloreCIMIENTO de la sangre, como el árbol que, ya en primavera, desprende su última hoja otoñal a impulsos de un nuevo brote. Childe me hablaba con menos vivacidad que en aquel primer encuentro nuestro. Me contaba su vida, sus inquietudes, tocada de una serenidad y una intemporalidad que sólo puede dar la quietud en el lecho. Quizá veía su propia existencia muy lejana, muy irreal, y asistía a ella desde aquel lecho de hospital como a algo en lo que nunca podría intervenir.

Nuestro naciente y secreto amor se iba serenando al mismo tiempo que crecía. La enfermedad había abolido las reservas convencionales entre nosotros, acelerando nuestra relación a un nivel profundo, al tiempo que la frenaba exteriormente. Childe,

con el pelo recogido, era otra Childe. En los días de sol le sacábamos la cama a la terraza y entonces toda la dulzura del clima se posaba en su piel empalidecida. El ladrillo de la terraza tenía yedra y emparrado, musgo y lagartijas. Había muchos mosquitos en torno de las grandes macetas, pero todo vivía en un aire de irrealidad que lo hacía sedante. Los médicos y las enfermeras manipulaban el cuerpo de Childe como si fuese una materia experimental, asistiendo a no sé qué secretas transformaciones.

Levantaban un poco la sábana y miraban dentro como si fuesen a encontrarse que a la muchacha le había nacido un tercer seno o se le había abierto una pupila en el vientre. Todo podía ocurrir en aquel cuerpo que fermentaba bajo el lienzo. Después de las manipulaciones, yo iba remodelando con caricias el rostro, los hombros y los brazos de Childe, hasta volver a encontrar en ella su forma habitual e invariable. Pero aquel cuerpo tenía siempre una sensación de plasticidad moldeable que era lo que le hacía más deseable e inquietante. Yo me iba y volvía, estaba mucho tiempo fuera para meditar sobre aquello, para asistir como espectador a mi propia historia. Cuando volvía, Childe nunca me daba a entender impaciencia o reproche. Llegaba a parecerme que le era indiferente. Quizá respetaba mi libertad con una exquisita cortesía sajona. O bien sufría en silencio. O realmente entendía lo que pasaba, mi necesidad de tomar distancia, de alejarme momentáneamente.

Childe tenía momentos de dolor, de sufrimiento, de desesperanza, y entonces se encerraba en un mutismo que no renunciaba a ser cortés. O bien acababa siendo la pobre niña asustada, de ojos llorosos, a quien yo tomaba una mano y nada más. Su rostro infantil tenía una gran capacidad de expresar el dolor. Pero la muchacha no se desmelenaba nunca. Sufría con una corrección amarga y silenciosa que me la hacía repentinamente adulta.

Comprendía yo entonces que habíamos vivido una plácida imitación literaria del dolor durante varios días. El dolor verdadero era esto de ahora, sin ribetes de ternura, una presencia ciega y devastadora. Habíamos jugado a engañarnos, a engañar al mal, como si realmente se le pudiese distraer con flores y libros. Es la blanda ofensiva que se intenta siempre en la habitación de un enfermo. Un decorar la muerte, ponerle visillos y puntillas como si fuera un mal menor y agrisado. Pero la bestia negra no ha participado en ningún momento de nuestra comedia y embiste, de pronto, desordenando la grata y pacífica escena. Había que operar a vida o muerte.

Se la llevaron en la cama de ruedas. Iba sentada contra las almohadas y los barrotes de hierro, y me recordó no sé qué pasos de procesión, bamboleante, entre gasas y flores su cabeza virginal. El miedo le mataba la ternura y me despidió brevemente. No había nada entre nosotros; nada habíamos vivido juntos. Sólo nos unía el tejido leve de la ternura, y la ternura quedaba barrida en aquel momento por el dolor y el miedo. De modo que no tenía nada que decirme. Las ruedas zambas y chirriantes de la cama sonaban por el pasillo. Después oí el golpe de la puerta corrediza del ascensor, que era una de esas puertas de hierros plegables, como los cierres de los comercios que me fascinaban en mi infancia. Se habían estirado y vuelto a plegar las altas equis de hierro. Se la llevaban a la trastienda de la muerte.

En la habitación quedó el hueco enorme de la cama, un rectángulo feo de mirar, con ligeras fronteras de tamo. Era como si hubiesen arrancado de cuajo el nido cálido de mi amiga. El interruptor colgante de la luz, aquello que en el hospital llamaban «pera», colgaba por la pared, hasta un metro del suelo. Y, un poco más corto, el cable del timbre. Los dos últimos resortes de aquella vida. La luz y la alarma. El mirar y la llamada. Los ojos y la angustia. El día y la soledad. En torno al rectángulo del suelo, en torno a la ausencia de la cama de Childe, una resaca de ropas y objetos por las sillas y las mesas. Yo tenía entre las manos una leve ropa íntima de la muchacha, que le habían quitado aquella misma mañana. Era un tejido transparente con flores casi borradas por el calor del cuerpo. Incliné sobre ello la cabeza respirando la intimidad de

Childe.

Toda la estancia era la sensación de haber llegado tarde a visitar a un moribundo, cuando ya se lo han llevado cadáver. La vida y la muerte tienen férreas manos de camillero para arrebatarnos un cuerpo amado. Childe estaba en el perfume de aquella ropa mínima. Había pasado algún tiempo y en algún sótano del hospital habían punzado su cuerpo desnudo con sondas y agujas en la docilidad de la carne. Unos focos de fuego le quemaban las rasgaduras sangrientas del vientre y el interior rojo de su cuerpo. Childe era una niña inglesa que había bajado a jugar a la calle, desde su palacete señorial, con los chicos que pedían un penique al viandante haciendo pinza con los dedos sobre la nariz y poniendo voz gangosa. Childe había jugado también a eso y los padres, las nurses, las profesoras le habían reñido por su descompostura.

Ahora no había padres ni nurses ni profesoras. Childe nunca había querido ser recibida en palacio, sino que daba clases a los niños del Soho. Su padre era uno de los hombres importantes que hacían la «Enciclopedia Británica», pero Childe no creía mucho en la «Enciclopedia Británica». La madre se resignaba. En la Universidad, Childe descubrió que había más chicos y chicas como ella, que tampoco deseaban ser recibidos en palacio y que en los fines de semana se iban a hacer amistad con los provos y los yanquis de Picadilly, a fumar sus hierbas y escuchar sus guitarras.

Allí conoció Childe a un negro de las colonias que la hizo su amante y le habló del *black power* y le mostró el retrato de su antepasado negrísimo en una de las láminas de la Enciclopedia, aquel volumen que ella robó en casa para regalárselo. Cuando Childe comprendió que se podía amar a los negros sin amar concretamente a aquel negro, ya era demasiado tarde. Su amante la perseguía a la salida de la Universidad y su padre le cerraba la bolsa hasta el último centavo, negándose a tener por yerno al negro de las colonias. Huyendo de todo esto había llegado Childe a España. El negro la buscaba por los barrios portuarios del Támesis, en la noche, y quería provocar su sangre roja sobre la carne blanquísima; su sangre roja fluyendo ahora y secándose sobre la carne blanquísima; siempre la agresión a aquel cuerpo dócil, siempre la violencia, siempre la sed oscura de aquella sangre adolescente en la garganta angosta del negro, en la garganta negra de la vida. Había huido de las secretas navajas del negro y otra navaja más afilada desgarraba ahora su vientre con un chirrido de diamante sobre el cristal, y yo no tenía nada que ver en aquella historia.

Childe tenía un pequeño apartamento en un barrio estudiantil de Londres y ni sus padres ni el negro de las colonias sabían de ella. Trabajó en una oficina política, siguió dando clases a los niños del suburbio, y tuvo un amigo libanés, menudo y listo, de rostro ratonil, simpático como un roedor con gafas, que le habló de España. Por eso estaba aquí, en este hospital viejo y grande, muriendo entre unos médicos que no entendían sus lamentos en inglés. Entró un señor de traje claro que era el cónsul de Gran Bretaña en la ciudad, y se interesó correctamente por la salud de la muchacha, por la marcha de la operación, y me miró distanciadoramente, porque yo era, sin duda, el español desaprensivo que la había puesto en tal situación.

Desde que Childe le entregara su virginidad al negro de las colonias, el mal estaba en su entraña. Childe ha viajado por el mundo, ha conocido gente; vuelve a Inglaterra y me envía de regalo algún tomo de la Enciclopedia Británica, o un estuche de piel de serpiente que alguien le ha traído de Brasil, un estuche que tiene forro de terciopelo rojo y una llavecita de oro para abrirlo y cerrarlo, y me escribe cartas en el papel azul de la prisa, o postales con una vista del Támesis; y ahora alguien ha elegido su cuerpo para que en él se persigan la muerte y la sangre, y no tiene a nadie en el mundo, sólo me tiene a mí y tiene a este señor cónsul vestido de gris claro, veraniego, con sombrero o sin sombrero. Aquel pueblecito medieval en que todo ocurrió, en que todo ocurrirá, en que fue mía por primera vez, por última vez, y la vida de la muchacha es una confusión de viajes y enfermedades, de amor y postales, con el perfume denso del

yodo y el cloroformo, y el señor cónsul de Gran Bretaña moviéndose discretamente en esa nube de olor y fotografías.

Aquella postal de Childe con una vista de un museo, cuadros de mucho colorido en las paredes, un museo moderno, funcional, casi rústico, el estructuralismo, un suelo de baldosas brillantes, una banqueta de madera y las esculturas de mediano tamaño, henrymooreanas, o ese colmillo de marfil, en primer plano, que más bien tiene algo de muela gigantesca, de raigón translúcido, *the sculpture court, Museum of Art, Ogunquit, Maine, In Foreground, «Bird Afloat», alabaster sculpture by Frandes Lamont, Air Mail, Post Card, Address*, la letra inclinada, un poco estirada, zurda, la tinta azul, un exterior con mar y rocas, y un vuelo parado de pájaros de forja. Childe vivirá para enviar postales tan bellas a sus amigos del mundo o morirá y las postales se quedarán en blanco para siempre. El señor cónsul está en la raya de la disyuntiva, como en la raya de las baldosas, se pasea por el hospital como por el museum, pulcro y decente, y no hay nada que hacer. 19 West St., apt. 1, Human Rights Year, *postage*, y tres hemisferios en línea surcados por una bandada de pájaros cubistas en ocre, rojo y negro. Childe puede morir a pesar del Human Rights Year, a pesar de los pájaros salvadores y del señor cónsul, que se ha tomado tanto interés por ella.

Aunque por fin se va, se iba, se ha ido, y ahí queda su tarjetita, tan diplomática, rectangular e inútil, urbana y londinense. Baja despacio por la gran escalera del hospital. Sin duda le horroriza el ascensor de los muertos. O no considera correcto utilizarlo. Sale al exterior, desciende los escalones que le apean en el jardín, pisa la grava y mueve el bastón como si fuera camino de los oficios del domingo, anabaptista o presbiteriano, y es toda la gentileza de una raza viajera, turística, dominadora, dominada, consular y civilizadísima. Pero toma el coche, el automóvil, su automóvil, el chófer le ha abierto la portezuela y la sostiene mientras él entra agachado —ay el sombrero—, pero no pasa nada y el motor ronronea o nunca ha dejado de ronronear. Ya están en marcha. Y ella no sabe nada.

Me quedo allí, solo en la estancia, solo en el pasillo, solo en el hospital, solo con una tarjeta, con una cartulina blanca que debe estar, en efecto, completamente en blanco, porque quizá las tarjetas del señor cónsul se borran por sí solas una vez cumplida su misión, al cabo de cierto tiempo prudencial, y luego pueden tirarse o utilizarse para apuntar un teléfono, una fecha, una dirección, y ni rastro de las letras que explicaban en inglés quién era el señor cónsul y lo interesado que estaba por el caso. Tengo en las manos la prenda de Childe y ahora comprendo que la he tenido durante todo el tiempo, que el señor cónsul lo ha visto y que sin duda esto le repugnaba tanto, y esa repugnancia es la que yo leía en su rostro; sus razones tenía el tipo; qué pensará de nosotros, de la raza, del país. Suelto la prenda, pero me entra como cierto remordimiento y la vuelvo a coger, no voy a estar ya siempre con esta prenda de Childe en la mano, puede venir alguien y verme. Dudo.

No estamos solos en el mundo, nadie está solo, en cualquier rincón de la tierra contamos con un cónsul de nuestro país que se interesa por nuestras desventuras. No es verdad que el hombre no sea feliz y muera, que el hombre esté metafísicamente solo, ni siquiera metafísicamente, qué porquería, solo de solo, solo y nada más. La mentira, la violación, las razas, el dolor, el miedo, la incomprensión, el padre egoísta, todo eso en la vida de Childe.

Pero en la hora definitiva hay un cónsul, un señor cónsul que se acerca a preguntar, que se ha enterado milagrosamente, porque los cónsules gobiernan el mundo y se enteran de nuestras vidas, lo ven todo, aunque creamos que estamos solos. Es un consuelo, es un alivio, el hospital ya no es el hospital, es el Museum, las rojas baldosas, los cuadros estructuralistas, los pájaros, el *alabaster sculpture*, que tiene por nombre Bird Afloat.

Y vinieron monjas y enfermeras, porque habían pasado muchas horas. Había que

acostar a la enferma. Sí, ha respondido muy bien, claro que era una operación peligrosa, ahora lo delicado es la postoperación; está dormida, sí, todavía está dormida. Me quedé sentado en un rincón, entre el florero y el espejo, cuando el cortejo de sombras trajo la cama chirriante y la puerta del ascensor sonaba muchas veces. Childe casi no existía bajo la sábana, como si el bulto enorme del dolor la hubiese mermado, y hubo algún revuelo de luces, trapos, voces, hasta que la cama quedó en su sitio, quizá un poco ladeada, levemente ladeada, de modo que sólo yo podía advertirlo. Había sido como la operación de atracar un barco, o quizá una lancha pesquera, y al fin se balanceaba el lecho con las aguas tranquilas de la semiconsciencia.

Aquel desajuste de la cama ladeada me preocupaba más que nada, era lo único que me preocupaba, pero no pensaba en decirles nada a los camilleros ni a la enfermera, para que lo corrigiesen, sino que esperaba a quedarme solo con la enferma para corregirlo por mí mismo. Childe no respirará bien, no reposará bien mientras yo no mueva ligeramente la cama y la ajuste a la pared. Le habían vuelto a enredar los cables a la cabecera, como una conexión eléctrica que le iba a devolver la vida. «Puede usted quedarse ahí, sí, tardará en recobrar el conocimiento, cuide de la llave...» Cuando ya era la oscuridad total en la habitación, yo seguía pensando en que tenía que cuidar de la llave. ¿Qué llave era aquella? ¿Qué habían querido decirme? ¿Peligraría la vida de Childe por no haber cuidado yo de la llave?

Necesitaba respirar aire puro. Me puse en pie y salí sin mirar para la cama. Debía ser muy tarde dentro del hospital. En el jardín busqué con la mirada el automóvil del señor cónsul. Pero ya no estaba.

Cabeza ligera, cuello largo, inclinado hacia delante, alargándose hacia el plato, hacia la cuchara, la convaleciente come despacio, y yo estoy a su lado. Childe está otra vez sentada en la cama, escribe cartas, habla, sonrío y, hay una cierta dejadez imperceptible en sus ademanes, un tono bajo en su piel, que es el único rastro de la operación. (Un día apartó la ropa de la cama y me mostró su cuerpo yodado, afeitado, cicatrizado.) Más frágil que nunca, yo le alargo las cosas y ahora el dolor es un dolor bueno, saludable, curativo, es el dolor de la cicatriz, de la carne que se une nuevamente a la carne en un beso pegado y profundo. Con este dolor sí se puede jugar otra vez, sí se puede hacer comedia, novela, historia rosa. Este dolor sin amenaza es bueno, sirve para amar más la vida, como un masoquismo discreto, como un dulce sadismo. No pasa nada. Ella alarga su cuello y va tomándose la sopa lentamente. Su cuerpo vuelve a tener efluvio, influjo, onda, atmósfera. Estoy siempre a su lado.

La sacábamos a la terraza, vestida como para irse a la calle, y paseaba despacio, muy despacio, un poco inclinada, porque le tiraban los puntos de la herida. Iba de mi brazo y estábamos ya como al final de nuestro amor, como al final de nuestra vida, acabados y lentísimos, paseando por un corredor de hospital en el sol caedizo de la última hora.

Yo asistía al resurgimiento de aquella vida. Era un estallido silencioso de brotes, un golpe de sangre en las mejillas, un repentino erguimiento de mujer hermosa. Childe estaba naciendo de nuevo, y estaba naciendo para mí, que era la única persona que había ahora en su vida. Pronto iba a abandonar el hospital. Desde la terraza veíamos pasar trenes lejanos, más allá los barcos en el puerto, y la montaña, como esas láminas escolares donde se acumula todo para que el colegial tenga en seguida una noción urgente y simultánea de la diversidad del mundo. El verano caía mansamente en aquella geografía verde y gris. La ciudad quedaba a espaldas del hospital, señorial y provinciana, y nosotros mirábamos como desde el castillo de un barco muy alto, hacia el sur lejano. Le conté a Childe la visita del cónsul e hizo un gesto de no importarle nada el asunto. La muchacha leía sus libros en inglés con una actitud aplicada, estudiantil, que me hacía sonreír. Tenía aún los resabios estudiosos de la Universidad. No había llegado a la lectura por la lectura. Leía para aprender. Es joven el que lee para aprender. El sol oblicuo daba en su rostro suave, sacándole un vello finísimo, una pelusa casi blanca, un poco más crecida en los brazos, y se exaltaba en el amarillo de la cubierta del libro. Yo comprendía de pronto, como una advertencia al oído, que estaba un poco enamorado de aquella mujer.

Volvíamos a la playa, no a la playa del palacio, sino a la de la ciudad, y su cuerpo blanco tenía una cicatriz grande que me lo hacía más deseable, más cierto, y la vi de nuevo con su túnica blanca, como en la primera tarde, grabada fuertemente contra el cielo antiguo, y sus besos iban dejando de ser besos de convaleciente, volvían a ser los besos intensos de una mujer a un hombre. La enferma se iba borrando de ella, no sin que yo experimentase cierta nostalgia absurda por aquel ser caído y dolorido que había tenido a mi merced. Su cuello era un cuello como sólo se ven en los retratos de doncellas renacentistas, su carne mate se llenaba de salud. Childe era una fiesta de blancura. Vagábamos por las terrazas de los cafés, por los clubs con música, por la playa, por las calles mojadas y grises de la ciudad. Asistíamos a la extinción de aquel verano como a la disipación de una fortuna personal.

Un domingo por la tarde —las grandes cosas siempre nos pasaban en domingo—, húmedos todavía del baño, sentados en una gran terraza, viendo llegar y partir los grandes automóviles negros que nos hacían a todos un poco condes y marqueses, decidimos tomar un taxi y viajar hacia aquel pueblo medieval, turístico, que ella había conocido por los catálogos coloreados de las oficinas de viajes. Fue el acuerdo trascendental de nuestra vida, pero lo tomamos tácitamente e igual podíamos no haberlo tomado, aunque quizá aquello se venía gestando en nosotros. Huíamos del

veraneo elegante, señorial, de los chóferes con paraguas para el señor, de las ancianas con cintita al cuello, de los niños con ayuda de cámara.

Había a la puerta de los grandes hoteles decimonónicos mucho movimiento de maletas. Las gentes caras abandonaban aquel veraneo con lluvia como abandonan, durante el invierno, el palco del teatro antes de que haya terminado la representación. La lluvia era una arpista monótona y de buen gusto que ya no les interesaba. Todo el mundo huía lejos y nosotros huíamos muy cerca, a un pueblecito pétreo y verde. Cada vuelta de las grandes puertas de molino dejaba un vacío dentro del hotel.

Giraban grandes llaves en las cerraduras herrumbrosas de los palacetes y la cancela de hierro golpeaba sobre el vacío de toda una casa, hasta el año siguiente. El mar estaba desolado y, sin la gala de los veleros amarillos, rojos, blancos, sólo se veían en él las barcas sucias de los pescadores. Volvía a ser un mar proletario. Childe y yo viajábamos alejándonos de la costa, entre montañas lluviosas, y el triste domingo de finales del verano y el veraneo tenía en sí un vacío de palacio enfundado para todo un invierno. Childe, acostumbrada a los grises perpetuos de su isla, quizás era menos sensible que yo a esta melancolía del paisaje. El taxi corría entre verdor. De vez en cuando, un edificio de piedra rojiza, una fachada con escudos, una ruina gris y verde.

En nuestra relación, en nuestra conversación, había ya tópicos propios, recientes lugares comunes, valores entendidos que empezaban a darnos la necesaria complicidad, ese dulce argot que se establece en todo romance. Así, Childe, en su mal español, se había quejado una vez de la picadura de los «insectivos», y todo insecto del verano que nos rondaba, era ya un «insectivo». En los silencios del viaje, en las pausas de la charla, una alusión a los insectivos o a cualquier otra clave de nuestro argot, por su parte o por la mía, era ya suficiente para reanudar el juego verbal. Íbamos hacia nuestro punto de destino y Childe parecía ajena a la aventura, al sentido último de ésta, de modo que yo dudaba en algunos momentos de si realmente era consciente de lo que iba a pasar.

Al pueblo se llegaba de pronto, en un giro de la carretera. El pueblo estaba a la derecha y entramos en sus calles empedradas, en sus plazas intemporales, entre casas y palacios que eran un cuidado apuntalamiento del reducto medieval que aquello había sido. A la entrada del pueblo había una explanada donde los músicos rurales hacían la música del domingo, una imitación de las grandes orquestas cinematográficas. La gente estaba en torno de ellos, feliz de verles, olvidada de bailar, mirando para la música como para un surtidor milagroso. Eran los mozos y las mozas del pueblo. Un aire de fritura y polvareda lo llenaba todo, y los sonos de la orquesta ponían una tristeza efímera en la enormidad del campo.

Dentro del pueblo quedaba inmediatamente olvidado aquel baile dominguero. Los turistas paseaban despacio por las calles museales y las mujeres del pueblo estaban a la puerta de sus casas, en corro aldeano, un tanto ajenas al espectáculo que constituían, junto a las tiendas de repujados, de artesanía, de cerámica, de labrado, que decoraban las viejas piedras y se ofrecían al turista. El coche nos dejó en la puerta del parador.

El parador tenía graves portones, un patio empedrado, claustros y corredores, cuadros antiguos, arcones, lámparas escurialenses, toda esa suntuosidad sobria, militar, monástica, que España impuso al mundo entre los siglos XVI y XVII. Casi todo era auténtico en aquel viejo palacio, y su actual servicio turístico lo envilecía un poco. Es melancólico pensar que siglos de batallas, de cultura, de fe, de estilo, se adensan en una madera de portón, en un tapiz de sala, para decorar la vida rauda y la pausa breve de un gerente americano. Tanta teología, tanta heráldica, tanta teogonía y cosmogonía, tanta estrategia y preceptiva han quedado en decoración, en confort para el hombre provisional que va de paso. La historia se prensa, se desustancia, se destila, y, olvidado su sentido, se reduce a una función decorativa. Toda estética es la fosilización

de una verdad. Aquel escenario había sido verdad alguna vez, mas ahora estaba fósil; su soberbia estética era su manera de estar muerto. Las gentes andaban por aquellos pasillos como invasores y conquistadores un poco desconcertados, sabiéndose provisionales allí, experimentando la extraña levedad del hombre actual al contacto macizo de un llamador, de un cerrojo, de un postigo. El pasado tenía más densidad y más presencia, dentro del parador, que nuestro presente fungible y viajero. El pasado era la realidad y nosotros éramos unas sombras vagas que apenas conseguían corporeizarse un poco en la moderna e inesperada cafetería del hostel. Hablé con Childe de todo esto y la muchacha se propuso escribir sobre ello en sus periódicos universitarios.

Reservamos una habitación y salimos al exterior. El pueblo tenía una colegiata medieval con un evangelio en piedra sobre la portada. Los huertos saltaban sobre las tapias en un efecto un poco escenográfico. Aquí y allá, un ventano entrecerrado que le ponía argumento y misterio a toda aquella vida parada. A través de las ventanas se veían algunos interiores con muebles de serie, actuales y baratos, y pensé que todo el pueblo no era más que una cáscara decorativa, y que en su entraña Irma vajillas de bazar, muebles-cama, televisores, plástico y neón. Pero había que desechar esta idea nauseabunda para poder seguir paseando por allí. Algunas gallinas y algunas vacas entorpecían el paso por las estrechas calles. Su olor y su presencia era lo más actual, lo más verdadero de toda aquella escenografía. Pero de pronto había rincones con sol, piedras últimas, atrios donde lucía el pasado con presencia maciza, cierta, contundente. Childe caminaba de mi brazo y hacía fotografías continuamente. El descubrimiento del pueblo era por sí mismo una finalidad, y lo que quizás habíamos utilizado como coartada se convertía en objetivo único o primordial del viaje. Volvimos a la explanada donde bailaba la juventud del pueblo y, sentados en las raíces de un gran árbol, reposamos de tanto descubrimiento. Aquella alegría de la fiesta aldeana no nos tocaba en absoluto, se despegababa de nosotros, y lo mirábamos todo como exiliados de la realidad. De vez en cuando, Childe me tomaba una mano.

De vuelta al interior del pueblo, fuimos siguiendo a una cabra solitaria hasta dar en un huerto pequeño, de verdor intenso. Un huerto silencioso como sólo se encuentran en los versos de los clásicos, incrustados como una joya verde. Allí besé a Childe en la boca, por hacer algo, ante la mirada negra y agreste de la cabra. Era ya el anochecer y los turistas seguían paseando por el pueblo. Las vecinas comenzaban a retirarse al interior de sus casas y la decoración de las tiendas había desaparecido hasta el día siguiente. Sonaron en la colegiata unas campanadas medievales y, lejanísimos, los cohetes de la fiesta campesina.

Childe se apoyaba en mí para caminar y volvíamos lentamente a nuestra intimidad. El pueblo olía a establo, a flores intensas y a humedad. Estuvimos por última vez en la colegiata. Se respiraba allí un aire de tumba, un incienso frío, una penumbra catacumbal. En el último rayo del sol, una santa románica en granito, un rostro achinado por el desgaste del tiempo, unas facciones planas donde la luz y los siglos habían inscrito cierta gracia equívoca, diablesa, que nada tenía que ver, quizá, con el lejano modelo medieval. Afloraba así un demonio debajo de una santa, como rompiendo la crisálida en un proceso de miles de años, a Cuando el maestro cantero labró ese rostro, no pudo advertir que el granito se le iba embrujando y que dentro de la virgen que él esculpía se gestaba una máscara femeninamente diabólica. Era el mal floreciendo dentro del bien, el bien corrompiéndose en mal por un proceso secreto. El tiempo no había destruido su obra, sino que la había modificado, la había cambiado de signo.

Tenía aquel rostro de piedra una mueca festiva que daba un poco de miedo. Yo empecé a encontrarle parecido a los rasgos simplificados de la escultura con el rostro un poco infantil de Childe, donde a veces afloraba también una mueca de malicia difícil

de sospechar. La niña medieval y latina estaba viva en la niña sajona y contemporánea. La niña de granito habría muerto por la fe como Childe estaba dispuesta a morir por los derechos del negro. Era el gesto obstinado y párvulo de dos niñas valientes en la riada espiritual de Europa. Aquella santa de colegiata, europea de los siglos enormes y fanáticos, volvía a reír en la luz que se iba.

El tiempo y los vientos habían desgastado también la faz de la raza anglosajona y ahora tenía yo delante un rostro de facciones un poco planas, sin el prominente dibujo latino. Childe cantando en el pórtico de las viejas catedrales, Childe, niña virgen, canonizada, inmolada por un negro infiel, hija del granito que perpetúa la epopeya de las Cruzadas y el Santo Grial. Se miraban las dos muchachas y Childe tenía ya una aureola de poniente e incienso, y el rostro de piedra sonreía con la sonrisa civilizada y escéptica de la mujer emancipada de la nueva Europa. ¿Fue la santa una niña rebelde que hizo en su hogar, en su burgo, la revolución de la virtud? Childe lleva dentro una criatura piadosa que ha emancipado de Dios a los negros para darles su cuerpo como única y cálida comunión. Hacía frío allí dentro y salimos al exterior, al pueblo con barandales de madera, que cerraba sus postigos para dormir.

En la cena hubo candelabros, conversaciones en varios idiomas, grandes sombras de los camareros proyectadas hacia el techo, tintineo de plata y botellas. Childe se había recogido el pelo y todo se puso inopinadamente solemne. La muchacha tenía el champán en los ojos y el óleo de los lienzos antiguos empezaba a pesar en el ambiente como un chocolate de siglos. Los turistas ya no parecían turistas, sino que la noche y el protocolo les había ennoblecido de modo que estaban allí como invitados fantasmales y correctos. Después de cenar, para romper todo aquel hechizo, invité a Childe a dar un nuevo paseo por el pueblo. Pero las calles negras, el perfume de los huertos y un presentimiento de lluvia en algún valle lejano aumentaban la magia inocente de la noche.

Había pasos cloqueantes sobre las piedras, un cabrilleo de luz en algunas esquinas y el mugido intemporal de una vaca llenando todo el pueblo, llenando el campo y la noche. Era quizás una vaca que se destrozaba contra el pesebre ciego del hambre o el dolor. Lejanos estampidos adensaban el silencio. Childe venía rendida en mi brazo y regresamos pronto al hostel. Subimos por las escaleras anchas con cuadros de monarcas en los rellanos, como por dentro de un gran decorado de teatro.

Nos habían habilitado una habitación baja de techo, de vigas casi negras, de cama ancha, aplastada, cama de infanta bastarda o de dama camarista.

Childe traía la embriaguez del pueblo, el fervor de la cena, y se movía un poco sonámbula entre aquellos muebles recios. Me asomé a un ventanuco que se había pegado al techo y miré, tras la cruz de la reja, el pueblo negro. Llegaba la noche en vaharadas y ya no se oía a la gran vaca mugiente. Pero seguían sonando sordos estampidos. Había un silencio de siglos en el aire, un silencio de campo, de planeta desnudo, que me asustó un poco.

Childe y yo nos abrazábamos y nos besábamos en aquel silencio, y cuando se tendió en la cama, fría y nerviosa, era como un cuerpo desamortajado que yo iba a profanar. Pensé en la santa niña de la colegiata y quise llenarme de un literario sentimiento de sacrilegio. Pero Childe decía algunas cosas en inglés y me trajo al presente. Deshice su pelo con lentísima impaciencia.

El calor y la docilidad de su dádiva, toda la fuerza y la entereza de una gran raza, niña abrumada, escondida en un cuerpo de mujer, los párpados caídos y temblorosos, el gesto inútilmente voluntarioso de la boca, aquel contacto harinoso e infantil de toda ella, su gemido, que no era la gratitud jadeada de Jeanette, ni el lamento gutural de Guill, ni el llanto de Bodil ni la risa de Renata, sino un respirar de niño con fiebre, de enfermedad que hace crisis. El frío se tornaba rosa y el calor languidecía y había una escritura de saliva en la piel, trigo mordido en verano, heno adolescente, toda la

voracidad joven que se desalaba, la inesperada sabiduría, la certeza a ciegas, la prisa y la demora de una vida estallante.

Comprender, como en el libro, que todo lo anterior habían sido aproximaciones, sólo aproximaciones, y que detrás de las conversaciones y los miedos, de la operación y la muerte, del viaje y la postal azul estaba aquello, sólo aquello, un encuentro cálido y clandestino como de peces en la espalda de la noche, como de impulsos recientes debajo de la sangre, como de flores pecadoras en el reino de las raíces. Cabía preguntarse si era aquél el momento más puro, intenso y secreto de la vida, de una vida, de mi vida, si se resolvía en eso, por fin, el esfuerzo, el llanto y el miedo. ¿Cómo saberlo para dejar de ser?

Lo más hondo o lo más alto. Lo más lejos o lo más dentro. Todos los fuegos dispersos de una vida, reunidos por fin en una sola y grande llama, matorral glorioso, zarza viva, incendio genital.

Matorral glorioso, zarza viva, incendio genital, y la gigante nórdica de carne tumefacta llorando como una muñeca en aquella habitación de olores rancios, la noruega desnuda, un juego de baldosas blancas y ocre, rotas algunas, una cama fría, cuadrada, el contacto ofidio de la colcha, la colcha matrimonial, tan ultrajada, venida a esto, mal oficio, agua corriendo entre las paredes, por sonantes tuberías, la colcha, tan fría, tan deslizante, caída a los pies de la cama, «cuidado con la colcha», «recoge la colcha; dijo que no la manchásemos, que tuviésemos cuidado», y el alba.

Efectivamente, el balcón se dibuja en rayas de luz eléctrica, la luz de la calle, hay un aparador muy bajo, con espejo, un espejo que sólo nos recoge de medio cuerpo para abajo, y un gran armario que quizás esté lleno de ataúdes verticales, o de ropa de niño, o de vestidos de mujer soltera, con su olor de axila fría, su sudor antiguo, una percha vacía, bamboleante, como unos hombros desnudos de madera clara, la naftalina, el alcanfor, la destrucción lenta y minuciosa de la polilla, el amor.

La lucecita de la mesilla es breve, una margarita de luz, y apenas nos alumbrá muy bajo, da en el cuerpo enorme de la noruega y hace viva la tumefacción de su carne, saca brillos lejanos a la colcha, cuidado con la colcha, la colcha corre por las baldosas mate como una serpiente, se desliza reptil a los pies de la cama, debajo de la cama; puedo pisarla y reventarla, temo que una lengua bífida, una boca que odio, unos dientes como alfileres me muerdan en un tobillo o en el sexo. Porque en habitaciones contiguas, en cuartos siempre cerrados, con techo de paja y puertas como grietas, quizás otras parejas mueren de amor o se cuentan en la piel los síntomas del cáncer. Hay un jadeo de ropa sola, ropa que regresa vacía por donde se iba el cuerpo, y ahora recuerdo *me aproximo al otoño como un carguero triste*, me aproximo al otoño como un carguero triste, navego fuera borda hacia los puertos lívidos, y el corazón me zumba, sirena enronquecida, entre la bruma roja de un rostro que se borra. *Entre la bruma roja de un rostro que se borra.*

Bodil, la noruega, quiere conocer el poema completo. Navego hacia el pasado con su lámpara baja donde tu boca daba palabras invernales cuando las viejas velas incendiaban la música y el amor era un juego con flores destruidas. A Bodil parece que le gusta. La gigante de carne tumefacta sabe de esto. Volver a la penumbra de las sonatas ciegas bajo el altar quemado de los bellos idiomas, volver a ser la música de un piano clausurado y recobrar tu cuerpo cuando amanece el fuego. Quiero tantear la noche, desordenar el clima, que gire el microsuro al contrario del tiempo, quiero empezar la historia a partir de un cadáver, quiero la noche aquella tu boca perseguida el viento por los huesos y un amor como el mundo.

Quiero tantear la noche, desordenar el clima. Quizá diciéndole versos deje de llorar y se olvide de su joven marido, que está en Oslo preparando el nuevo curso y metiendo leña en casa para encender un gran fuego que defienda su hogar —ella está en España, volverá— del frío invernal, del enorme y ciego y boreal frío del invierno en las afueras de Oslo. Hemos entrado en la casa cuando la mujer de grandes senos caídos nos abrió la puerta y nos llenamos de aquel olor a patata y a orín. La casa tenía largos muebles y un ratón subía trabajosamente por un espejo.

Bodil me ha mirado un poco sorprendida y decepcionada de que la traiga a sitios así. «Yo, como en el Oeste. Primero disparo y después pregunto.»

—¿Cómo?

—Digo que primero disparo y después pregunto. Como en el Oeste.

Pero Bodil no lo entiende, no va a entenderlo nunca, aunque es lista, demasiado lista, domina el castellano y le gustan los poemas como los que hemos recitado esta noche, en el lecho, arrinconados, lejos de la colcha matrimonial y ofidia. En Noruega, las colchas son alegres, claras, esponjosas, y es una delicia envolverse desnuda en ellas, tienen bonitos dibujos estructuralistas bordados a máquina. Dibujos rojos, azules, negros, de un rojo, un azul y un negro que no tienen nada que ver con los que

conocemos por aquí.

Había en aquella casa la pesantez de mucha gente haciendo el amor, unas cuantas mujeres jugando a la baraja en la cocina y un niño dormido debajo de un armario de luna. Las habitaciones lloraban como hospicianos y la señora que nos abrió la puerta se creyó en la obligación de explicarnos que aquella noche había habido mucho trabajo, que procurásemos ser breves y que mucho cuidado con la colcha. De modo que Bodil lloraba, si bien es cierto que se defendió como pudo, hizo ascos, se rió de una cosa que no le apetecía nada, y era tarea difícil desnudar su enorme carne.

Todos los muebles del piso tienen algo ataúdico y hay un aire verde que hace difuntas a todas las mujeres que van por el pasillo, hacia el baño. La gente tiene mucho sueño y Bodil me cuenta cosas del tipo, el señor que la ha empleado en su *stand*, en no sé qué Feria de Muestras y Explotaciones. El señor del *stand* es muy alto, como ella, raro para español, y se hace llamar una cosa inglesa, está siempre en mangas de camisa, secándose el sudor con un pañuelo y rascándose el pecho, por encima de la ropa, con un movimiento discreto de sus largos dedos. Parece que Bodil no desea yacer con él.

Y recobrar tu cuerpo cuando amanece el fuego. *Volver a ser la música de un piano clausurado y recobrar tu cuerpo cuando amanece el fuego.* Bodil estaba en el bar de aquella biblioteca pública, delante del mostrador, merendando de pie para volver a sus libros, pero no volvió a sus libros, sino que estuvimos paseando por las calles, tomando autobuses, charlando, y fuimos a parar a la oficina del señor alto que quería emplearla en su *stand*. Bodil tiene la cabeza pequeña, como de ave, un moño rubio que es como la cresta de ciertas aves. Tiene también la nariz y la boca de raza pajaril. Todo ello queda un poco desproporcionado a la enormidad de su cuerpo alto y grande. Me recuerda a esos pavos reales de cabeza inverosímil y cuerpo muy abultado por las plumas y la cola. No es posible que yo ame a Bodil, que es un pájaro inteligente e irónico con cuerpo de mujer-diosa, pero me atrae toda esta mitología de su persona, la propensión que adivino en ella, la abundancia, la gran abundancia que promete. Habla inclinando la cabeza hacia un lado y mira poco a los ojos, y de perfil, entre tímida y astuta. Sus manos también son desproporcionadamente pequeñas en relación con su cuerpo. Es como si un par de niñas se hubiesen metido dentro del gran polisón abandonado de mamá.

La mujer-pájaro de gran cuerpo mitológico está ahora aquí, amedrentada por la colcha fría, y llora su traición, su debilidad, su amor, aunque no tengo más que hacer como que me marchó para que olvide todos sus remordimientos y vuelva a ser una amante perdida, más maliciosa que apasionada. La casa debe estar llena de borrachos. Bodil se puso y se quitó el uniforme de azafata del *stand*, que le quedaba, cómo no, un poco pequeño, de modo que el señor fabricante y yo pudimos deleitarnos con los excesos que su anatomía le sacaba a la chaquetilla y la falda. El gorrito le quedaba decididamente desastroso. Este señor quiere llevarse a Bodil a visitar las bellezas artísticas de la provincia, un fin de semana, de modo que yo no le caigo bien.

Por todo lo cual me ofrece tabaco, me dice que la chica parece buena para las ventas y que si la conozco hace mucho tiempo. El despacho de este señor huele a cuero y a vinagre, y cada vez que abren una puerta se ven los entretelones de la fábrica, el trabajo abandonado hasta el día siguiente, unos fondos grises y laborales. Produce incomodidad y tristeza y desasosiego ese trabajo obrero, esa tarea parada, ahí, tan cerca, y uno quisiera pasar a las grandes naves y ponerse a la tarea y terminarlo todo en una noche, para que luego el mundo estuviese más en orden.

Bodil tiene su empleo, vende manufacturas de cuero en la Gran Feria de Muestras y Explotaciones, coquetea con el vendedor del *stand* contiguo, se baña en una piscina popular, a mediodía, y llora en esta cama grande; mal paso, Bodil, el que has dado, aunque luego me lo va a explicar todo muy racionalmente. «Mi marido puede comprender esto; yo llevo unos cuantos meses sola en España y es natural que

necesite conocer algún hombre. Esto no tiene nada que ver con mi matrimonio. Tienes que darme una fotografía tuya para ponerla en casa y que él te conozca. Le voy a contar todo en cuanto llegue.» Así que cuando volvió por mi vida, en viaje de una semana, me explicó que ella, como todo el mundo, puede pasar una semana de abstinencia, y que no tendría justificación ante su marido.

Así que miran mi fotografía en las largas veladas invernales, y allí estoy yo, con el gesto falso de las fotos, presidiendo aquel hogar estudiantil de las afueras de Oslo, y el marido de Bodil, buen muchacho, me mira ya como a un amigo y le pregunta a ella que cuándo va a invitarme para que pase una semana con ellos. Es lo menos que puede hacer para corresponder a los servicios prestados. Bueno. Pero una noruega es una noruega y yo quiero insistir, lo que ocurre es que Bodil es una mujer demasiado inteligente, susceptible, y ve en seguida al agresor, ve que no hay cariño, se siente cosificada, se niega. ¿Qué podemos hacer?

Y recobrar tu cuerpo cuando amanece el fuego. El dueño del *stand*, a mediodía, le lleva bocadillos y fruta a Bodil, porque dice que la chica come poco. Su erotismo se ha sublimado en paternidad, mas no pierde la esperanza de llevarse a la noruega a visitar Toledo.

Así estaban las cosas cuando una mañana decidimos comer juntos en la piscina que ella frecuentaba, y su figura era una fiesta dentro y fuera del agua, la mujer yegual con un bikini blanco, la gran melena rubia empequeñeciendo el rostro, toda aquella carne temblorosa que se mantiene difícilmente dentro de sus límites, de sus líneas, sin rebasar la armonía general del cuerpo. Era una carne tumefacta que el sol abrasaba y que sólo podía desearse con la lubricidad bruegheliana de los enanos y las brujas. El tamaño, el tamaño y no la calidad, ni el color, me habían seducido. El puro tamaño, la pura cantidad, esa tendencia cuantitativa del sexo salvaje. Bodil, tan inteligente, no era —ay— sin una cuestión de cantidad. ¿Cómo atreverse con la gigante rubia en el lecho cuadrado cuando la casa está llena de borrachos que golpean suavemente las paredes y niños empapelados en el cuarto de estar?

El señor gerente de los cueros pensaba aplicar un porcentaje, prorrateo, albarán, no sé, de beneficio extra sobre las ventas, como indemnización generosa a sus empleadas más allá del sueldo base fijado. Este déficit podría enjugarse mediante un recargo en los artículos vendidos durante la Feria, y que realmente no eran artículos venales, sino pertenecientes a la partida de Propaganda, Exhibiciones y Obsequios. A los camareros de la piscina se les vuelven los ojos detrás de los andares de Bodil. Por ahí la llaman «la sueca». De Francia para arriba todas son suecas. Bodil sabe de literatura y de amor. Bodil es de Noruega, capital Oslo, justo como en las enciclopedias. Por una vez no engañan las enciclopedias.

Comimos en la piscina, comimos bien, y era una delicia estar a la sombra del emparrado, con aquella mujer a quien todo el mundo miraba, entre familias que alborotaban quitándose unos a otros la botella de vino. Bodil miraba la alegría meridional, la vida desnuda y confusa de las gentes de mi tierra, y en sus ojos inteligentes había ironía y admiración.

Era la mirada conmisericordiosa de Europa sobre una tribu oscura y alegre. Quería yo mirar a mi gente con esa misma mirada, pero no sé si lo conseguía. Bodil trataba de exagerar mentalmente, quizá, su despego respecto de aquella forma de vida, pero lo cierto es que estaba en España y que iba a acordarse mucho de sus meses de sol cuando volviera a Oslo. La hembra de la alta Europa, emancipada, casada con un hombre a quien podía contarle sus aventuras sexuales, sus escapadas del matrimonio, añoraba de alguna forma secreta y animal aquella vida vegetativa, matriarcal, antigua.

—Son felices —dije.

—Son sucios —dijo.

El señor del *stand* busca el amor de Bodil y va todas las noches por la Feria para

hacer la cuenta de las ventas. La encargada de esta casa viene de la cocina, arrastrando una zapatilla, la del pie que le renquea, para dar unos golpecitos insolentes en nuestra puerta, que ya ha pasado la hora, y a ver cómo, me han tratado la colcha.

—Cuidado, que te puede morder la colcha.

—¿Qué dices?

—La colcha. Que muerde. Ten cuidado.

—¿Que muerde la colcha?

—Que no la pises.

Las gentes de la piscina son sucias y felices. Bodil, en la piscina, es un espectáculo con su pelo rubio y sus larguísimas piernas. Por aquí le dicen «la sueca». ¿Y cómo explicarle a un obrero fresador que está con la baja y se ha venido a la piscina con una chica del barrio la diferencia entre una sueca y una noruega? Para ellos, más arriba de Francia todas son suecas, le dije a Bodil. Bodil hizo un gesto de no preocuparle demasiado pasar por sueca. Bodil es inteligente, demasiado inteligente.

—¿Por qué dan esos golpecitos en la puerta?

—Porque es la hora.

Bodil comprende de pronto todo el juego mercantil y picaresco del amor a la española y vuelve a su llantina, con el rostro niño entre las manos niñas. Bodil no tiene arreglo. ¿Cómo el llanto de esos ojos de pájaro puede estremecer toda una humanidad catedralicia? Hay en esta habitación gris y verde una picassiana señorita de Aviñón que llora entre convulsiones.

Yo iba a visitarla al *stand* de la Feria y charlábamos un rato. Al lado estaba el muchacho del otro *stand*, con quien Bodil coqueteaba, y yo tenía que hacerme el distraído para que no me hablase del honor español, de los celos morunos y de don Pedro Calderón de la Barca. Esta Bodil lo había leído todo o casi todo. Después de echar el cierre, aquella noche, nos fuimos a cenar por ahí, y ella se apretaba mucho contra mí, se me quedaba muy cerca, dentro de los taxis, y por esto comprendí yo que no había más remedio que ir pensando en aquella casa verde, donde guardaban a los niños muertos en los cajones de la cómoda. A Bodil le gustaba que la convidase a cenar. Quería vivir de verdad la galantería española.

Las ventas del *stand* van bastante bien, porque Bodil es buena vendedora. Sabe persuadir a la gente que se acerca atraída por su estatura. Habla en seguida con todo el mundo y parece que reanuda una vieja conversación interrumpida, no que aborda a alguien por primera vez. Su buen castellano sorprende y agrada mucho a los visitantes. Todos nos sentimos tontamente halagados cuando un extranjero se sabe bien nuestro idioma. Por el contrario, nos molesta que lo destroce. Tenemos conciencia de idioma sólo en el momento de contrastarlo con una persona extranjera. Hay una ofensa nacional en el verbo mal conjugado. Bodil tiene una extraña facilidad para las lenguas. Les vende a los visitantes de provincias muchas carteritas de cuero salvaje (imitación) y la señora que cojea está impaciente porque no nos vamos, si bien a Bodil le interesan especialmente los libros de aquella biblioteca que tratan de la España árabe, que es la España-España para una estudiante noruega. En la piscina, las familias bien o mal comidas se echan a dormir una siesta comunal y mi noruega se tiende sobre su toalla, pero no duerme, y yo miro su cuerpo faraónico, este cuerpo que va desapareciendo a medida que ella se viste desganadamente; es la tercera vez que han tocado en la puerta, un beodo y una beoda bailan en el pasillo.

Habíamos estado bailando en un club que había debajo, un club con mucha juventud y mucha golfería, los breves claros de luna que ponían los focos en la pista, Bodil, tan alta entre las parejas, la noche, una música veloz, el insulto de la batería, el fusilamiento en hilera, el bosque dulce de las melenas jóvenes y una fatiga de mil colores artificiales.

Hay muchachas de bellos muslos que hacen una tarea invisible con su movimiento de

brazos, piernas y cuerpo, acarrear algo, persiguen algo, bailan, sólo se ve el esfuerzo, no se ve lo que llevan o traen, el vientre, el vientre, pero hemos dejado el ritmo allá abajo, sepultado, y estamos aquí, vestidos y peinados, sucios, en este séptimo cielo con roedores y orinales.

Vienen luces de cien ponientes confundidos a la melena de Bodil y vivimos dentro de un órgano de iglesia, suena la guía comercial de una emisora de radio en el altavoz de la piscina, piafan los altavoces del club, duerme el ujier de la biblioteca bajo un panel de dos mil años de cultura y bajamos lentamente la escalera de la casa mientras el marido de Bodil provee leña para el duro invierno y el fabricante de artículos de piel y cuero salvaje (imitación) hace la caja en el *stand* y le propone a la muchacha llevarla a visitar Toledo.

Jeanette o el *spleen* francés. Guill o la melancolía sin imaginación. Childe o la juventud perdida. Bodil o la libertad inútil. Renata o el sexo anónimo. Guill no parece muy satisfecha de su habitación larga y estrecha. Un día me sorprendió con una nueva mudanza. Había encontrado un piso entero para ella sola, a la orilla del río. Era el piso de un joven matrimonio que tuvo que abandonar la ciudad por un cambio de destino. Nunca supe cómo había conocido Guill a aquel matrimonio español. Le alquilaron su nido de amor recién puesto, recién abandonado, decorado con todos los pequeños detalles de ternura y cursilería que florecen en los primeros tiempos de un amor. La artesanía que habían traído del viaje de novios, un plumero con una bruja que él le había regalado a ella, un cenicero en forma de hoja de árbol, con los nombres de ambos, que ella le había regalado a él. Guill se instaló pronto en su nueva casa, y se movía ágil por las habitaciones, despegada de toda aquella ternura hogareña y naciente, prematuramente truncada. Guill tenía su propio repertorio sentimental para cuando encontrase un compañero más satisfactorio que yo. Una vez hizo un viaje a Holanda, porque las propinas del club dejaban bastante dinero, y se trajo los últimos restos de su hogar y lo que le había tocado en el reparto, entre las hermanas del mundo de la madre. Me abrumaba aquella lejana familia que se me venía encima, y que era, más o menos, nauseabunda y entrañable como una familia española. Guill, a la vuelta de su viaje, abrió ante mí las grandes maletas llenas de vestidos, de viejas batas de su madre, de libros holandeses del siglo pasado y plumeros azules y verdes. Era una invasión no deseada aquella carga de vida ajena en nuestra intimidad. Yo la quise una vez sola y aséptica, ligera por el mundo, pero me volcaba encima, ahora, todo el naufragio tibio de lejanos hogares deshechos. En una larga tarde gris se probó ante mí las batas de cola, los sombreros de plumas, los guantes de manopla, las medias de plata, y todo el repertorio de la cursilería de la clase media holandesa, que era de mejor calidad textil que la española, pero nada más.

Una familia es una familia en todas partes. Lo único sugestivo del espectáculo —yo estaba semitendido en la cama, no recuerdo si desnudo o vestido—, era el momento en que Guill sacaba una pierna desnuda o dejaba entrever sus senos entre una ropa y otra. Ella tenía una gracia sosa para ponerse todas aquellas cosas. Tiraba a lo cómico patoso, en ningún momento era coqueta, pero la esbeltez soberana de su cuerpo podía con todo y hacía el espectáculo vistoso a pesar de ella misma.

Pensaba yo que lo malo de aquellos países es que han conseguido que todo sea clase media. Si todo fuera pueblo o aristocracia, valdría la pena, pero la marea creciente de la vulgaridad repipi se ha impuesto en Europa, y he visto a esas señoras gordas y cultas de Alemania tomando cosas en una cafetería, a las seis de la tarde, con la suficiencia obesa de la nueva clase triunfadora. El pueblo y la aristocracia tienen otro aire, otra malicia, otra dignidad. Guill venía de la inmensa zona gris de la burguesía democrática europea. Ya no era un mito silencioso para mí. Se revestía con aquellas largas capas y aquellos flecos de nochevieja, y la cosa hubiera tenido gracia si le diera un toque de humor, de ironía, de perspectiva. Pero lo tomaba en serio, completamente en serio. Sus bromas eran bromas inocentes, completamente respetuosas con el mundo de mamá. Guill estaba mucho más identificada con los sombreros dominicales de su madre que mis amigas españolas. Guill no tenía remedio. Hicimos algunos viajes juntos, y la recuerdo en casa de un escultor amigo, con otra holandesa, llena de la melancolía del crepúsculo que se endurecía en sus ojos. Estábamos en la terraza y la besé bajo las esculturas henrymooreanas. El escultor tocó la guitarra, puso discos, trajo pasteles y «Coca-Cola». La otra holandesa y él fueron más o menos felices. Guill y yo vivíamos nuestros largos silencios y ella me miraba con más dureza que nunca. Por lo visto, aquella mirada era de amor.

Volvimos a la ciudad de nuestro encuentro y nos hicimos fotos junto al faro blanco, combatidos por el viento y el mar. Recuerdo las noches del club, su alegría y mi pena,

la lluvia como una memoria obstinada. Recuerdo el rojo de su pantalón, que era un bonito pantalón y salió muy bien en aquella fotografía en color. Guill estaba cosmopolita en aquella foto, con el pelo corto revuelto por la mano del viento, unas gafas negras, grandes, y el violento pantalón rojo.

La amé por aquella foto. La deseé por aquella foto. Ahora pienso que quizá fuimos felices. Esto no se sabe hasta mucho más tarde. Me divertía hacer el amor en aquella casa, en aquella cama que dos esposos dulces habían preparado con amor para su futuro lleno de plazos, películas, horarios y cereales infantiles. Había un ultraje inocente en hacer nuestro amor desnudo en el rincón conyugal, y así traté de hacérselo comprender a Guill, pero le faltaba imaginación, como de costumbre, y, por otra parte, no encontraba ninguna voluptuosidad en pecar sobre el lecho del amor legal. Lo único que deseaba es que yo perfeccionase mis técnicas a fin de conseguir ella el cupo de éxtasis a que democráticamente tenía derecho como mujer libre y normalmente constituida, que había pagado los impuestos desde el primer día que empezó a trabajar en Amsterdam. Trataba yo de no defraudar a la contribuyente.

Guill había traído, de Holanda, en su último viaje, el disco con la música de *Morir en Madrid*, y sonaban aquellas coplas de la Casa de Campo y el Manzanares, de los moros y el Puente de los Franceses, coplas milicianas y lejanísimas, mientras ella hacía el carnaval de las viejas ropas y finalmente nos amábamos con más ahínco que locura, con más técnica que pasión, en aquel piso situado entre la Casa de Campo, el Manzanares y el Puente de los Franceses, por donde decía el disco que querían pasar los moros y por donde, efectivamente, habían pasado.

Conque hubo que llevarla a aquella barriada de Ventas, la pequeña casa de largo pasillo, los perros de barriga aplastada contra el suelo, el matrimonio solitario y lúbrico. Fui a buscarla con un taxi, a media tarde. Venía seria, asustada, grave, y había vuelto a sus ojos una dureza reconcentrada que la alejaba mucho de mí. Vestida de verano, con su corta falda, no parecía que nada de aquello fuese a ser verdad.

Yo probé a tomarle una mano, durante el trayecto, a decirle algunas cosas vagas, pero sus respuestas eran siempre observaciones frías, concretas, sobre el asunto. Estaba preocupada, muy preocupada, mas no se entregaba, habíase replegado a sí misma y toda mi larga paciencia, que a lo largo del tiempo había ido ganándola, era obra vana destruida en un momento. Yo estaba allí porque era mi deber, pero nada más. Guill no le concedía nada al sentimentalismo. En estos momentos me hubiera parecido a mí más natural establecer una complicidad de ternura que habría aliviado algo las cosas, pero Guill, tan proclive a la confianza doméstica, a lo que nuestra unión pudiera tener de conyugal, se encastillaba ante el incidente. Comprendí luego que ésta era realmente la actitud que le correspondía. Una actitud entre ofendida y delincuente.

Era aún una hermosa tarde de verano y cruzábamos la ciudad silenciosos, dentro de aquel taxi. Guill me había hecho fotos en el aeropuerto, a su ida y a su vuelta. Ahora era una desconocida que fumaba herméticamente su tabaco negro español, fortísimo, dejaba los ojos fijos en el movimiento de la calle, sin reflejar ese movimiento. Cuando entramos en la confusa barriada, entre bares ruidosos, entre grandes grupos de viviendas obreras y talleres de reparación de automóviles, Guill se puso aún más tensa presintiendo la inminencia.

Dejamos el coche en una esquina cualquiera, cerca de nuestro destino, para que todo fuese más discreto, y caminamos directamente hacia la casa, observados por los niños y las niñas de la calle, que quizá tenían en su mirada virgen el don de adivinar nuestros designios. Yo hubiera querido darle más naturalidad a todo aquello, incluso haber entrado en un bar para tomar cualquier cosa, una cerveza, entre los gritadores parroquianos de la media tarde. Pero Guill, reacia siempre a todo fingimiento, exageraba ahora su seriedad, su incapacidad de disimulo, su urgencia. Era una calle polvorienta con gritos de niños y poco tránsito rodado. Había grupos de mujeres en

algunas puertas, cosiendo y charlando. Algunas levantaron la cabeza y nos miraron con evidente curiosidad. No éramos una pareja del barrio, sin duda. Quizás ellas estaban en condiciones de adivinar nuestro destino.

Al fondo de los hogares sonaba la voz opaca de los televisores y toda la calle nos afrentaba con un aliento cálido de alcoba, de mucha vida revuelta. Guill, evidentemente exótica, nórdica, interrumpía a su paso el trabajo de los mecánicos que se afanaban inclinados sobre el motor de un coche. Con una llave inglesa en la mano, los hombres del mono azul y la grasa se incorporaban un momento, misteriosamente avisados por el instinto, y con actitud de desriñonados admiraban las largas piernas de la europea mientras se pasaban la manga del mono por la frente para secarse el sudor.

Guill pasaba más ajena que nunca a la admiración que despertaba su cuerpo. En un recodo de la calle que era un remolino de perros, niños y comadres, estaba la casa. Habíamos despertado en el barrio toda la expectación posible. Quizás habría tenido que llevar a Guill envuelta en un saco para poder llegar a nuestro destino inadvertidos. Pensé que quizás habría sido mejor entrar con el taxi en la calle, hasta la puerta de la casa. Un taxi siempre es menos llamativo que una europea de piernas largas y falda breve. Subimos por una escalera estrecha de madera recién fregada, que olía aún a lejía y estropajo, y quién sabe si al sudor de la mujer que había hecho la tarea. Yo lo llevaba todo apuntado en un papel, de modo que consulté una vez más mi plano.

Era en el segundo piso, y no había más que una puerta. Llamé al timbre al mismo tiempo que, con la otra mano, trataba de acercarle una caricia tranquilizadora a Guill, pero la muchacha se había vuelto de piedra. Sonaron unos ladridos de perro castrado dentro de la casa y en seguida nos abrió la puerta la mujer de la bata larga, aquella mujer alta y delgada, de frente abombada, de nariz curva, de sonrisa que el oro de los dientes hacía artificial, ortopédica, monstruosa. Tenía los ojos muy pintados, con un rabo de rímel que se iba absurdamente hacia abajo. Pasamos al pasillo y nos dio la mano, una mano gruesa de la que salían las largas uñas como las patas de un cangrejo.

Debía considerarse una mujer fascinante. Había dos perros. Eran dos perros gemelos, enanos, de gran vientre, castrados e inquietos, que se enroscaron a las firmes piernas de Guill. La muchacha miró duramente a nuestra anfitriona y comprendí que le preguntaba con los ojos si era imprescindible aquel trámite odioso de los perros, pero la individuo no estaba aún en condiciones de interpretar los mensajes verdes de los inalterables ojos de Guill, y dijo solamente, llena de una putrefacta ternura que quería ser maternal: «Pobrecilla, está asustada.»

Habíamos cruzado la ciudad, una ciudad llena de sol, tranquila e inocente, sórdidos con nuestra culpa, nocturnos dentro del taxi mientras la gente tomaba bebidas doradas en las terrazas y los niños jugaban en las zonas verdes, entre dos alegres corrientes de automóviles que nunca iban a atropellarles. Habíamos hecho un túnel de oscuridad a través de la tarde ciudadana, tan luminosa y confiada, hasta llegar a aquel segundo piso, a aquella casa de largo pasillo donde dos perros cebones trataban de amarse en la sombra. Nos hizo pasar la dueña a un cuarto de estar, a través de pequeñas habitaciones llenas de bisutería y cerámica falsa. Toda la casa era como un bazar de cosas baratas y barnizadas. Había farolillos andaluces en miniatura, actrices de cine enmarcadas, góndolas de baquelita, calendarios, batería de cocina infantil y animales de trapo en todos los tamaños.

En el cuarto de estar salió a recibirnos el marido. Era un hombre alto con el pelo muy negro, rizado en una sola y grande onda que brillaba como en los antiguos anuncios de fijador varonil. Aquel tipo tenía un bigote desnivelado y una sonrisa que se quisiera encontrar un poco menos heladora que la de su mujer, por aliviarse de tanta pesadilla, pero que en seguida se hacía igualmente insoportable. El cuarto de estar se encontraba lleno de jaulas y macetas, era un mundo pajaril que nos llenaba de los

imaginarios picotazos de todos los pájaros raros que graznaban entre barrotes. Las macetas, con su verdor enfermo, expandían una atmósfera de mosquitos y babosas. Varias tortugas se arrastraban por el suelo como pies solitarios, perdidos, silenciosos y vivientes, calzados de dura bota y con los dedos fuera.

El tipo era cojo. Tenía en el pie derecho una gran bota negra como un trasatlántico fúnebre, enlutado. Al andar, su bota le desequilibraba y le tenía siempre de lado. Parecía que el individuo se asomase por detrás de su interlocutor para observar cómo nuestro ángel guardián nos clavaba un cuchillo por la espalda. Nos sentamos en unas butaquitas muy bajas, frente a aquel matrimonio sonriente, engominado, empastado, cerca de la pequeña terraza cuya vegetación fingía fondos selváticos; pero todo terminaba en un patio gris, sórdido, frío, que estaba inmediatamente detrás. El matrimonio hablaba de que la vida es así, nos decía que nosotros éramos jóvenes y que teníamos mucha vida por delante, y se quitaban la palabra el uno al otro para contar anécdotas y ofrecernos algún licor. Trató ella de ponerse en ama de casa y servirnos unas copitas de algo, pero se le adelantó él sujetándola de un brazo y haciéndonos un guiño malicioso con uno de sus ojos sombreados, ojerosos. Sin duda iba a darnos a probar algunos de los licores secretos que su hombría de bebedor celaba a la curiosidad de ella.

Cojeando escandalosamente, sorteando las tortugas, el tipo se acercó a un armarito alto y estrecho. Yo miraba su pie negro, quieto, como otra tortuga, como una tortuga necrófaga y alta, de caparazón de azabache. Guill, rígida en su silla, absolutamente silenciosa, se encerraba en un hermetismo hiriente. Tardaría mucho tiempo, sin duda, en recobrar el habla. Mientras nuestra anfitriona hablaba suasoriamente, alternándonos con su atención a los gatos, los perros, los pájaros y las tortugas, mientras el tipo se agitaba como un fantasmón para servirnos un licor espeso y dulce en copitas inverosímilmente pequeñas, que ambos debían considerar de muy buen gusto, yo pensaba en Guill como si no estuviera allí.

Pensaba en la muchacha enigmática y bella de aquel verano, su falda verde, su silueta recortada, su alegre cuerpo en la playa, o tan cosmopolita con su pantalón rojo. Lo que tenía a mi lado era un yeso de terror, una mueca de cera, un hermetismo frío. Aquello no era Guill, mi sueño erótico de tanto tiempo. Pero hubo que beberse unos cuantos tragos de la cosa dulce y espesa, y soportar los nuevos guiños de complicidad del tipo, que esperaba vernos transfigurados por la calidad de su bebida.

Guill estaba decididamente ajena a todo, mas yo trataba de sonreír y hablar, de ser educado y hasta simpático. Chillaba un loro enfermo, se peleaban los perros, un gato me paseaba el regazo, los mosquitos de las macetas me picaban en las manos y una de las tortugas me había elegido como meta de su peregrinación lentísima, paciente, cabizbaja, a través de esteras, alfombras, almohadones, pies, patas de mesa, braseros de hojalata dorada, baldosas y flecos. El individuo era partidario de los reptiles, que se amaestran muy fácilmente y ya no traicionan al dueño en toda la vida, en tanto que ella se inclinaba por los felinos, que no son cariñosos ni fieles, pero que decoran mucho más y han convivido con los grandes «en las mejores Cortes de Europa». Dijo, sí, «las mejores Cortes de Europa», como si ella viniera de allá, Catalina *la Grande*, Josefina, la Pompadour, la Montespán, y su marido y yo nos quedamos un poco callados, abrumados por el mundanismo de la señora.

A Guill, súbdita de una monarquía democrática, no pareció deslumbrarle excesivamente esto de «las mejores Cortes de Europa». El gato que habitaba mi regazo se esponjó como halagado por la alta genealogía que venía en atribuirle su dueña. El licor espeso me llenaba la boca y la faringe de una lágrima gruesa y lenta, y yo sentía deslizarse la lágrima hacia el estómago, y tomaba en la butaca las posturas más inesperadas para evitar la invasión de mi saco digestivo por aquella materia viscosa y nutritiva, insoportablemente nutritiva. El matrimonio se retrepaba ahora en

sus butaquitas, como muy satisfecho del bienestar conseguido, aquella salita, aquellos muebles, aquellos animales, todas las baratijas de las paredes, un yanqui vestido de torero y una gitana vestida de azafata, contrastes de la vida; yo no tenía más remedio que encontrarlo todo muy confortable y muy bien. Y aquel patio que daba tanto frescor, «ahora que todo el mundo anda agobiado de calor en Madrid».

—Eso, ahora que todo el mundo anda agobiado de calor en Madrid.

—¿A usted no le molesta el calor de Madrid, señorita?

Tuve miedo. Casi no me atreví a volverme hacia ella. Desde luego, no contestó. Se limitó a mirarme a mí preguntándome con los ojos a qué esperábamos.

—Bueno, pues ustedes dirán...

No decían nada. Nos miraban fijamente como calibrándonos. Por un momento tuve miedo. ¿Serían un par de locos? ¿Nos iban a entregar a la voracidad de los loros, los gatos, los perros, los insectos, las tortugas?

—Están impacientes, claro.

Y ella me sonreía con sus dientes de oro, como una esfinge de feria. Y él me ofrecía otra copita de aquello, otro grueso lagrimón dulce.

—No, gracias. Soy poco bebedor.

—Pues usted se lo pierde, joven.

Y se la llevaron. Se la llevaron por el estrecho pasillo, silenciosa, rígida, más alta que nunca, y no se volvió a mirarme. Él estaba casi malicioso y ella, la de los dientes de oro, sí se volvió a mirarme, no sé si ofreciéndome tranquilidad o amor o confianza. Me quedé solo, vigilado por aquel gato que no se iba, cantado por los loros ciegos de la terraza, lamido por los perros, mientras mi cuerpo se llenaba del gran goterón anisado, denso, y la tortuga caminaba hacia mí, lejanísima, como un pie gris, encasquetado, blindado, con los sarmentosos dedos fuera. Y uno de aquellos dedos, el gordo, tenía dos ojos diminutos como la última partícula en que se rompe, al caer, el cristal negro de las funerarias donde yo me miraba al pasar, de chico, como en un espejo que me brindaba la muerte.

Muy de mañana, el alto ventanuco se llenó de una luz clara, fresca, nueva. Me tiré de la cama para asomarme al campo. La ventana era un pequeño túnel en el grueso muro, y tenía al final una reja en cruz. Metí mi cabeza en el hueco para respirar, con la cara contra la reja, toda la música quieta y luminosa de la mañana campestre. El mundo se resolvía en colores claros, acuosos; las campanadas de la colegiata sonaban finas, monjiles, y en el aire se respiraba la égloga, la bucólica, la geórgica. Era como un fresco amanecer medieval. Estuve un rato viviendo el milagro de todo aquello, lleno de esa sensación desconcertante que se experimenta cuando la vida, nuestra vida, acierta a componer un cuadro perfecto, como era aquél: Childe, el amor, el lugar, la mañana, aquella luz, la paz. ¿Cómo habíamos llegado a todo aquello? ¿Cómo se habían remansado los días, dispuesto los colores, ordenado las lluvias, encontrado los destinos para que se produjese en mi vida aquella mañana única? El desvariar irregular de la existencia se enlagna de pronto en unas horas de perfección no sospechada, que son la única felicidad, la única paz que vamos a haber conocido en nuestra vida, a lo largo de los años. No es la felicidad prevista, la perfección trabajada, la paz hecha a brazo, todo eso que inútilmente creemos estar forjando en la sombra. No. Es un oasis que florece por su cuenta en nuestra historia, un día que sale glorioso y privilegiado sin ninguna razón para ello, algo que no tiene nada que ver con nuestros sueños y nuestros proyectos.

Así, nuestras existencias se resolvían, por el momento, en aquella noche de amor y aquella mañana idílica y medieval. No había esperado yo tanto de la aventura, del viaje con Childe. Tenía el rostro despejado por la brisa de la montaña. Me aparté de la ventana.

Childe, todavía en el lecho, estaba dorada de luz, prestigiada por sus sueños, muy bella. Cuando aún se es muy joven, como era Childe, el despertar es jubiloso, bello, dulce. «Escucha, Childe: Víctor Hugo escribió que cuando uno es joven tiene mañanas triunfales.» No sé si se lo dije o no se lo dije. Childe, muy joven, tenía mañanas triunfales. La juventud se prestigia con el sueño. La madurez se desprestigia. Después de la juventud, los sueños son un purgatorio de cada noche de donde la criatura sale más envejecida. Lo que envejece no es la vida que se vive, sino la que no se vive, esa no-vida del sueño. En aquella cama extensa y monacal, rozada por la luz del día, Childe era una aparición rubia y rosa que amé, que oficié, que sometí reiteradamente a la liturgia clara y pagana, hermosa como el amor a la luz del día, como la entrega sin veladuras de penumbra y rencor. Éramos intemporales e inocentes. Habíamos acertado con el amor puro y violento.

Alquilamos un turismo para abandonar el pueblo, y pronto quedaron atrás las calles empedradas, los corrales y los huertos, la santa románica, los turistas, la explanada muerta de la fiesta, las cabras, toda la escenografía verde y oro del lugar. Corríamos por un paisaje que tenía presentimientos de mar, entre altas montañas de un verde despierto y súbitos reflejos del sol en el agua entrevista.

El mar estaba tras los montes como una gran espada caída en un valle. Childe y yo llevábamos nuestras manos cogidas. Había ya en la muchacha una sumisión, una dulzura entregada, ese alivio de la mujer que ha podido, por fin, abandonar su tensión, su vigilia, las armas de su independencia, y aflojar su corazón en brazos de un hombre a quien cree amar. Childe libre, tráfuga y prófuga del hogar, lejana de los padres, emancipada del amante negro, era ahora como una niña con su primer amor. No quería yo creer que la mujer esté condenada para siempre al tirón definitivo de la especie. Guill, Jeanette, Bodil, Childe, Renata y tantas, gesticulantes de cintura para arriba, con el cabello batido por el viento de la libertad, el pecho esforzado y valiente, de Amazonas, pero hundidas hasta la cintura en un pantano sexual, sepultadas de medio cuerpo en el barro genital. Claman, alargan sus brazos, sus bocas, a la vida, mas están presas, presas, y uno se siente ese barro, esa materia quieta y espesa de la

que no podrán huir. En el fondo del coche, alucinada por repentinas ráfagas de luz y sombra, con una noche de amor albergada en los ojos, Childe era sólo una niña que pedía ternura. Iba silenciosa. ¿Pensaba quizá en su claudicación, en su inútil huida, rendía las armas, se reconocía, al fin, criatura débil, mujer vencida, amor y sólo amor? Creo que ni siquiera eso. Vivía la plenitud inesperada de su biografía y nada más.

Encendí un cigarrillo para ella y se lo puse en los labios. Besó mi mano cuando se la acerqué con el cigarrillo. Probaba yo a devolverle su aire de mujer independiente y fumadora, porque así como había deseado entrar a saco en su autosuficiencia de chica sola, en algún momento, y en seguida me reconfortó descubrir que era una niña enamorada sin amor, ahora hubiese querido galvanizar de nuevo su independencia, su personalidad, que me la hacía más deseable. Pero ya no era posible. Estaba entregada para siempre.

Llegamos a la ciudad muy de mañana, porque en el campo amanece antes que en la urbe, y parecía un último sueño feliz de la noche pasada el recuerdo del pueblo recién abandonado, tan despierto ya. Entre las calles de la ciudad, el día aún se desperezaba trabajosamente. Era lunes y una semana laboral despuntaba en los mercados. El otoño estaba ya allí, mientras en el campo aún era verano.

Por la mañana, yo salía al jardín y Childe venía a mi encuentro, siempre más madrugadora. Traía tabaco, periódicos, libros, los bañadores, quizá. Estábamos en aquel otoño suave, bajo la gran sombra azul del palacio, sintiendo que la piel dorada del verano se desprendía lentamente de nuestros cuerpos. Era un dulce «cambio de camisa», como el de los reptiles. El mar vivía su drama de cada jornada, se encrespaba inútilmente, se amedrentaba a sí mismo e imaginaba batallas, naufragios, tormentas. El cielo, gris, viajado tic nubes como grandes carabelas de velamen hinchado, vivía también ese dramatismo pueril de la naturaleza. El cielo era imaginación del mar.

Childe se enroscaba cerca de mí y quedaban lejos las palabras, las noticias, las bromas. Nuestro amor se reducía a una contemplación mutua y un tanto fatigosa (al menos para mí). La muchacha consideraba que aquello debía ser la felicidad, y yo me decía que si la felicidad era tal cosa, yo no había nacido para ser feliz. Debajo de nuestro sosiego, de nuestra paz, vivía yo la impaciencia secreta que es el cosquilleo mismo de la libertad. Estaba muy a gusto cerca de Childe, acariciaba con mi mano su docilidad rubia, el color de su melena, la temperatura de sus mejillas, y descubría una vez más que no estamos hechos para el sosiego, que consistimos en actividad, que nuestra sustancia es nuestro dinamismo y que un hombre parado, contra lo que digan las viejas místicas contemplativas, vale menos que un hombre en acción. La ociosidad nos desvaloriza, nos desprecia. Una vez, hacía mucho tiempo, o poco, una mujer —Jeanette— había venido a sacarme del tedio de la larga vacación. Ahora era otra mujer la que me devolvía al tedio, la que me ligaba a la quietud mineral del planeta. El fundamental estatismo femenino iba creciendo dentro de Childe y la iba mineralizando. La muchacha hubiera querido convertirse en estatua de sal a mi lado. Las mujeres son una especie sedentaria que, en cuanto se quedan quietas en un sitio, empiezan a sentir crecerles por las piernas, por los muslos, la yedra del arraigo. Childe, olvidada del mundo, de la política, de sus amigos londinenses, de sus viajes, de sus padres y su amante negro, había nacido para aquellas mañanas intemporales en que el otoño nos cantaba en torno y ella se iba volviendo paisaje.

Esta facilidad de la mujer, para integrarse en el paisaje, para reunirse con la naturaleza circundante, me la hace tráfuga del reino animal hacia el vegetal, apátrida de la especie. De pronto Childe era una corporeización de la luz, una enviada de las hojas y el bosque, una aparición que volvería a sumirse en las formas vegetales en cuanto me hubiera arrastrado con ella. La mujer, que es nuestro único camino de vuelta hacia la vida natural, como había pensado yo alguna vez, es por eso mismo el gran peligro de

vegetalización que nos acecha. La mujer es un enviado de la naturaleza que trata de reuterinizarnos. Son traidoras a esta misión las mujeres emancipadas, intelectuales, las mujeres libres que yo había conocido, aquellas europeas que precisamente en esta traición a su destino telúrico tienen toda su grandeza y hermosura. Todo lo que el hombre hace por la vida dinámica, inventora, fáustica, lo hace a favor de su propia naturaleza. Todo lo que la mujer hace en ese mismo sentido, lo hace contrariando a su naturaleza y a la naturaleza.

Llega un momento en que uno ya no puede amar a más mujeres que a éstas, las rebeldes, las emancipadas, las traidoras a su misión. Porque esa rebeldía y esa traición las engrandecen y las llenan de un prestigio maldito. Pero vive uno a su lado peligrosamente, esperando que en un día de primavera, en una tarde de otoño, se va a producir la quiebra, el arrepentimiento, el desfallecimiento de tanta tensión.

Childe, como tantas otras, había encontrado en España el paraíso natural perdido, una cultura de sol en la que se reconocía. Y veía yo cómo la muchacha se iba haciendo paisaje y me arrastraba a mí con ella hacia el friso general de la naturaleza, porque el amor es camaleónico y toma en seguida el color de los árboles y los mares que le rodean. Todo esto era grato, relajante, pero vivía en mí una secreta tensión avizor. Tenía que llegar el momento de ponerse en pie y salir corriendo del bosque. Me concedía yo unas vacaciones de mineral, pero hay un resorte masculino que huye de la quietud como de la muerte (que huye precisamente de la muerte) o que tiende a crear más vida continuamente, lo cual viene a ser lo mismo: una respuesta constante a la tentación de quietud definitiva, de inmersión en la materia, tentación por la muerte que está en todo lo que vive, como una añoranza. Y por ahí, por el abrazo con la tierra, es por donde la mujer, el cuerpo vital y amado, puede identificarse con la muerte y horrorizar al hombre.

Todo esto debía estar en mis ojos, porque Childe me miraba con sus pupilas de color tabaco, un poco felinas, y se ensombrecía vagamente. «Eres extraño», decía. El otoño iba engrandeciendo el paisaje, incendiando los árboles, adensando la sombra azul del palacio, y el mar estaba cada vez más lejos y el viento era oscuro.

Desde nuestra excursión de aquel domingo no habíamos vuelto Childe y yo a hacer el amor. Me retardaba yo en esto como una defensa más frente a la mollar invasión de naturaleza con que Childe me asediaba sin saberlo, quizá. Pero hubo que empezar a pensar en una nueva fuga amorosa. Las mañanas silvestres, las tardes en la ciudad lluviosa, las noches con música eran una rueda que no llevaba a ninguna parte. Childe esperaba el amor, acurrucada y gatuna, musitando a veces en inglés o en español: «Eres extraño».

Childe había pasado de ser la mujer-alta-cinegética a ser la mujer-feudo-conquistado. La alta cinegética mantiene al hombre en vilo, le libera de la cosificación de los oficios, le devuelve a los bosques oxigenantes de la especie. El feudo conquistado se cierra sobre el conquistador y le fosiliza. Childe, dulce Childe, tenía en sí mucha materia original, materia que se liberaba en la luz de su pelo, en el chispear de sus ojos, en las formas de su cuerpo, en el clima, la atmósfera, la onda vital de toda ella, lejos ya de la enfermedad, el dolor y la sangre. Childe era un exceso de vida —exceso tan silenciosamente llevado—, y su lejana y reciente operación la veía yo, ya, como una sangría saludable que hubieron de hacerle para que no la ahogase la angina juvenil del corazón.

Salimos una tarde, culpables, a la busca de un amigo, hombre hablador, confuso, servicial, que j sabía de algo, y estuvimos con él en una cafetería céntrica, hora del anochecer, lluvia en la calle, y el tipo hablaba y sonreía y recordaba cosas de Madrid —«¿cuándo volvéis a Madrid?»— y hubo que apremiarla, más que por nuestra propia impaciencia, por resolver el trámite y que nos dejase solos.

Íbamos en su coche, él conducía satisfecho y nos paró en una calle que iba hacia el

puerto, llena de bicicletas varadas, hablé con un hombre de gafas redondas y gruesas, avisado, inexplicable, subí una escalera oscura, pintada de marrón, desconchadas paredes, llamé en una puerta grande, aquella mujer joven, desarbolada, que no, aquí no hay nada, todo lo tenemos ocupado, los forasteros, la temporada, qué rayos de temporada, si íbamos para la estación de lluvias, de la que, por otra parte, nunca habíamos salido.

En el portal, otra vez el tipo de las gafas: «ya lo sabía yo, hay que probar otra cosa; le dije que subir podían subir, pues claro, no le voy a engañar, pero que haber no hay, vamos a mí me lo va a decir usted». Diez duros, pensé, diez o veinte duros al tipo, si nos encuentra acomodado, que parece que no (diez si no lo encuentra y veinte si sí). Con que se metió en el coche con nosotros y ya éramos cuatro: el añorante de Madrid conducía sin perder su sonrisa, satisfecho de la aventura, rascándose con la mano izquierda el brazo derecho, manga corta, por encima del codo, intolerablemente coqueto el antebrazo velludo; y el otro vuelto hacia Childe y hacia mí, que íbamos en el asiento de atrás, conducidos, silenciosos, culpables.

«Yo les garantizo que sí, pues sólo faltaba eso, y además en seguida, y nada de preguntas, ustedes pasan la noche y ya está, lo que no les puedo garantizar el precio, el año pasado, qué digo el año pasado, a principios de temporada, era esa tarifa, algo habrá subido, digo yo, inevitable, tuerza hacia el puerto, por favor, según se va, yo le iré diciendo, vale.» La ciudad otoñal se llenaba de luces frustradas por la lluvia, por la bruma, por el mar. Dejamos atrás los semáforos y los paraguas, la prisa de la gente, los bares encendidos, y el coche corría por las traseras del puerto, grandes portones de hierro, chimeneas de ladrillo apagadas, vagonetas, un camino de barro y piedra.

Miré a Childe, que iba silenciosa, no asustada, no, quizá disgustada, triste de aquello, sumisa a mi iniciativa, pero ella hubiera querido de otro modo, sin duda, de otro modo, lo de aquel domingo, el parador, el pueblo, la colegiata, los huertos y las campanas, aquello fue hermoso, hermoso, pero el automóvil se obstinaba por una calle de altas tapias, en un laberinto de calzadas de piedra y casas sin ventanas, y estuve a punto de volver atrás, de decirles a aquellos tipos que nada de lo hablado, vámonos a casa, ella no se encuentra bien, otro día, gracias por todo; mas nos habíamos detenido ante un portal estrecho y alto, sucio, con una mancha blanca, de cal o harina o fosfato, en el umbral. El tipo de las gafas nos abrió la portezuela, qué obsequiosidad, y subimos él y yo aquella escalera, también enharinada de blanco. Childe, dentro del coche, con el conductor, sin duda no hablaba nada, nada. La vida tenía esa precipitación que toma a veces, ese vértigo, ese acelerón en que las cosas suceden a las cosas.

No sabíamos cómo iba a terminar aquello; una mujer alta, delgada, arruinada, de pelos sueltos y gran delantal ladeado, basta con llamar, una tarde cualquiera, entre dos luces, a unas cuantas puertas de la ciudad, para ver cómo están las mujeres del pueblo, las madres del pueblo, cenicientas, turbias, acabadas, resignadas, rotas.

—Aquí el señor, que...

—Pasen, pasen.

—Es que nos habían dicho, sabe...

Olía a guiso de la cena, una bicicleta contra la pared, una cuna de niño, vacía, ¿cómo subir allí a Childe?, qué humillación, qué tristeza, aquella mujer limpiándose las manos en el delantal, buscándose las horquillas por el pelo, con unos dedos largos y de nudillos prominentes, qué hacer, si es para una noche puede ser, ya saben el precio, yo les cambiaré ahora la ropa de la cama, la habitación es grande, muy hermosa, y tenía que dormir a los niños, hacer la cena al marido, al obrero, al hombre de la bicicleta, caballero de la quieta y escueta cabalgadura, señor, señor, subir allí con todo nuestro amor, invadir, por unos pobres duros, el hogar martirizado y escaso, desconchado, con nuestro amor, nuestra historia de señoritos, eso, de señoritos, no hay derecho, Childe, no hay derecho, es una ofensa, un insulto, y además la tristeza,

¿tú crees que vamos a tener ganas?

Lo miré todo con urgencia, con aprobación, no queriendo verlo, qué tonta aventura, perdona, Childe, perdona, perdone usted, señora, le vamos a dejar un puñado de duros encima de la mesilla de noche, junto a esa imagen, en una casa así, el hombre que sale por la mañana a las obras lejanas, a la orilla del mar, que vuelve cada noche, tras haber almorzado el bocadillo que lleva atado en el sillín de la bicicleta, el niño apretando su cara contra la cara fría y amiga de una naranja gorda, la tristeza en el pasillo, esta mujer que a la noche, después del fregado, se desnuda y todavía arde en su cuerpo escuálido, de yeso, arde tristemente, lejanamente, sin alcanzar nunca el placer confortable, embargante, de un cuerpo bien alimentado. Ella no tiene onda, ni clima, ni atmósfera. Su onda es de lejía y guiso, de suspiro y miedo. Nos despedimos, me despedí hasta la noche, sí, no vendremos tarde, me entregó una llave, procuraremos no hacer ruido para no despertar al niño, sobre todo eso, no despertar al niño, bajamos la escalera, yo completamente culpable, el tipo hablaba expectante, esperando ya el dinero, su dinero, me llevo la llave descerrajadora y abusiva de un hogar modesto, desvencijado, triste, soy el invasor brutal, guardo la llave cuidadosamente, cuidadosamente...

Aquí estamos, Childe, allí estábamos, con nuestro amor y nuestro tiempo, locos perdidos, escaleras arriba, mala luz, mala noche, mala conciencia, veníamos del centro de la ciudad, de las calles muertas, una terraza sin nadie, la lluvia, el mar en la sombra, como un enemigo, el velero desguazado del verano, qué sabor a otoño, algo duele en el aire.

Un taxi nos llevó hasta las inmediaciones de la casa. Childe se había hecho a la idea, más o menos, estaba conmigo y eso era todo, por cuanto el alrededor no le gustaba, se plegaba más a mí, ignorando aquellas calles de luz bamboleante por el soplo del mar, aquellos barrios de herrumbre, el revés del puerto, raíles oxidados, una vagoneta encallada desde siempre en el final de la vía, no lejos del hospital donde a ella le abrieron su vientre dulce y rosa, su vientre dulce y rosa, Childe, tu vientre dulce y rosa. Al final de la escalera, al final del pasillo, la habitación matrimonial, las fotos de la boda, ella de blanco y él de negro, funerales, una columnata de escayola, la letra oblicua de la dedicatoria, las flores, la corbata, una nube de yeso que se ha materializado espantosamente en la vida de ellos, el yeso del portal, fosfato, nitrato, harina, lo que quiera que sea, manchando la escalera, empolvando aquellas vidas, estas vidas, no hay derecho, mi amor, no hay derecho.

Habíamos caído de la magia. Éramos dos amantes vulgares, laborales, nocturnos, apremiados. Invadíamos aquel hogar obrero, aquel dormitorio conyugal puesto a plazos, la cama ceremonial de grandes almacenes, la pintura caída de las contraventanas, un descascarillado que era todo el fracaso, toda la provisionalidad, toda la superficialidad de la vida, y debajo la madera cruda, el palo muerto del vivir, la materia seca de los días. Abajo la calle con viento, una calle de penal, y la escalera de mala luz; ahora la bicicleta en el vestíbulo, como una enorme cigarra sorprendida contra la pared al encender la luz; cuidado con el niño, no despiertes al niño, mira, nos han dejado toallas, jabón, todo preparado; qué servilismo, Dios, qué humildad, qué inocencia, la ropa y el agua, el despertador y el jabón, como al viajante de comercio, huésped de una noche, el hombre ceniciento de las facturas, el inquilino de los trenes, igual, Childe, igual, ese hombre que respira tabaco y se va al alba dejando el dinero pisado j por la peana de la imagen, sobre la mesilla de noche; pero no es eso, no es eso, y tú lo sabes.

Aquí se oyen, se oían los golpes de tos del mar, las galernas de la noche, los bandazos de un barco lejano, y el niño llora dormido, en algún cuarto oscuro de la casa, el marido se despertará temprano, noche cerrada, luces pesqueras en la mar, para lavarse en la jofaina y aparejar la bicicleta, por más que la ha dejado arreglada desde que llegó por la tarde, y bajará trabajosamente la escalera, poniendo la máquina de pie, con una rueda en alto, hasta la calle, y sobre el gran cigarrón, corriendo, pedaleando, al tajo, aquí Childe, decimos, dicen al tajo.

Probé un juego de luces, sólo la lamparita de la imagen nos iba bien, lo del techo era una bombilla cruda, lo del lavabo no era nada. La luz baja de la mesilla lo dejaba todo en una penumbra discretamente prestigiosa, y Childe se fue desnudando, y su cuerpo, su aura, su atmósfera fue llenando la estancia, la casa, la noche, repetida en el armario de luna, acrecentada, de modo que llegó a borrarse el hogar obrero —por qué hacían aquello, Dios, por qué lo hacían—, el hogar alquilado, la habitación pecadora y clandestina de una noche con que ayudar su salario mínimo. Hubiera preferido una casa profesional, un rincón verde, como aquella vez con Bodil, una encargada ofidia, un hogar del sexo y el vicio, pero este olor a cocina honrada, cuánta pena, mi amor.

Childe quiere placer, Jeanette quiere placer, Bodil quiere placer, Renata quiere placer, Guill quiere placer, no es verdad que quieran otra cosa, anularse bajo el poder de un hombre multiplicado por el deseo, la humillación sexual, el pantagruelismo erótico, manojos de feminidad que desaparece entre los brazos de él, su personalidad se difumina y ya no está.

El placer las libera de sí mismas. El hombre se realiza en la posesión; ellas se desrealizan, se convierten en un elemento gaseoso, en la sutil temperatura de lo cósmico, la vida anónima, sin rostro, la existencia existiendo, la nada nadificándose, el nirvana, desaparecer, no ser. Es el sueño de no-ser que tira de toda la materia existente, que tira sobre todo de ellas, tan naturaleza, uno es el agente de todo eso y nada más. Se van, se borran, se borra Childe, no sólo porque la luz de la mesilla temblaba y moría, enchufe averiado, golpeteo de besos, sino porque estaba propicia a fundirse con el todo, y uno se queda aquí, en la orilla, concreto, real, identificado, sin ascender en la nube rosa.

Hay que verlas alejarse, despojarse, desnudarse de su carne, el hombre, placer agudo, no es capaz de olvidar sus límites, de modo que se realiza la ascensión, si es que se realiza, y aquí me quedo yo, se queda él, aquí nos quedamos mirando la forma de su ausencia, el rastro de su huida, hasta que se vuelve a remodelar con besos y caricias paulatinamente, un cuerpo, un rostro, una persona. Una mujer. Childe, amor, lee lo que escribo, escucha lo que digo, se produjo el milagro, ¿verdad, Childe?, se produjo a pesar de todo, a pesar de la cocina triste y el niño dormido. El espejo se había empañado de tu atmósfera, la luz de la lamparita se había apagado para siempre, el mar sonaba como una gran desgracia y estábamos en el corazón de aquel barrio portuario, tan lejos de nuestro palacio azul rodeado de hortensias —tu cuerpo era una gran hortensia en la sombra (en el lecho)—, una hortensia, un vitral, un sueño.

Childe maúlla en mis brazos, y Guill se quita las lentillas, y Jeanette se las pone, cuando Bodil pasea su bikini por la piscina y Renata cruza las calles céntricas mirando a los hombres. Ellas, todas ellas están, estarán ahora en brazos de otros individuos, y alguien las conoce ya tan bien como yo, cree haber sido el primero en descubrir su perfume, su intimidad, incorpora ese efluvio a su vida, lo considera suyo, y no sabe, como yo lo sé, que está moviéndose sobre el fondo hormigueante de mucha biografía.

Otro las tendrá en sus brazos, besará la risa de Jeanette, los párpados de Childe, la boca de Guill, el cuerpo de Bodil o de Renata, una sucesión de hombres me sustituye en la piel europea de esas mujeres, y es otra vez la misma comunicación, una intimidad precaria, las veo, las veo en la confianza, el susurro, la complicidad, el amor, repitiendo gestos, volviendo a ser ellas con todo su repertorio. No tiene remedio. Cada persona cuenta con un número limitado de expresiones, palabras, caricias, y tiene que volver a empezar siempre por lo mismo. Se quisiera ser distinto, distinta, con el nuevo ser que todo lo merece, pero sólo podemos ofrecerle lo que ya tantas otras veces hemos dado. Le mirarán como a mí me miraron.

Uno es de oro cuando se enfrenta por primera vez con otra criatura. Luego, con la cotidianidad, el estofado va cayendo. No es lo triste ver cómo el otro pierde prestigio, misterio ante nosotros, sino sentir, ver en los ojos suyos, cómo uno lo va perdiendo ante él. Nos sentimos ya empobrecidos, sin magia, nos vemos como creemos que él nos ve. Y hace falta un nuevo encuentro para volver a sentirse de oro. Mujeres que, ya, para mí sólo son anatomía, cuerpos que para otro serán hoy mitología.

Y yo para ellas. Un día las iluminé semidiós. Hoy seré el español lejano de las cartas confusas. Nada. Nadie. Cuerpos mitológicos en el friso del erotismo, caídos hoy a su condición semoviente. Gavilla de muchachas que maduran en el tiempo, lejos de mí, mujeres que tomaron la forma de mi vida. ¿Qué es la vida de un hombre sino las mujeres que ha habido en ella?

De mañana, una luz sucia dibujaba la persiana en la penumbra. Yo veía en el espejo del armario un lecho revuelto, azulado, frío. Childe suspiraba en el entresueño y todavía fue posible arrebatarla a aquella habitación dormida para que su cuerpo diese toda la temperatura, toda la atmósfera de que era capaz. Nos lavamos y nos vestimos lentamente, laboriosamente, ya sin magia. Escuchaba yo con miedo los ruidos de la casa.

El hombre de la bicicleta debía haberse ido hacía mucho tiempo, cuando dormíamos hondamente. El niño de la naranja no se había levantado aún, quizá, o le habían impuesto silencio para que no nos molestase. Qué tristeza. ¿Sería esto posible?

—Hemos venido aquí a amordazar a un niño —dije.

—¿A qué niño? —preguntó Childe, con el excesivo interés, un poco irritante, que ponía a veces en todo cuanto yo decía.

—Childe, amor, hemos venido aquí a amordazar a un niño. No sé si me comprendes.

A Childe no le gustaba el sitio. Pero nada más. Estábamos escalofriados del agua fría de la ducha —el obrero se había lavado en una palangana, sin duda, para reservarnos el baño—, y las ropas nos quedaban retorcidas en torno del cuerpo, húmedas de la cercanía del mar. Besé a Childe en la boca por última vez, sin acierto ni fervor, y temí que la dueña de la casa nos hubiese preparado un desayuno. Hubiera sido para romper a llorar.

Pero salimos sigilosamente, y ella debía confiar mucho en nosotros —le habíamos dejado el dinero en la mesilla—, porque nos despidió con cariño desde la puerta de la cocina, sin dudar ni por un momento de nuestro pago.

Al niño debía tenerlo metido en el horno.

Bajamos aquella escalera tan fea. La calle estaba fría y tenía el mismo aspecto del anochecer. Cogí a Childe de una mano y caminamos hacia el centro de la ciudad. No llovía, pero la lluvia estaba en el aire.

Caminamos largo rato cruzándonos con obreros en bicicleta —¿sería alguno de ellos el nuestro, el que habíamos despojado de su cama?—, y mujeres que caminaban de prisa. Había grandes tapias y cisternas que tapaban el mar. Frente a la estación encontramos un bar donde daban de desayunar.

En el bar había un hombre de uniforme, guarda jurado de algo, que le explicaba cosas al pálido chico del mostrador. Dos hombres desayunaban en un velador, y uno de ellos leía el periódico. Al fondo del establecimiento había una mujer de edad indefinida, con un niño en brazos, envueltos ambos en el mismo mantón. Childe y yo nos sentamos en una mesa, junto a la pared, y el chico del mostrador se vino por debajo de éste a servirnos dos desayunos. Childe me hablaba de la Enciclopedia Británica, de sus viajes a Estados Unidos, del laborismo inglés, que estaba putrefacto, y de una vez que coincidió en una fiesta con la princesa Margarita.

Yo advertía en la conversación de Childe una necesidad de huir de nuestra sórdida noche, de reanudar la relación a un nivel digno, universitario, queriendo borrar la fea escalera, la mujer del delantal, aquella cama matrimonial y todo lo demás. Quizás ella misma no era consciente de esta necesidad de evasión, de alejamiento de aquello que acabábamos de vivir. Y porque comprendí todo esto, presté mucho interés a su charla y le pregunté la exacta pronunciación inglesa que debiera darse a algunas palabras que surgieron en nuestra conversación, palabras de fonética dudosa o infrecuente. Decididamente, estábamos arrepentidos. Nos dieron ese café bueno que sólo se prueba muy de mañana en los bares cercanos a la estación, como si luego se acabase la infusión y hubiera que alargarla con agua hasta el infinito. El café caliente nos ayudó a olvidar definitivamente la casa y la cama del obrero de la bicicleta.

A los pocos días salíamos en avión hacia Madrid. Childe debía regresar a Inglaterra. Recibía cables de su padre, cartas de color rosa que le escribía el negro de las colonias, llamadas urgentes para que volviera, avisos de la oficina política donde había trabajado, postales de sus compañeros de Universidad que le recordaban el comienzo del curso por el revés de una vista de Stratford-on-Avon, monumento a Falstaff.

Eran los tirones lejanos de su vida, todo lo que había creído borrar hundiéndose en el sol meridional, haciéndose luz en la luz. Childe no era libre. Se le acababa el dinero. Por otra parte, estando a mi lado, no dejaba de experimentar su falta de destino. La tentación sedentaria y vegetal que había en ella, despierta al contacto del discreto

panteísmo de aquel verano, empezaba ahora a declinar con la llegada del otoño y la cotidianidad de nuestro amor. Childe volvía a sentir el tirón de la actividad, de su destino independiente, la llamada de su país y de su vieja vida.

No pretendía yo, en absoluto, retener a la muchacha. Por el contrario, esperaba con curiosidad el momento de encontrarme sin ella para saber hasta qué punto había entrado en mi vida y se me había hecho imprescindible (dando a este término todo el valor relativo que en los asuntos del corazón tiene). Así, Childe se encontraba sin la fuerza contraria con la que luchar. Hubiera necesitado de un tirón fuerte por mi parte para contrarrestar las lejanas llamadas, y como esto no existía sino formulariamente, ella, sin reprocharme nada, se sentía descompensada.

No encontraba apoyo en mí para enfrentarse a su pasado y romper con él. Y este no hacer pie la llevaba a afirmarse en mí con más ahínco que si yo le hubiera ofrecido toda clase de protecciones y seguridades. Trataba de sustituir ella el fervor que yo no le daba, como hacemos siempre en el amor. Ya en Madrid, tuvo unos días de indecisión, de estar lejana en la habitación del hotel donde habíamos ido a parar, de poner su cabeza en el cristal empañado de la ventana, apartando ligeramente el visillo, y quedarse mirando al exterior, al paso elevado que se veía desde allí, y por donde los automóviles, los autobuses, los camiones, hacían una montaña rusa monótona, ciudadana, infernal, entre la neblina del cielo y el humo de las fábricas cercanas. Los ojos se le clareaban como nunca y la luz débil del día licuaba el verde mineral de sus pupilas. Entonces, iluminados así sus pensamientos, comprendía yo que era una muchacha de duda, que su vida no estaba en absoluto decidida, como me había parecido en algún momento, y que no tenía yo fuerza en ella. Al menos, no tenía tanta fuerza como ambos habíamos creído.

Su decisión por mí había sido precipitada, superficial, tomada para una eternidad que no iba más allá de los meses de vacación. Tampoco su opción por la libertad, la independencia, el progresismo, era totalmente valedera, sino que se adivinaba en Childe la tentación de quedarse para siempre conmigo en una habitación de hotel, en aquella habitación, tomando té, haciendo el amor, viendo subir y bajar los automóviles por el paso elevado y cruzar el contingente de peatones, allá abajo, por el paso de cebrá. Había en nuestro cuarto esa densidad de los sitios donde se está tomando una decisión trascendental, un acuerdo para toda la vida. Y las cartas, los telegramas que ella había recibido, estaban allí, encima de la cama, a medio contestar. Yo leía o miraba también por la ventana, y el viejo hotel, enorme, cuadrado, nacido de aquel poscubismo arquitectónico de los años treinta, era una resonancia de viajeros, turistas de agencia, bodas con orquestina en la primera planta, unos dolorosos ascensores y un autopullman lleno de norteamericanos rubios y viejas madres negras y enojadas. Debiera haber roto yo aquella blanda tensión con una decisión en uno u otro sentido.

Pero yo no hacía nada, no decía nada, porque tenía miedo a mis propias decisiones. No me decidía a enhebrar definitivamente mi vida en aquella otra vida, y tampoco me sentía tan hartito como para romper bruscamente con la muchacha. Childe sabía que todo aquel verano, este país, el mar, nuestro amor, había sido una aventura, una evasión, un juego. Lo sabía profundamente, pero esta certidumbre no había ascendido aún a la consciencia. Era como cuando se sospecha que el ahogado está en el fondo de aquel lago, se sabe que está allí, pero aún se duda incluso de que esté ahogado, porque la noción es demasiado fuerte para haberla asimilado, y entonces hay que esperar a que pasen las horas y el cuerpo muerto ascienda blandamente, lentísimamente, a la superficie, para aceptar sin esfuerzo mental lo que la imaginación se niega a imaginar.

Childe necesitaba ver mi rostro ahogado flotando en la superficie de la consciencia, girando sin sentido en las aguas, para comprender que aquel amor del verano estaba muerto. Quizá, con mi quietud, con su silencio, con su lenta escritura, con su amor

sonámbulo, con sus horas ante el balcón, ante la ciudad y su cielo triste, lo que hacía era esperar; dejar que la flor concreta y dura de la realidad se abriese a flor de agua —loto doloroso—, para tener una certidumbre concreta en su vida y marcharse. Ella no sabía que estaba esperando. Creía que meditaba, creía que deliberaba consigo misma, como creemos siempre en tales casos. Pero no hacía sino entretener la espera, la vigilia del parto terrible, de la verdad evidente que alumbraría en su momento, sólo en su momento. Porque hay verdades difíciles que llevamos dentro y que no podemos cazar con la raqueta sutil del entendimiento. Son verdades que han de madurar por sí mismas, que han de desprenderse por sí mismas del núcleo subconsciente del existir, donde han anidado o han nacido, para, en un otoño interior —sol triste como el de la calle, que ahora enmela los árboles del Botánico—, caer hacia arriba (es su forma de caer) hacia el cerebro, donde por fin dejarán de ser fruta para ser piedra, evidencia dura, realidad mineral, incontrovertible.

Este proceso era el que se estaba cumpliendo, quizá, en Childe. Yo lo sabía o creía saberlo, y esperaba. Esperaba a que la muchacha hubiese madurado un fruto objetivo dentro de sí, un fruto que podía ser su amor, o su valentía, o su cobardía, o su libertad. Una evidencia que llevaba dentro y que había perdido u olvidado —borrado— en aquellos meses de sol y amor.

Así, salió de pronto un día de sol, otoñal y dorado, alegre y triste como una convalecencia, y nos fuimos, a media tarde, a pasear por el Retiro, que estaba muy cerca.

Repetimos varias tardes los paseos por el Retiro. Los colores de octubre se independizaban del paisaje, estaban en el aire con entidad propia: un verde infinito, un rojo de ocaso, un amarillo lento, trabajado, como toda una vida. La dispersión del azul por el cielo. Era como una superficie pintada con poca pintura, con materia escasa, y quedaban en el firmamento zonas pálidas, decoloradas, por donde el universo resultaba provisional e indeciso. Los fondos del parque eran como una mina de verdor que generaba gamas hasta su extinción. Del gran incendio verde, que estaba allá, entre la fronda, sólo le llegaba un reflejo, una llanita, un chamuscado, a la hoja amarilla, a la fruta dura y caída.

El agua tenía un fondo negro que hacía superficiales todos los colores, arrastrados un momento en la corriente y perdidos en seguida, olvidados. El blanco de las estatuas ayudaba a la calidad de todos los contrastes; un blanco dorado por la luz, historiado. Estábamos en ese momento de la tarde, del día, de la estación, en que el color se hace bulto, se expresa por volúmenes, vive la subversión de su reino plano y avanza hacia la mirada. Las formas, asimismo, sólo se manifestaban por colores. Había como una ausencia de atmósfera y todo estaba al alcance de la mano, brindándonos una desconcertante sensación de facilidad, como si nos hubiese sido posible manipular las gamas del paisaje a nuestro capricho. No había, por otra parte, sino ladear un poco la cabeza, cambiar el punto de vista, para que la zona contemplada —agua, cielo, fruta, hoja— variase de tonos, se enriqueciese. Era, pues, un paisaje practicable, móvil, lleno de posibilidades, con esa inspiración última de la belleza que va a morir pronto. Todo tenía la disponibilidad de una vida cumplida. Childe me decía que sólo había visto tardes semejantes en América, en el Estado pobre y olvidado de Vermont.

Paseábamos por los senderos del parque, hasta una fuente solitaria, hasta una plazoleta donde un mendigo leía viejos periódicos, hasta un regato en el que orinaba un niño. Nos sentábamos en un banco y Childe dejaba su cabeza en mi hombro o en mi pecho.

Vivíamos, creo, esa profunda melancolía de lo que se tiene. Contemplábamos el mundo como un sueño, como un proyecto, perdiendo con frecuencia la noción de que todo aquello éramos nosotros y estaba —estábamos— allí mismo. La belleza del mundo apela siempre a la imaginación, de modo que no es posible poseerla con los mecanismos groseros de atenazar el presente. La imaginación se toma tiempo, perspectiva, y cuando se le coloca lo imaginado inmediatamente delante, se echa hacia atrás, se distancia como el buen contemplador de un cuadro. Este distanciamiento era el que nosotros sufríamos. La belleza de nuestras vidas, de nuestra historia, de aquellas tardes últimas, era algo para gustarlo con la imaginación. Algo para recordado o deseado, no para vivido.

Y así, padecíamos el desasosiego de que se nos estuviese escapando el presente, la vida, delante de nuestros propios ojos. Las nubes, blancas y maleables, daban una idea plástica de la mutabilidad desconcertante del universo. Prefería yo no preguntarle a Childe por sus pensamientos, por sus proyectos. Dejaba que la muchacha actuase por sí misma.

De este modo, nos comportábamos como si fuésemos a vivir juntos toda una vida, como si todo el tiempo por delante fuera nuestro. Hablábamos siempre de cosas intemporales o hacíamos proyectos imposibles, disparatados —un crucero por las islas griegas, un verano en Australia—, que eran, por irrealizables, los únicos asequibles. El tiempo iba pasando y nos habituábamos a esta provisionalidad mejor que a la idea de una eternidad compartida o vivida por separado. Childe me hacía fotografías contra el tronco de un árbol, en el resol de un paseo, y yo se las hacía a ella.

La muchacha tenía momentos de silencio, de ensombrecimiento, en que el verde de sus ojos negreaba como el verdín de una piedra a la sombra del mar. Entonces comprendía yo que le había llegado la zozobra, el miedo a volver a la tiranía de su

padre, aquel austero mentor de la Enciclopedia Británica, a los brazos del negro, a la soledad sin libertad. Quizás iba a quedarse a mi lado para siempre. Pero eso tampoco era la libertad. Childe, queriendo realizar en el mundo su destino de mujer libre, se quedaba sin destino. Estaba embarazada de una verdad y yo dejaba que esa verdad creciese en ella, se hiciera evidente e imperante, obligándola a decidir. Aquella verdad era algo así como nuestro hijo mental. Aquella verdad era su amor por mí, o su decisión de libertad, o su reconquista del mundo perdido —el mundo del padre o el del amante negro—. Aquella verdad iba a ser algo muy distinto de todo lo que yo podía imaginar. Algo que en aquellas tardes, al sol del Retiro, entre el homenaje verde de la fronda, ni siquiera podía sospechar.

(Y ahora tengo aquí, en esta fotografía donde el tiempo ha puesto su resol sobre el de aquella tarde, el cabello rubio que la luz blanquea, los ojos gatunos, prematuramente ojerosos, prematuramente cansados, la nariz un poco obstinada, dura por el juego de luces, infantil de todos modos, nariz de esa raza clara y de oro, y ha pasado tanto tiempo que sólo puedo colocar la cartulina coloreada entre las páginas del libro, como una señal, para que alguien la encuentre. Childe, su boca rizada, más sensitiva que sensual, el dibujo del rostro, dos levísimas curvas a los lados de la barbilla, y las flores del vestido. El Retiro al fondo, muerto y negro. Seca la tarde, entre las páginas de este manuscrito, como una hoja. Etc.)

Los peatones, allá abajo, se iban agregando unos a otros, en el borde de la acera, y los automóviles pasaban raudos sobre el paso de cebra, aquella escalera plana y amarilla para pasar al otro lado, al andén central de la calle, aquel puente de tabloncillos de color, sólo color, puente como los que cruzan por su parte más estrecha los ríos africanos.

En el borde de la acera había una cabeza blanca, de hombre o mujer, y luego un sombrero negro de caballero, y la pareja estudiantil que llegaba caminando despacio y se remansaba allí, y el hombre solo, menudo, que venía muy de prisa, inútilmente de prisa, para luego hacer una espera inevitable con los demás peatones. Era ya una masa humana discreta, una barricada de pechos, una cálida muralla, aquella aglomeración continuamente renovada y dispersa. Esa cosa de leucocito que tiene el hombre visto desde arriba, desde muy arriba, moviéndose entre los hombres, en la circulación del aire. Pasaba el último automóvil, como con prisa de alcanzar a los que iban delante, y una mujer anciana, impaciente, se apresuraba a cruzar la calle. Luego venían los demás peatones, se desflecaba el núcleo, pisaban todos —unos despacio y otros de prisa— los escalones de aquella escalera, los tramos amarillos del paso de cebra.

Llegaban a la otra acera como a la orilla segura, o llegaban mansamente, sin ilusión, para seguir caminando, y estaban otra vez en juego las luces de los semáforos, y un rezagado, un hombre de gabardina y cartera, cruzaba todavía la calle, cuando los automóviles venían ya (yo podía verlos) a toda velocidad, por la izquierda de aquella pista lateral. Otra vez los automóviles, el paso de cebra entrevisto bajo cada ráfaga de velocidad, un nuevo contingente humano que volvía a formarse mansamente, casi dulcemente, al borde de la acera. Una vez y otra.

Yo veía todo esto con la frente en el cristal del balcón. Childe estaba ahora tendida en la cama. Childe iba al baño y volvía del baño, vestida sólo con su ropa íntima, y otra vez los días grises, sin sol, llenos de humo y respiraciones. El cuerpo de Childe, panal de besos.

Nunca un cuerpo tan puro, candeal, sustantivo. Se revelaba otra en el amor. Qué abarcadora y luminosa. Éramos como dos delincuentes encerrados en aquella habitación de hotel, conspirando contra nosotros mismos. Le salían a la muchacha, en el amor, las sabidurías eróticas del negro de las colonias. Aquello no era ya el asalto silencioso de la primera vez. Childe iba saliendo de su pasividad. Tomaba iniciativas, caminos, y entonces se cegaban nuestros destinos y todo se resolvía en gemido.

Temperatura única, años de la muchacha, música de su pelo, un rito que siempre, con ella, tenía algo de clandestino, de profanación.

En el paso de peatones volvían a reunirse varias vidas sin suerte bajo la luz roja y verde de los semáforos.

En reposo, tendido boca abajo, vencidos ambos, veía yo, con un único ojo abierto, un antebrazo de la muchacha, las huestes curvas del vello, la pinada delgadísima ocupando una loma, y luego el hombro, redondeado como un mundo, equinoccial, denso. Y el camino del cuello, el reposo de una tensión, la oreja rizada, bordada en la carne, con sus canales, sus remansos, el lóbulo como una playa dorada, la orfebrería de los rebordes, su interior de concha marina, un paisaje rosa, unos fragmentos de persona, una porción mineral, un segmento del cuerpo humano. Nada tenía que ver la oreja, flor rara, de la muchacha con su historia de libertad y persecución, como había pensado yo contemplando los muslos de Guill.

El cuerpo por sí solo es mitología. Luego, la mitología se queda en biografía. Aquella zona casual del cuerpo de Childe que apresaba mi ojo abierto, muy de cerca, palpando tanto como viendo, rozando casi con las pestañas, mirando con el tacto, tocando con la mirada, ni siquiera era ya humana. Eran unos recortes de materia que la muerte vendría a desintegrar, a liberar. Unas formas eficaces donde se resumía la vida. Pero el pecho de Childe respiraba. Y el semáforo seguía dando sus mudas explosiones en rojo y verde, con intermedio en el amarillo. Había un sístole-diástole de vidas en el paso de peatones, allá abajo. El verde es conciliador, comunicativo. El rojo es defensivo, agresivo, alarmante. El amarillo es como una enfermedad repentina de la luz, como una recaída, como una fiebre, una tifoidea, algo que nos llena de tristeza y tedio, de un peligro sin alarma, que trae consigo ya la resignación. Las gentes subían interminablemente aquella escalera de peldaños amarillos, aquellos escaños refulgentes.

Vivía yo dentro de la atmósfera de la muchacha, que ahogaba ya el cuarto, y temía hacerme insensible a su olor, su sabor, su temperatura. Pero esto no ocurría. Continuaba milagrosamente consciente del aire que respiraba. Nuestro amor se había llenado de confianza, de complicidad, y aquello podía durar siempre. Las pecas de sus hombros. Aquel punteado, aquel revuelo quieto en su piel, como anoté una vez. Las pecas entre el vello rubio, como la sombra redonda de los pinos entre el trigo. El enigma de la carne. ¿Cómo se ha molturado esa materia limpia y plástica, por qué ha llegado el magma peludo, el anfibio anterior, la medusa, a este resumen compacto y pleno?

¿Para qué? Nada tan desconcertante como la belleza. La belleza de un cuerpo, el exceso de suntuosidad que hay en una mujer desnuda rebasa todas las necesidades vitales de la especie. La belleza está en los ojos que miran; ellos la ponen. ¿Y por qué esa capacidad de crear belleza excesiva, sobrante de hermosura, mediante la mirada? La belleza, única epifanía al margen de los ciclos vitales, es la gran pregunta, la gran incógnita, el quieto enigma, la esfinge. La carne muda de Childe palpitaba.

Salí al anochecer para despejarme, para comprar periódicos y desintoxicarme un poco del clima Childe. Pero en la calle seguía pensando en ella. ¿Era aquella carne la más concreta evidencia de vida que yo iba a tener nunca? ¿Era aquella piel el contacto mismo de la existencia, la única posibilidad digital de sentirse vivo? En el momento de la muerte, si uno tuviera que recordar a qué sabe eso de la vida, qué ha sido el estar vivo, quizá tuviese que apelar al sabor de una piel cálida y regada interiormente por segregaciones y exudaciones todavía jóvenes. Los vendedores de prensa voceaban en mitad de la calle, entre los automóviles, la humanidad olía a sus impermeables, que es un olor a progreso, y me llené de contactos y sabores de la hora indecisa.

Un cigarrillo, una taza de café, el olor del periódico al desplegar sus páginas, olor a humo de redacción, a taller con poca luz, a máquina eficaz, a tinta urgente, la gente

que pasaba, el hervor de las cafeterías, la rueda de los automóviles, la vida era esto —dispersión— más que lo otro, más que el encerrarse a ciegas en una habitación de hotel con un cuerpo de mujer. La vida son los otros, no lo que uno pueda construir a solas, obsesivamente, con una carne y unos pensamientos.

Se había celebrado el día de la paz en Estados Unidos, según las crónicas de los periódicos. Miles de personas en todo el país, especialmente en Washington, se habían manifestado pidiendo el cese de la guerra de Vietnam. El Capitolio, aquel edificio blanco, de un clasicismo convencional, se había llenado de puntos negros en las fotografías. Eran estudiantes y gentes de color, muchachas que pedían la paz y subían las escalinatas para nada, simbólicamente, ante el mutismo armado de los guardias. El Presidente, en algún sitio, invisible, elegía un buen puro de entre los del estuche y se sentía grande en el entrecruce de los destinos históricos. Vivía aquello como una ocasión trascendente, había que hacer algo, tranquilizar a la opinión, calcular los precios del acero, resolver la guerra, sacar adelante el crucigrama.

Pero, ¿cómo imaginar el dolor de un soldado cuando la metralla le decora la frente? O el dolor de una madre cuando el niño la busca ya sin ojos. El bien no es un problema de bondad, sino un problema de imaginación. Lo que funciona en el mundo, lo que mueve los astros es el mal, y para hacer el bien hay que ser capaz de imaginarlo. El bien es una abstracción. No está en ningún sitio, no se ve. El bien es una cosa mental. No tiene la realidad turbadora y evidente del mal. El bien hay que hacerlo; el mal se hace solo. Si el Presidente tuviera tiempo para esas cosas, tendría que confesarse a sí mismo que no sabe qué cosa sea el bien, como no lo sabemos nadie. Así que no puede contar con el bien.

El Presidente, el señor Presidente tiene que contar con la guerra, el acero, el Pentágono, la Prensa, Rusia, China, Ho Chi Minh, que ha muerto, los estudiantes, los negros, el dólar y el marco. Éstas son las cosas que tiene delante, las realidades a manejar.

Ni el Presidente ni ningún ser humano tienen tiempo para pararse a imaginar el bien, ese estado gaseoso. Por eso no se hace el bien, por falta de imaginación.

Tampoco se hace el mal (que también exige mucha imaginación para ser realizado). Pero ya está dicho que el mal se hace solo. *Que el mal se hace solo*. Lo escribí así en el borde del periódico, pidiéndole el bolígrafo al camarero: el bien hay que hacerlo, el mal se hace solo. (Lo que no quiere decir, por otra parte, añadí mentalmente, que el Presidente y su cigarro puro no sean culpables de algo, de todo, de mucho.)

—¿No cree usted que ya está bien la guerra esa?

El camarero piensa que ya está bien la guerra esa. El camarero, en sus idas y venidas, tiene la cabeza libre para pensar en el bien y en el mal; tiene la cabeza más libre que el Presidente de los Estados Unidos de América. Pero no se ha planteado nunca la cuestión de qué cosa sean el bien y el mal. De modo que le devolví su bolígrafo. Pensaba subir con el periódico para enseñárselo a Childe y explicarle lo que había pasado en Estados Unidos. Aquella jornada nacional para pedir la paz en Vietnam. Llevábamos unos días de aislamiento, de alejamiento, de soledad, de no saber nada del mundo. Era reconfortante salir de nuestro enfermizo reducto y hablar de los soldados y los niños que se desangraban en Vietnam. Luego se me ocurrió que Childe lo leería mejor en inglés y busqué el *Times* entre la Prensa del quiosco —fotonovelas, periódicos de París, postales, guías de la ciudad, revistas femeninas, la moda del cuero y del ante, los libros de sexo y muerte—, pero el *Times* que encontré era atrasado y no traía nada de la jornada de la paz, como si no se hubiera celebrado, como si no fuese a celebrarse nunca. Una jornada de miles de personas pidiendo la paz la empapan los periódicos en el papel poroso de su primera plana, fotografías y textos, y al día siguiente, como si no hubiese pasado nada. La sangre de Vietnam perdía su color rojo en las rotativas, se hacía gris, gris plomizo del plomo de la imprenta, y ya no

era sangre: era sólo noticia.

Una novela sin abrir, el medicamento que me había encargado Childe (ya lo olvidaba y tuve que volver sobre mis pasos, hasta la farmacia) diciéndome la cosa aquella del mal y del bien. «¿No cree usted que ya está bien la guerra esa?» Los ascensores iban llenos de una gente viajera, cansada, extranjera, y algunos me miraban, porque quizá acababan de llegar a la ciudad, acababan de bajarse del autocar, que les trajo desde el aeropuerto, y yo era la primera cara que veían despacio en el país, y trataban de descifrar en mi cara a la nación entera, sus regiones y sus ríos, su leyenda y su política, su historia y su arte. Quizá no había tantas cosas en mi cara y esto les decepcionaba un poco. Anduve por el largo pasillo, sobre la alfombra de hule marrón. Abrí la puerta del cuarto.

Era como si lo hubiese sabido, como si viniera sabiéndolo. La oscuridad, la luz de la cama, ella como muerta en el lecho, o quizá muerta, el nembutal que tomaba para dormir, el barbitúrico, la verdad que le estaba madurando por dentro. Aquella verdad que yo esperaba. La muerte. Ésa era la verdad.

Procedí con una calma casi monstruosa, como si aquello no me importase nada. Trataba de comprobar si estaba muerta. Yo había estado fuera casi tres horas. Ponía en orden mis proyectos urgentes —el médico, la Policía (no, quizá la Policía no)— para saber lo que tenía que hacer primero.

El periódico, en el suelo, daba cuenta de la manifestación pro paz en Vietnam. Yo había escrito algo en un borde, con bolígrafo. Ya no recordaba qué.

El final del invierno en la calle, pasear en el frío de febrero, Renata, los automóviles de la media tarde, una mujer sola en la ciudad, todavía ese encuentro callejero, de novela antigua, su sonrisa o su mirada, aquella manera de entendernos, el morse de la especie, el código universal del sexo: era inevitable acercarse y conversar, primero había mirado sus ojos azules, su mirada de complicidad, luego las piernas finas, graciosas, quebradizas, y estaba parada junto a un quiosco mirando las portadas de las revistas, preguntando por la prensa de su país, el morse de la especie, como cuando Jeanette, este entenderse a distancia, universalmente, lo natural era ya acercarse y saludar, el no hacerlo hubiese resultado raro, quizá ridículo, y conversamos en seguida, hablaba el español graciosamente mal, era, vista de cerca, menos joven que de lejos.

Alemana, Renata era alemana. Uno está solo en mitad de la calle, pensando quizá en las mujeres que un día estuvieron, pensando en ellas —historia con grabados—, viéndolas en la memoria, no hay Jeanette, ni Bodil, ni Childe, ni Guill, es como si nunca hubieran existido porque no hay rastro de ellas en el frío de la calle, el pasado de uno mismo es un filme al que asistimos de vez en cuando, una película muda, algo que se recuerda sin emoción, con más curiosidad intelectual que palpitación vital.

Quizá no habían existido todavía, iban a ser más adelante, habían retornado ya al bosque compacto de Europa o no se habían desgajado de él aún. Renata empezaba a ser algo más que un abrigo azul para mí, un grácil abrigo azul, quizá de calidad barata, quizá de hechura un poco anticuada, nunca han vestido demasiado bien las alemanas; Renata tenía dificultades económicas, luego lo supe. Cambiábamos las palabras necesarias, como Señales de identidad, el chequeo mutuo, ligero, entramos en una cafetería. Renata llevaba su pelo rubio muy peinado, muy aparatoso, como las estrellas alemanas de la «Ufa» Marika Rok —¿con una o dos kas?—, aquel barroquismo del mal gusto alemán, un peinado rococó, pero le quedaba gracioso, espectacular, la sinuosidad del alto moño complicado, largos bucles cayendo como víboras de oro, y el perfil agudo, de frente despejada y nariz afilada, bella y perversa, la boca fina, pero con rebordes, el mentón en ángulo bastante cerrado, aquella sombra que había detrás del azul ingenuo de sus ojos, como el fondo negro que deja ver el agua transparente de los arroyos. Hablaba mucho, despacio y seguido, moviendo poco los labios, como en una continua confidencia, con facilidad.

Ardía la actualidad en las parrillas, un clima digestivo llenaba la cafetería, el enternecimiento de la mantequilla al calor, el suave pan como un pie comestible, gentes que iban al teatro o al cine, la merienda de la conciencia satisfecha, un mundo de tostada y batido de fresa, los mármoles de las columnas, todo entre salomónico y bizantino, una decoración indigesta, y el nombre del establecimiento, nombre de villorrio del Oeste con pistoleros, absurdo, abstruso allí arriba, despegado de aquella industria, de aquella decoración, una superposición de sugerencias geográficas, suntuarias, que no casaban unas con otras, que no se ensamblaban, los arquitectos y los decoradores habían llenado aquello de malestar para siempre con su impericia y su mal gusto, pero los ojos de Renata se abrían ya, engastados en el mármol y el humo, en la luz y el oro, como dos aguamarinas expresivas, como dos joyas con mirada.

Renata me contó sus viajes, sus inquietudes, su soledad por el mundo, lo de siempre: una mujer libre que no sabe qué hacer con su libertad. Tenía poco dinero. Pintaba unas cosas extrañas. Llevaba bajo el brazo una cartulina envuelta en una hoja de periódico, y ahora aquello estaba sobre la mesa, lo tomó para desenvolverlo y que yo lo viese: su última obra. Sobre una cartulina negra, la mano delgada de Renata, que ella movía como una ganzúa, había dibujado con plata un paisaje confuso, unos árboles, un fondo minucioso e imaginario. Aquello era, blanco sobre negro, como si me estuviese mostrando la radiografía de su alma, como si la estuviese viendo a ella por dentro, toda contraluz y noche, con brillos sin valor, con secretos de purpurina, qué pereza, qué cansancio entrar en aquella vida, enterarme de su historia, saber cosas.

Pero Renata era inteligente, contaba bien, aunque con mucha complejidad, había trabajado dando clase a unos niños; los padres no se entendían, un matrimonio joven, la esposa estaba enamorada de ella, de Renata, había otro tipo por medio, los niños eran muy desgraciados, la aventura española de esta alemana. Era evidente que íbamos a ser amantes, y esta evidencia me hacía desear más algo quizá no muy deseable, sentía miedo o fatiga de aquella intimidad, una mujer muy delgada, con su mundo de deseo bien apresado, la carne voraz que ella consideraría la encrucijada misma de su vida, el ápice de su ser Renata, y que era la misma clave de toda la raza femenina, de la especie entera, vivas y muertas.

Nada nuevo. Había como un cansancio, por mi parte, en el nacer de aquella relación, que sin embargo me proponía llevar hasta el final. Renata merendó algunas cosas, comía muy despacio, seguía hablando, miraba a las gentes que iban y venían, levantando la vista, sus ojos azules y sombríos, que se llenaban de la luz melosa y excesiva de la cafetería. Su mano muy delgada, anémica, sus dedos finos cogiendo el asa de la taza, las largas uñas pintadas y el perfume, el perfume, denso y erótico, qué tontería, dejarse ganar por un perfume, el perfume no es ella, pero yo respiraba aquello, la onda artificial de su cuerpo, que no era el clima de Childe ni la asepsia de Guill, sino un efluvio de mujer muy arreglada, como sólo se arreglan las alemanas y las españolas.

Sus ojos incrustados en la vida, aquellas dos aguamarinas llenas de malicia bajo el emparrado del rímel, las aletas crueles de la nariz, una maldad innecesaria —y por esto ya graciosa— en todo el rostro. Renata tenía la voz mimosa, a veces, y rozaba las palabras españolas con su mala pronunciación. Esto era lo más desnudo y atrayente de ella. Estuvimos luego en un club que resultó ser aquel donde Guill, en otros tiempos, en otra vida, en otra galaxia, vendía whisky a los extranjeros y conocía a un niño yanqui que se iba a morir al Vietnam. Yo estaba ahora del otro lado de la historia y formaba parte de una de esas parejas que se besaban en la sombra. Las chicas de la barra se reían con los clientes y no quería yo saber si entre aquellas risas estaba la de Guill, oh tiempos, tiempos.

La manera de besar que tenía Renata era una cosa científica, premeditada, artística, complicada, astuta, ávida, y tanta técnica no dejaba de desanimarme, porque el repertorio era como una biografía de la muchacha.

Nos fuimos a un reservado rojo, vacío, y allí me contó sus complicadas historias y siguió con su curso sobre el arte de besar a un hombre aunque sea desconocido. Yo me daba a recordar a Guill, aquellas noches de esperarla a la hora de cenar para ir con ella a la taberna sórdida, y luego lo mucho que nos queríamos en mitad de la calle, porque ya no me acordaba yo de mi cansancio, de mi tristeza, y el beso en la escalinata de piedra, bajo el neón rojo del pecado. ¿Tenía alguna razón para añorar a Guill en brazos de Renata? No, ninguna. Renata era más locuaz, quizá más inteligente, y no más bella, pero sí bastante atractiva.

—Pareces como distraído.

—Qué va.

—¿Te aburro?

—Besas maravillosamente, Renata.

—Oh.

—Dime. ¿Dónde has aprendido a besar así?

—Qué pregunta.

(Sí. Una pregunta de español amoscado. Lo de siempre).

—Perdona.

—No sé. Se aprende.

Y vuelta a empezar.

Guill vendiendo sus whiskies en la barra, sacrificándose, y yo aquí, en brazos de esta

desconocida. ¿Por qué hemos venido a este club? Sonaba la música, y era la vieja música de siempre, eran los únicos discos de la casa, aquellas noches, yo la esperaba sentado en una esquina de la barra, o en la calle, charlando con el portero del uniforme rojo o verde. (Quizá gris, pero la luz del neón lo hacía rojo.) Hay una nostalgia que no significa nada, que no nos enriquece, que es sólo nostalgia de cuando uno era unos meses o unos años más joven. Esta clase de nostalgia se afana como la otra, o más, nos trae todo lo que encuentra, escarba en los desmontes de la memoria, araña el pasado, pero es desgraciada y no da con nada que valga la pena. Una y otra vez, la acarreadora abre los puños ante nosotros, echamos una mirada sin demasiada esperanza y, efectivamente, todo son minucias, cosas que estaban bien perdidas.

¿Por qué recordamos aquello que no tiene ningún valor recordar? Ni la añoranza, ni el dolor, ni la simple asociación mecánica de ideas han tenido nada que ver con aquello, pero ahí está la película entera. No hay forma de que se detenga. Pues bien, toda la historia de Guill la tenía yo delante con mucha mayor minuciosidad que la deseada. Aquello que yo había vivido superficialmente, momentos sin ningún significado, quedaban ahora bordados por el recuerdo, minuciosos, precisos, mientras Renata me besaba y la música giraba en torno de su eje invisible de soledad.

Estuve a punto de preguntar por ella al camarero, sí, no se acuerda, aquella chica holandesa, Guill, muy simpática ella, sonriente, estuvo aquí, ¿cuánto tiempo hace?, pues no me acuerdo cuánto tiempo hace, pero seguro que fue aquí, ¿a mí no me recuerda usted?, bueno, usted debe ser de después, tampoco yo le recuerdo, y el tipo se amoscaba, pensaba, quizá, que me quería quedar con él, que no iba a pagar la consumición o algo así, mejor dejarlo.

—¿Y quién es esa Guill?

—Una chica. Una amiga. No sé qué será de ella.

—¿Española?

—No, de tu tierra.

—¿Alemana?

—Holandesa.

—Oh, pero holandesa no es de mi tierra.

—A mí me parecéis muy iguales.

—¿La amabas?

Iba a decirle que la amaba ahora, pero que quizá no la había amado suficientemente entonces. Sin embargo, tampoco era verdad que la amase. Renata y yo nos besábamos de una forma que no tenía nada que ver con el amor ni con la pasión ni con el erotismo. Era una cosa de obsesos jugando al barroquismo sexual. Yo empezaba a cansarme y tenía ganas de cenar.

Las aguamarinas, aquellos ojos, aquellas joyas con mirada, era una mujer un poco bruja, seguramente estaba llena de ritos, de misas negras, de exorcismos.

El azul del mar los días en que está azul, pero cruzado por sombras como escualos, o sombras de nubes, no se puede entrar en esos ojos, no se puede entrar en unos ojos, será el amor y los ojos seguirán luciendo, viendo el mundo azul que ellos ven, nocturnos como una noche muy clara, y se abrirán sin que yo haya estado nunca en ellos. Hay ojos con paisaje. La mirada de Renata era como un remanso de mar, una laguna de agua en medio del mar, un azul enlagunado, sí, un misterio accesible al que nunca iba a acceder. Quizá, todo el azul de mi vida dado en aquellos ojos, mañanas en el campo, cielo de suburbio, azul de iglesia en las tardes de mayo, el agua del estanque bajo un cielo muy claro, ese verano eternizado que hay en el azul, esa penumbra de interior con mucho sol fuera, el jarabe dulce de mi infancia, lo azul azulándose, azuleándose azuladamente en el azulina de su zeta de terciopelo.

Fuimos a cenar a un drugstore de Argüelles, con aquella juventud de pelo largo, libros y flores, un barroquismo ingenuo, de boutique, gente de ahora mismo, los veinte años,

nuevos y limpios, disfrazados de bella época, de decadentismo, de nostalgia, dibujos de arabesco, ropas de parada militar, melenas, la elegancia condescendiente de ellos y ellas.

Vivían la comedia, la farsa de aquella vuelta al modernismo floral de mil novecientos, la apoteosis de lo cursi, vivida ahora como broma, como juego. Adonde parecía que la cosa iba en serio, que el muchacho se había creído su papel, un guiño, un giro, de pronto, nos descubría la sentimental carnavalada, y todo se hacía delicioso. Cuando se tomaba aquello como tal, disfraz y adolescencia, un inesperado gesto de autenticidad, de fervor, podía dejar pensativo al observador: había allí más verdad de la que podía sospecharse; en todo caso, ellos y ellas habían descubierto un mundo de música y galantería, de colores y reverencias, de anacronismo y sastrería, que les preservaba de la guerra, las clases, el futuro, el miedo, los padres y los titulares de los periódicos.

Una vez, en Estados Unidos, muchachos como aquéllos habían peregrinado hasta el Capitolio, por miles, para pedir la paz en Vietnam. Iba a la cabeza una viuda negra y trágica. Aquella petición de paz había llegado tarde para el amigo de Guill, el niño rubio que bailó con ella una noche, antes de partir hacia la muerte, como un nuevo Yves. Ahora, los hermanos españoles de los manifestantes, los hermanos espirituales de Childe, los pacifistas, tomaban la última «Coca-Cola» de la noche en la barra del drugstore, a la sombra de los espejos borrados.

Renata, sin duda, no tenía demasiado que ver con aquel mundo. Renata estaba aún en las comedias musicales de la «Ufa», Marika Rok —¿una ka o dos?—, todo lo más Rommy en *Sissí*, para qué hablar. No creen en los políticos, ni en el diploma de papá, ni en los índices de producción de acero. Creen en las ropavejerías del mundo y en la música de sus contemporáneos ingleses. Childe había crecido al costado de esa música, en el Soho, y la música y la libertad, como un Támesis de luces y sombras, la habían llevado hasta mis brazos, hasta los brazos del negro de las colonias, hasta el nembutal, el bien hay que hacerlo, Childe, Renata, Renata-Childe, el bien hay que hacerlo, Childe-Renata, pero el mal se hace solo.

Estos muchachos no quieren hacer el mal. Creen en que también se hace solo el bien, creen en los alucinógenos y la velocidad, en el sexo y los colores, en la mica y la electrónica. Una manera provisional de huir al mundo de los mayores, a la guerra y los consejos de guerra, a los bélicos programas para la paz. Como cuando, de niños, nos escondíamos en el baúl de los disfraces, en el cuarto ropero, en el armario de los largos vestidos de cola, con miedo ya a los adultos, al colegio, a la vida.

Viven en el luciente cuarto ropero de la boutique y el drugstore. Alguien, un día, vendrá a buscarles para que salgan a pelear, a trabajar, a fundar una familia e instituir un comedor familiar, instaurar un living, inaugurar un despacho, pisar una moqueta, aceptar una lámpara como regalo de boda, abrir una botella, entrar en el bosque pericial y solemne de las hipotecas. No tendrán más remedio. El disco que ahora escuchan no dura más de tres minutos. Agotarán todos los discos, todas las discotecas, todas las casas grabadoras, y al final descubrirán que el disco gira a favor del tiempo, no en contra, y que se están concediendo prórrogas musicales de tres minutos. Les espera la plusvalía y el crimen.

Hubiera querido yo enredarme en su zarza joven, estar con ellos, entre ellos, vivir su engaño, pero iba con una mujer que era la vida cumpliéndose, Renata pidiendo, exigiendo amor, placer, el sexo como agresión, como arma ofensiva y defensiva, como dominio, el sexo como delito y el delito como respuesta. Yo había perdido la inocencia. Ya no me escondía, como ellos, sino que había salido a la vida a morir y matar en la vida o muerte del amor, ellas o yo, víctima o verdugo, la personalidad afirmándose precariamente a costa de un cuerpo dichoso y desgraciado, la antropofagia, el canibalismo, devorar vidas para sentir, siquiera tenuemente, la propia vida, la deglución como la única toma de conciencia posible, infligir mi placer a otra criatura, agredir con

esta posibilidad, soy más yo —y, sobre todo, me experimento más— cuando hiero, afrento, inflijo, y todo esto me es aceptado y solicitado: sólo en la aventura sexual puede darse la doble condición, la víctima gozosa, el victimario amante, me afirmo dominando con una dominación que se me implora.

Eso era todo. Después de cenar bajamos despacio hacia Rosales. El paseo estaba negro, lleno de luces silenciosas. Había un autobús vacío, parado, con todas las bombillas encendidas, junto a una fuente enana, de grifo dorado y casi arrancado, como todavía quedan algunas en la ciudad. Los hombres del autobús andaban por allí cerca arrojando sus gorras al aire, quizá tratando de cazar murciélagos con ellas. Hacía frío y la fronda del parque se llenaba de rumores y literatura. Más allá, más abajo, todo como prendido en las zarzas altas del parque y entre las copas de los árboles, los temblores de la línea férrea, el pitido doloroso de un tren, el brillo de los raíles, como un río, y luego el río verdadero, más abajo, cabrilleando su pobreza en la noche.

Las sillas de las terrazas, muertas y solas, un campo de batalla sobre el que llegaba, sutil, la primera escarcha. Los automóviles aparcados en batería, un taxi lento, silencioso, con su luz verde, y los altos edificios de Rosales, ventanas encendidas a la intimidad, los toldos de rayas verdes, tensos desde el verano, desenrollados desde el último atardecer de estío, inútiles en la noche, y una pareja besándose en un banco de madera. Caminamos entre los árboles, con paradas frecuentes, y allí fue el amor callejero, el amor del arroyo, friolento, inesperado, un rescoldo de calor protegido entre dos cuerpos, como una llama vacilante, la intimidad de Renata, su suavidad ofidia, una agresión hambrienta y mareada, cálida, con toda la noche a la espalda y cuatro ojos cerrados, rojos por dentro, repentinamente frescos y despejados.

La bota. La bota negra, alta. La bota como una tortuga enlutada, como un tanque negro, como una plancha de sastrería para los muertos, con el carbón apagado, ataúd para el pie muerto. Bota negra y brillante de cojo embetunado. Cuero, madera, corcho, pie podrido. El cojo embotado en su bota de betún, brillante como un coche fúnebre, tersa, tensa.

La bota negra que se movía pesada, con voluntad de ligereza, con escorzos, torpe y segura, plancha de planchar la cola fúnebre de la tarde sobre las baldosas. Plancha de mortajas, lutos, teñidos, entierros. La bota. Pisaba silenciosa, blandamente, aplastando cucarachas invisibles, la bota, cucaracha ella, crecida, abultada, alta cucaracha que se ha comido un pie descuidado y tiene ahora forma de pie, lleva el pie dentro.

El hombre del pelo brillante y ondulado se llevó a Guill. Tenía el tipo unos ojos y unas ojeras que fingían una maldad golfa, mundana, viciosa. La otra maldad, la verdadera, la dañina, estaba detrás, como detrás del antifaz de la maldad convencional y carnavalesca. Hacía la comedia de la maldad simpática, y detrás estaba lo otro: la avaricia, el miedo, el crimen, la sangre, el adulterio, el vicio, y sobre todo la ruindad y la mezquindad. El jibarismo espiritual que podía empequeñecerlo todo, el amor, la vida y la muerte, el dinero, la amistad, la historia entera del hombre.

Entre él y su mujer se habían llevado a Guill.

La bota-plancha, la bota-tortuga, la bota-cucaracha, la bota-ataúd, debía estar en algún sitio, quieta, con un brillo como un sudor negro, como la peana maldita de aquel hombre de bigote y anís, el escaño fúnebre donde se aupaba, el escalón que le ponía a la altura del ser humano, peldaño de luto, tramo siniestro.

Los perros, los gatos, las tortugas, los insectos, los pájaros, las lagartijas, el miedo. Se habían ido y yo estaba allí, solo, acompañado, sintiendo que la noche entraba a rosca en aquel patio interior, sórdido, y que los bichos, en torno mío, se llenaban de esa lucidez y ese brillo de ojos que les da la ausencia del hombre y la lujuria.

La bota se había ido y volvería, silenciosa, consciente, pisando despacio, respetable como un túmulo funerario, catafalco de un pie, planchando la larga cola del pasillo. Volvería la bota a mi lado como el morro ciego de un animal de cementerio. Guill, Guill, aquella niña de Birmania, la Holanda de después de Hitler, los juegos en la calle, las oraciones, el padre de la barba, un desconocido místico y poco amado, el amanecer de Amsterdam, con mar y bicicletas, los relojes, y la vida de ella, independiente, trabajadora, las noches del apartamento estudiantil, el café con leche, el té de los homosexuales, el amor como una higiene, como una gimnasia, como una dietética, y de pronto Yves, el francés niño y frágil, el chico Volador, la pasión y la ternura, su maternidad reprimida, los fríos ojos verdes llenándose de lágrimas por alguien, como nunca desde los llantos infantiles.

Ahora, lejos y cerca de mí, sus ojos se endurecen para siempre, se le queda la mirada de basalto por los siglos de los siglos. Nunca más podría soportar esa mirada, esa dureza en la que lloran madres, ese llanto ámbar congelado para siempre. Nunca más podría, nunca más podré. Pero ha de venir, ha de volver, huía del recuerdo de Yves, aquel puñado de tierra coloreada en un cementerio francés, el gran hachazo de la vida, quería se libre, olvidar, convertir el dolor en un dije.

Nos encontramos en aquel verano antiguo, en aquel cielo nublado, cuando había velas amarillas y rojas en el mar de plata, y paseamos toda una noche al costado de los barcos dormidos que habían llegado de puertos remotos, y la mano de ella, firme y leve, había acariciado el hocico negro y dócil de los trasatlánticos, de los cargueros tristes, de las bestias silenciosas y marinas, mientras su corazón, pasando de un buque noruego a un destructor inglés, decidía amarme, ser mío, olvidar en mí, enhebrar su vida en la mía. Guill en aviones nocturnos, en aquel apartamento frío, en casa del fotógrafo, lecho revuelto, amor difícil, en la pensión de los espejos llorosos, en su club de whisky y penumbra, poniéndole hielo a las bebidas, hielo tintineante con la alegría

falsa de la noche. Guill en su casa del río, las batas de la madre, postales de Birmania, música de *Morir en Madrid*, y su desnudo sólo de línea, la doble media luna de su senos, cráter quemado por el tabaco negro, español, violento.

La taberna con manteles de hule, donde habíamos cenado a veces. Sus ojos miraban al techo, ahora, quizá, al techo de aquella casa, con sombras de moscas y de moscones agrandadas por la luz de las lámparas, proyectada hacia arriba. Y se iban endureciendo, se iban llenando de un pasmo que ella no podía sospechar. Creyó que el dolor terminaba en la muerte de su madre, pero había un doble fondo para la muerte del muchacho, de Yves, y aún otro fondo secreto para su decepción por mí, y aún otro fondo, otro escotillón de negrura que venía a dar aquí, y sus ojos verdes sonaban cada vez más abajo, más sumergidos en el mal, en el dolor, en la muerte. Ella, niña de Birmania, adolescente de Amsterdam, creía que el mundo se resolvía en democracia y parlamento, con una reina simpática para saludar los domingos por la mañana. Creía que todo el mal se había apagado con la muerte de Hitler. Que el mundo estaba en orden, sensato y frío. Ahora sabe que el mal no tiene fondo, que el mal es la existencia, y se convierte en una estatua frígida y se vuelve loca de una locura silenciosa, hermética, implacable.

La bota negra pisaba en algún sitio.

Los perros largos y blandos son perros con cuerpo de serpiente, son el reptil canino, y me miran fijamente, como miran las serpientes, y me acercan su hocico como para picarme, más que para morderme. Son perros desmelenados como una mujer tísica y mala, y a veces tienen ojos tabaco de mujer viciosa, y me miran como miran algunas mujeres, entre los bucles de la melena. Los gatos son marrones, oscuros, creo que son marrones, de ese color de chocolate mordido, como el interior mate y muerto de una revenida pastilla de chocolate. Los gatos están hinchados y la barriga les crece hasta el cuello, haciéndoles un buche cebón de paloma monstruosa. Los gatos tienen unas orejas tiesas, con las puntas negras, quemadas, y del interior de las orejas les sale una pelusa blanca, como si se hubiesen comido una paloma y les saliese por allí el plumón. Los gatos tienen una mancha negra en la frente, entre los ojos, que es como un signo, una marca, una afrenta, una quemadura, y los ojos, muy separados o muy juntos, son unas veces redondos y otras veces oblicuos, y desde ellos me mira un chino o un loco, alternativamente. Los gatos tienen los ojos llenos de pavor y de lujuria y, mirándoles fijamente al fondo de la pupila, todavía puede verse allí el pasillo del crimen que presenciaron, la gatera por donde huyeron, la mujer muerta que les miraba a los ojos mientras la devoraban.

Los gatos me miran con odio y me acarician con su cola, su gruesa cola negra, en un juego alternativo de amenaza y halago que me desconcierta, me asusta y me repugna. El rabo del gato, mientras yo le miro al bicho a los ojos, es como una quinta mano que se alarga para acariciarme, una mano toda de pelo y de pluma, con un nervio oculto.

La tortuga camina interminablemente hacia mí. La tortuga es una piedra oscura y vieja a la que le han salido unas patas y una cabecita con ojos de mineral. La cabeza de la tortuga es ovalada y pegajosa como un pene anciano, gris, tumefacto, muerto, como un escamoso pene con dos ojitos y una boquita, una boquita prepucial con dientecillos diminutos y dañinos. La tortuga avanza con unas patas como percebes y si levanta la cabeza para mirarme puedo morir de espanto. Su caparazón antiguo, su casa de pizarra y conchas, su solideo duro, camina hacia mí despacio, muy despacio, con botes breves, con caídas, con derrotas y temblores imperceptibles. Los pájaros.

Los pájaros están en sus jaulas como alfilereros que tienen clavados dolorosamente los dos alfileres negros de los ojos. Los pájaros son unos alfilereros amarillos o grises o rojizos que al clavarles aquellos alfileritos crueles de los ojos han empezado a chillar y han echado unas patas finas y engarfiadas. Los pájaros palpitan debajo de sus alas, como si más adentro llevasen dos bracitos que mueven bajo el capotón de esas alas,

capotón gris de soldado o amarillo de obrero metalúrgico. Los pájaros tienen unos picos blancos y rosa, ligeramente curvos como la punta de unas tijeras de uñas.

Unos picos crueles, duros, tiernos, y dentro una lengua, un hilo de lengua como una semilla roja o una aguja en su estuche, en su cáscara.

Los pájaros tienen una pechuga blanca, palpitante, llena de semillas y de trinos, llena de erotismo y de gritos. Una pechuga satisfecha y anhelante, por tiempos, de señora que tiene a las hijas muy bien casadas y a los hijos muy bien situados. Los pájaros son inquietos, histéricos, ruidosos, como un pequeño corazón emplumado y libre, saltarán, como una víscera independiente, viva, latiente, y tienen unas patitas finas, desesperadas, alambre rojo y negro que se engancha a la vida, a los palos, a las barras de la jaula.

Los insectos no son nada. Los insectos son sólo una picadura, un hormiguelo, un zumbido, una mota de polvo que vive, un punto en la retina, un átomo sucio, una musaraña que nunca llegará a araña. Una araña que nunca llegará a arañar. Y las lagartijas, las viborillas, un estremecimiento en la pared, un escalofrío entre los ojos, un repente verde, una perspicacia entre las hojas de las macetas. Todos los bichos son el caninofelinomoluscoanfibiointoofidio. Todos los bichos son el bicho. La materia encrespada en ojos y garras. La vida con alas y pico. La repugnante célula, el moco genital, esa cosa agresiva, vigilante e irracional de la existencia.

Allí, en aquel encantamiento de animales y plantas, entre las dos sombras con sexo, estábamos ella y yo. Guill y yo, y la muchacha había descubierto de mi mano —¿por qué de mi mano?— todo el horror último de la vida, la rebañadura del mal, esa sonrisa viscosa del dolor en su último momento que se hace ya tanto más intolerable que el dolor mismo, como la sonrisa con bigotillo del hombre cojo, del hombre de la bota. Vaya, pues parece que han tenido ustedes suerte, ahora lo que hace falta es que todo vaya bien, nunca se sabe, tranquilidad y que sean muy felices, son ustedes muy jóvenes todavía, no saben lo que les queda por delante, cuidado con el escalón, siempre lo advierto, es porque a veces una va distraída y. ¿Por qué de mi mano?

El mal, ya, siempre, para ella, seré yo, será esta tarde hermosa e inocente en la calle, el taxi, la escalera, o quizá pasará algún tiempo y lo encontrará todo muy normal, muy sensato, y entonces será que el mal está ya en ella, asimilado, que se ha integrado en la inmensa conspiración de la materia criminal, la materia de origen, que vive devorando y produciendo vida, generando sus propias víctimas. El mal se hace solo, amor, una vez lo anoté en algún sitio. La vida se encrespa en pájaros, perros, gatos, en uñas y dientes, o muere estrangulada, o pasa al cuerpo de Guill para adoptar las formas más nobles, puras, altas, graciosas, limpias y solas.

Pasa por nosotros la lenta ola densa, sucia, nos modela un momento y luego nos borra, nos olvida, toma otras formas. Sólo los ojos fríos, duros y verdes de Guill no parecían materia. Parecían una abstracción quieta y fija, clara, por donde resbalaba inútilmente nuestro lodo. La muchacha ni siquiera lloraba.

Guill. Su mano en la mía. Una mano un poco más pequeña que la mía. ¿Por qué? Lo justo para que un puño quepa en otro puño. La naturaleza lo ha hecho así. Eso que a ella le falta, ese perfil más recortado de sus cinco dedos, esos centímetros de estatura, de tamaño, esos escasos centímetros de menos, son los que imploran protección, los que piden abrigo. Ella es un poco menos que yo, su mano cabe en la mía, su pie da el paso imperceptiblemente más corto que el mío, sus ojos han de auparse un poco para ver lo que yo veo. Esa ligera escasez de la mujer, ese haberse quedado un poco corta, es el gran reclamo, la gran llamada, la imploración graciosa y tácita de la Naturaleza.

Su mano en la mía. Un poco más breve. Lo justo para que un puño quepa en otro puño. Lo suficiente para que se provoque una protección, una corriente de hombre a mujer, de amparo a desvalimiento, pero se soltó en seguida. ¿Por qué, a nuestro lado, este ser gemelo y un punto más desvalido? Él provoca toda la bravura de la vida. Pero

se soltó en seguida. No quería nada con su pasado. Salimos a la calle.

La noche era suave y estaba llena de gente. Había esa profunda castidad de leer el periódico o tomar un vaso de vino y era como si el sexo no hubiese existido nunca en la especie. Ni el sexo ni la muerte. Redimidos, castos, los hombres y las mujeres vivían bajo el cielo con estrellas de arrabal y el negro erotismo de la Humanidad me parecía un mal sueño del género humano, una fantasía sucia que nadie más que yo había soñado. Guill caminaba de prisa, un poco delante de mí.

Iba muy erguida, iba sola, realmente. Algunas gentes, reunidas en tertulia callejera sobre la terraza de un bar, nos miraban al pasar. Y yo, un poco rezagado de la muchacha, debía parecerles el conquistador de esquina, el perseguidor de la extranjera sola, el donjuán de arroyo.

Caminamos por aquellos barrios, entre la gente ruidosa y alegre que, de pronto, quedaba en silencio, en anchas zonas sobre las aceras y las plazoletas, como esos instantes de mutismo que tiene el mar. Pasaban tranvías y coches, cantaban unas niñas, predicaban los televisores, alguien moría en un quinto piso con todas las luces encendidas, los bares y las cafeterías le hacían la guerra, con su tumulto, al silencio verde de los hospitales. Era una gran noche cotidiana del verano madrileño. Guill, la espalda y el cuello erguidos, la nuca un poco inclinada, los ojos fijos en el suelo, un poco por delante de ella, los brazos quietos, caídos a lo largo del cuerpo, ligeramente doblados por el codo, pero rígidos, echados los hombros hacia atrás, levemente, aquella manera tan suya de andar, las largas piernas firmes, el pie seguro, con una gracia seca, nórdica, nada latina ni juguetona. Se cerraba sobre sí misma. Caminaba. Estaba lejos de mí.

En un paseo nocturno, hacía tanto tiempo, a la orilla del mar, por los muelles, junto a los barcos negros del mundo, yo había sentido cómo la muchacha hacía camino hacia mí desde su lejanía infinita.

Ahora, en cambio, en este otro paseo, la sentía alejarse. Era un aerolito, un cuerpo astral que se me distanciaba a gran velocidad. Alguien ha descubierto ya en el universo una velocidad superior a la de la luz. Esa velocidad estaba ya, experimentada, en el ser humano, en sus raudos desplazamientos interiores. Pero si, sobrepasada la velocidad de la luz, el cuerpo se desintegra y la materia se hace luz a su vez, también Guill, quizá, sobrepasada aquella velocidad, desaparecía de mi vista, y lo que yo estaba mirando era su imagen en mi memoria.

La muchacha ya no estaba. Todo fue fantasmal cuando se detuvo para hacer la señal a un taxi. El coche estaba ya a su lado y el taxista se estiraba hacia atrás, por encima del asiento, para abrirle la portezuela desde dentro. Había adivinado, con la experiencia del oficio, que nos despedíamos allí, que ella iba a subir sola al coche, y ensayaba ya esa primera galantería a medias que todavía tienen con la mujer sola, posible, algunos taxistas madrileños; Miré al tipo con cierto odio desajustado e injustificado. Era joven. Guill se volvió para mirarme muy frontalmente a los ojos. Su mirada verde, cerrada, por última vez. Era una caja de jade, un cofre verde, algo ambarino y hermético, lo que había en sus ojos. Ni reproche, ni despedida.

Quizás, en sus profundas ojeras, un gran dolor, un largo sufrimiento, pero nada en la mirada. Dijo adiós sin palabras. Su boca fría y gruesa se movió en silencio. Los anchos pómulos, el pelo duro, estoposo, adorable. El cuello un poco rígido, largo. La deseé violentamente, extemporáneamente. Pero dejé ir su mano seca, un poco más pequeña que la mía. El mal, Guill, se hace solo. El mal no soy yo, nadie es el mal. Somos un instrumento, Guill. Te juro que no tengo miedo de ser el demonio, como aquel personaje. El demonio sería una hospitalidad para el mal. Su encarnación, su resumen, su sosiego en forma humana o infrahumana. Qué consolador, Guill, el demonio. Pero el mal es el aire, la noche, la vida, deja sus cabos sueltos en todas partes. Tú todavía crees, niña de Calvino, aunque tan agnóstica, que el mal está a la izquierda y el bien a

la derecha. No es eso, Guill.

El mal es que haya izquierda y haya derecha. Que haya aquí y allá, tú y yo, esto y aquello. La diversidad combatiente del mundo. Te juro que no, amor. Pero no le dije nada y subió al taxi, que apagó su luz verde, y pensé que cuando esa luz volviese a encenderse, en algún punto de la ciudad, y el coche tomase otro viajero, nuestra historia habría terminado definitivamente. Se fue y no iba a verla nunca más.

Caminé despacio por una calle en obras, salté montes de arena, crucé zanjas, pisé charcos secos, y un descampado de luces y noche, de viento y silencio, me iba despejando la cabeza. Me sentía liberado de algo. De los animales dulces y peligrosos de aquella casa. De los ojos fríos de Guill. Liberado de mí mismo, quizá. Y este desdoblamiento sí me produjo el frío y el miedo de ser, de no poder ser jamás el demonio. Sonaban en la noche, traídas por el viento a ráfagas, dispersas verbenas lejanísimas que se cruzaban por el cielo su morse de farolillos y música. La intemperie olía a fogata de verano y a hombre recién muerto.

Bodil y yo, no bajando una escalera, sino subiendo en un ascensor, a media tarde, sofocados, hacia la casa vacía, volcada, sucia, con las papeleras llenas de corbatas viejas. Su carne tumefacta, rumbo un festín para el erotismo de los pájaros. Abrí la puerta leve del piso con esfuerzo, empujando con la hoja de madera todo lo que había detrás: polvo, sillones rotos, camas derruidas, jarrones llenos de papeles arrugados. Entramos levantando mucho los pies para no pisar todo aquello.

Había en el suelo, cerca de la puerta, papeles blancos y azules, avisos del gas, del agua, del teléfono, de la electricidad, que habían entrado por la rendija, que habían quedado allí, correctos e inútiles, rectangulares, mientras el cobrador seguía su camino, su ruta sudorosa escaleras arriba o escaleras abajo. En aquel vestíbulo negro, en cuya sombra blanqueaban desnudos de escayola en miniatura, una ventana con visillos de telaraña y polvo, que daba a un patio interior. En la pared de enfrente, al otro lado del patio, una mujer gruesa planchando en una cocina con hules de cuadros rojos y blancos. Nunca debía mirar aquella mujer hacia la casa vacía, hacia, la ventana cerrada. No había nadie dentro, claro, de modo que nosotros éramos en aquel momento eso que hay en las casas donde no hay nadie. Esa musaraña todavía no humana que se mueve en la penumbra de los pisos vacíos con las librerías volcadas sobre la alfombra. Llevé a Bodil de la mano por el pasillo.

Todo estaba hundido, ahogado, roto, y un hacinamiento de ropa cegaba el baño, y unas fotografías sonreían en el suelo. Nos asomamos a una habitación con mucho sol donde había una cama con los muelles fuera, como gritos. Aquello debía haber sido un cuarto de estar. El sol pegaba fuerte sobre el tapizado de los muebles. Era el sol de las tardes tranquilas, familiares, que ahora sostenía en vilo columnas de polvo. Vimos algunos libros debajo de la cama. Libros abiertos, lectura empezada, abandonada en el sopor de la siesta, con aquel sol. ¿Quién había entrado con un hacha en todo aquel sosiego? Por el balcón se divisaba un gran patio con árboles, fachadas lejanas y tejados.

Pero nuestro destino era el dormitorio. Bodil, que iba de blanco, tenía ya en su vestido el negativo de todos los objetos de la casa, la huella de polvo que le había dejado cada cosa. El dormitorio era cuadrado. Tenía una ventana rectangular encima de la cama, por la que entraba también un gran sol. Bajé la persiana de madera, que se descorrió trabajosamente, con atranques en el polvo, en el barro, en el yeso seco. Aquella persiana hacía un ruido duro y protestón de cosa que ha olvidado su función. La cama estaba escorada y tenía encima un bulto de ropa sucia, de mantas viejas, que podía esconder el cuerpo encogido de la estrangulada. El armario de luna tenía la puerta abierta.

Había un espejo de regular tamaño, en la pared, moteado de islitas de suciedad, de agujeros en el azogue, como un mar de los Sargazos. En aquel espejo nos veíamos rostro de lepra, cuerpo de lepra, mejillas con bubones, y la carne tumefacta de Bodil, su desnudo apretado, su magnitud, se llenaba de agujeros, epidemias, pestes, males sagrados, en aquel espejo de la pared. En la habitación se respiraba suciedad, olvido, sudor frío de muchos cuerpos, un olor a días.

Bodil estaba menos llorosa que la primera vez, más irónica, no del todo desazonada, y le gustaba aquella intimidad, aquella soledad sin encargada, aunque le hacía unos ascos muy europeos a la suciedad del sitio. Dejó su ropa blanca donde pudo, colgada de clavos inverosímiles, de las esquinas de los muebles, para que no se le llenase de polvo.

En el lecho, con el pelo suelto, la gran orgía rubia de su cabellera, volvía a ser la posibilidad descomunal, el cuerpo catedralicio, la cantidad. Bodil, la cantidad y sólo eso. Estuvo cínica y egoísta en el amor. Me coloqué de forma que podía observar en el espejo leproso la fiesta iniciada, el rito violento, aquel cuerpo como un friso en movimiento.

Ahora, sus cartas lejanas, espaciadas, desde Oslo, cartas que no contesto. (Porque había en su cuerpo como varias mujeres agazapadas, desnudas, arropándose unas a otras, que aparecían y desaparecían según la postura que ella adoptase; un cuerpo, sí, que era como todo un friso vivo.) Las primeras aventuras y el amor. Se había casado con aquel estudiante bueno. Estudiaban, trabajaban, vivían y se amaban en aquella casa de las afueras de Oslo, que yo me obstinaba en imaginar de madera, de leños cruzados, con nieve en los intersticios. Cuando ella le contó lo nuestro, el tipo dijo: «Esto es un maratón. Me estás sacando ventaja. Tendré que buscarme algo.» Y eso fue todo. Buen chico. Ahora acarrea leña para el duro invierno. Pasea por el bosque ya frío mientras su esposa yace en esta cama de tres patas. Son transparentes uno para el otro. No hay nada que se interponga entre ellos. Él nos está viendo como ella le ve a él. Ella ve el bosque con las primeras hojas caídas y él ve el sol de España y el desnudo alegórico de su giganta.

Yo estoy entre esas dos claridades como un nudo de confusión, de penumbra, de engaño. Esto me pone incómodo, pero también me divierte. Creo que no me importa nada este matrimonio. Soy como un fetiche africano para ellos. Ahora, las cartas de Bodil, inteligentes y burlonas. Escritas sobre un papel de nieve otoñal noruega. Siguen su vida de intimidad, estudio, chimenea y sexo. Un día, dentro de algunos años, uno de los dos se suicidará limpiamente. No habrá podido soportar tanta felicidad.

Cuando Bodil decidió venir a España, a pasar aquí unos meses, unas vacaciones, lo hacía huyendo ya del suicidio, quizás, huyendo de la felicidad limpia y ahogante de su hogar. Aquellas gentes han ordenado la vida, tienen la casa en orden, la salud vigilada, los libros en la estantería, el futuro hecho, el frío y el calor acondicionados, y tienen además una chimenea de leños para conservar la sensación aventurera de un dulce riesgo, como si aquello fuera su única defensa contra el hielo de los bosques.

Tanta quietud, tanto orden, tanta rutina no encubren nada. Allí están ellos, Bodil y su estudiante, amándose sobre superficies lisas, tomando la sauna, mirándose sudar desnudos, viendo cómo sus cuerpos se van deshaciendo, licuando, descomponiendo en colores verdosos. La sauna es su otra forma de comunicación máxima. En la sauna no leen, ni conversan, ni estudian, ni hacen el amor, de modo que se miran y se miran, se ven desnudos, no para el erotismo, sino para la higiene, y sus cuerpos asépticos se van llenando del barroquismo de la exudación, de las luces, las gotas, los colores, los volúmenes del agua sobre la carne. Ya no son anatomías limpias, sino que toda la impureza interior, todo lo opaco, lo no dicho, se vuelve del revés y se manifiesta.

Creían ser de cristal uno para el otro, vivir con dos corazones de duraluminio, y resulta que en los largos minutos de la sauna se van tornando criaturas de Rubens, carne atomizada, energía suelta, desintegración, magma. Como el Adán y la Eva de los retablos barrocos. Desnudos y llenos de protuberancias. Un Adán y una Eva arios, como nunca los habíamos pensado. Se miran, sí, como en los bajorrelieves de los coros, berruguetianos, uno de los dos tiene en una mano la pelota de goma de haber jugado en la piscina o en la nieve, como una manzana. Bodil y su marido, el estudiante rubio, ya no son tales; son dos formas del Greco que se alargan y se contraen en la bruma de la sauna, en una atmósfera blanda e irrespirable entre los estíos acumulados, las tormentas quietas, los calores superpuestos, el vapor.

Se miran a los ojos llorando el falso llanto del sudor de la frente que cae hasta las mejillas, y viven así las tragedias íntimas, los dramas familiares que no va a haber nunca en su familia breve y racionalizada. La sauna. El calor. El vapor. El silencio. Un reloj que cuenta despacio los minutos como gotas de sudor. No tienen nada que decirse. Se sonríen. Ella ve el cuerpo de él, tan seco, tan de madera del bosque, con los hombros un poco bajos, la cintura borrada, el vientre de yeso. Ve aquella carne blanca y rosa como un árbol que el rayo ha cortado limpiamente de arriba abajo, y sólo los remansos de vello son como chamuscaduras en el amarillo longitudinal. Ella

recuerda cuerpos morenos, cinturas casi femeninas, bosques en el pecho, muslos de arcángel gitano.

Él la mira a ella y ve ese cuerpo gigantesco como yo lo veo ahora, con la lepra del espejo y la tumefacción de la sauna, la lámina brillante del sudor tensa en los pechos, en los muslos, y no sabe decirse a sí mismo que aquel deseo insípido, aquella unión técnica y breve, aquel amor sin descubrimiento no son la biografía sexual de un hombre.

No son felices.

Pero creen serlo. Salen a la nieve exterior, pisan el frío, corren y juegan, se llenan de una excitación más olímpica que erótica. La sauna. Allí, bajo aquella luz nocturna, cuando el sudor la iba volviendo del revés, el calor y el vaho, empezó ella a soñar con la libertad, la lejanía, el sol, España, un lecho sin nieve, un cuerpo oscuro, un hombre como un enigma, violento y dulce, lejano, no ya aquel estudiante de sonrisa buena, de ojos niños, de pelo feo y manos torpes.

El vapor y el silencio. Los largos minutos de la sauna. Los dos cuerpos frente a frente, sin deseo, como una purificación que les dejaba más translúcidos el uno para el otro. Pero la catarsis era a ojos vistas. Todo el excipiente interior del alma resbalando por las caderas, por los muslos, hasta los pies grandes y nobles.

Se sinceraban en el sudor, se desnudaban de los velos últimos de la carne, que caían húmedos a sus pies, se depuraban de recuerdos, silencios, olvidos, deseos, no de engaños, porque no estaba en su naturaleza el engaño. Era una limpieza inhumana, ni arcangélica ni diabólica. Los ángeles y los diablos son complicados, barrocos, turbios, tienen verdín de piedra de catedral, alma de gárgola, estofado de siglos, alas de polvo, plumas de carcoma, impureza y materia que les humaniza. Ellos sudaban todo eso en la sauna, como lo suda su raza, como lo sudan las claras razas del Norte, noche tras noche, hasta quedar vegetales como pinos sin resina. Toda la lenta resina de aquellos dos cuerpos rodaba hueso abajo, hacia el suelo, y un olor soso llenaba la sauna.

Razas que han perdido el estofado, el revoco de la cultura y la historia en la purificación diaria de sus saunas. Huestes rubias y rudas de una humanidad higiénica que ya no tiene nada que ganar ni nada que perder. Ellas, las europeas, mujeres deserotizadas, desproblemizadas, desfeminizadas en la catarsis lenta y cotidiana de la sauna. Ya no confiesan sus pecados, como los latinos, sino que los sudan. Es el cuerpo el que se confiesa directamente, puesto que él es el gran pecador.

Como una confesión, sí, como una muda y larga confesión de la carne, tan lejos ya de la vieja sauna espiritual del confesonario. La carne abriéndose porosa, y el cerebro abriéndose, también, como una flor gris, dando todo su excipiente, derramando su licuada riqueza. Quedan, quedaban vacíos, limpios, reversibles, nuevos, sin tesoro interior, herramientas de acero para el trabajo en acero, como los quería la moral calvinista-capitalista del industrialismo, tal y como los viera, saludables y alienados, la perspicacia de Max Weber. Ella, Bodil, no había leído a Max Weber, aunque leía mucho en sus noches noruegas. Y ahora, en España, ni siquiera había vuelto nunca por una sauna, de modo que la falta de higiene interior la iba enriqueciendo por dentro de historias y deseos, de engaños y exudaciones, y su carne se iba humanizando paulatinamente, en el espejo con lepra, de dentro afuera.

El cuerpo sudoroso de Bodil, este sudor de la tarde de verano madrileña, el sol detrás de la persiana, haciendo crujir las tablas, el calor del lecho, un sudor que no es el de la sauna, aromático y balsámico, sino que hiede a pecado y suciedad, a adulterio y crema bronceadora.

—Tengo hambre —me dijo de pronto.

Su cuerpo enfangado en los sudores largos de la sauna y el sexo, salía de los paraísos del erotismo, y ella me decía, con su sentido pragmático e irónico, que tenía hambre. Había cortado en seco la caricia, el amor. Tenía hambre y decía lo que nunca hubiese

dicho una meridional. Aquello no era un rito sagrado para ella, ni un misticismo ni una magia. Aquello era una función fisiológica que venía a provocar otra función fisiológica: el apetito y la deglución. Bodil había destruido la fábula.

Su cuerpo como un friso había llenado de imaginación viciosa la estancia, el lecho, la penumbra, el espejo, mas ahora ella tenía hambre y no quería seguir allí, no necesitaba seguir allí, porque la casa no ofrecía, evidentemente, muchas posibilidades alimentarias. Había que salir a la calle. Aquello era lo que hubiera podido llamarse «una indelicadeza», en el lenguaje cursi y certero del español medio. Una indelicadeza que el noruego, la noruega, educados en esa otra cursilería de la higiene, la dietética, la sinceridad y el agnosticismo, no podían comprender.

Bodil tenía hambre y eso era todo. Su imaginación no iba más allá de su cuerpo, y ella no sabía cuánta imaginación había tenido que derrochar la Naturaleza para imaginar un cuerpo como el suyo. Bodil no contaba con la imaginación como fuerza secreta que prolonga las células, mueve los eones y ordena el átomo. La imaginación de la materia es una última pasada que la Naturaleza le juega a la Ciencia todos los días, pero Bodil no estaba en esa ciencia lírica de los últimos ateos con bata blanca, sino en la ciencia pragmática y mecánica que le organizaba la vida en Oslo, aun cuando presumía ante mí de que Noruega era la Andalucía del Norte, frente a la asepsia danesa, sueca, holandesa. (Holandesa, Guill, la asepsia de tu cuerpo sólo línea, ido para siempre o todavía no ido.)

—Pues venga, vámonos —le dije.

Nos vestimos lentamente, nos peinamos en el espejo leproso y salimos de allí en busca de comida. Ahora había que alimentar el cuerpo enorme de la giganta, que ya estaba satisfecho sexualmente y pedía alimento.

—Es natural que tengas hambre. Yo también tengo.

Mentí. Por aquí encontraremos algo. Ya verás. Había que calmar el tamaño de aquel cuerpo, la voracidad dinosaurica de la hembra. Es sólo merendar un poco, dijo. Sí, claro, en seguida se te ha quedado la costumbre española de la merienda. Bueno, como tú quieras. Arriba había quedado el piso sombrío y revuelto, aquella sinagoga de polvo y silencio.

—Aquella sinagoga de polvo y silencio...

Cómo dices. No, nada, hago literatura. Llevábamos en la piel, sin duda, la lepra del espejo, las pestes, las epidemias, las varicelas del espejo, y la gente nos miraba por la calle como apestados. ¿Te has dado cuenta cómo nos mira la gente? Como apestados. Caminamos largo rato, porque yo no tenía ganas de tomar un taxi, ni un autobús, ni un «Metro». Llegamos a un barrio más céntrico, más brillante, y como las mujeres tienen la virtud camaleónica de identificarse en seguida con el medio, Bodil dejó de ser la mendiga nórdica, sucia de besos y sudor, y se convirtió en una bella señorita alta y rubia a quien todo el mundo miraba por su cosmopolitismo. No saben que vienes de la sauna, de aquella infecta sauna con ratones y espejos enfermos.

—Ratones y espejos enfermos. Voy a ponerlo en cursiva.

—¿Cómo?

Así. *Ratones y espejos enfermos*. Ya está. ¿Te parece que entremos aquí? Vale. Y entramos. Era la supercafetería, el lujo, el cristal negro de las puertas, la célula fotoeléctrica, el mármol, la supertartita de supernata. Un sitio inmenso como un comedor de transatlántico que hubiera crecido y crecido hasta convertir todo el transatlántico en comedor. Te gusta. Pero no se asombraba por nada. Creía su deber no asombrarse por nada. Un sitio para comer. Sí, eso, un sitio para comer.

—El gran mostrador, tan largo, y las señoras con collares, y los señores de bigote canoso, y las camareras, como azafatas de avión en zapatillas, y el rumor del humo y la comida, el olor de los licores, aquel calor de humanidad confortable, limpia, tranquila, satisfecha, bien pagada, cancerosa, cancerígena, culta, rebosante de azúcar en la

sangre, nauseabunda...

Bajamos al piso inferior y allí encontramos una mesita, no muy confortable, cerca de la escalera y de la alfombra color frambuesa. No creo yo que en Oslo haya una cafetería como ésta. Yo he visto las «Moven Pick», en Suiza, y no están mal, pero vamos, como ésta... Claro que Bodil me va a decir que sí, y que nosotros somos un pueblecito sucio, ignorante y hambriento. Estaban en torno las guapas gentes de las siete de la tarde, Iniciadoras y despejadas, bienolientes, y no sabían que nosotros veníamos de hacer el amor en un lecho polvoriento, en una casa deshabitada. La refrigeración artificial era una delicia. Vino una camarera y pedí para Bodil el batido de fresa bien espeso y bien fresco, con el azúcar adensándose en el vaso como una galaxia de glucosa, sólo de glucosa, y pedí para ella la tartita de nata con mucha nata, barroca y afectada como el rococó y el churrigueresco de las iglesias de los jesuítas, y el sangüis de jamón y queso y vegetales, como un edificio de Río de Janeiro, muchos pisos, todos de un color diferente, y la ración de tarta de limón, con todo el merengue arriba, como una gran nube blanca y densa, de verano, posándose en las cumbres andinas de la masa, y el limón perfumando el paladar, fresco y empalagoso como la intimidad de una adolescente.

Bodil estaba un poco desconcertada. Me miraba y sonreía, pero sus ojos no sonreían, sino que preguntaban. Para qué pides todo esto. No sé por qué pides todo esto. Pruébalo, ya verás, es muy bueno, tenías hambre, tú has dicho que tenías hambre. Esto es mejor que la cama, pensé, mejor que la cama; no se lo dije, no se lo hubiera dicho, qué grosería, era una indelicadeza, las señoras de los collares y el hociquito rojo —blanco de merengue sobre el rojo del hociquito— me hubieran dicho, de saberlo, que era una indelicadeza, pero los noruegos han sido educados de otra forma, en otra cursilería, y no entienden de indelicadezas. Bodil comía despacio, picaba aquí y allá, sin saber por dónde empezar, tragaba con su largo cuello de jirafa, bebía un sorbo del batido, «¿tú no lo vas a probar?», me preguntó. Sí, también he pedido para mí, ahora lo traerán.

—Sí. También he pedido para mí; ahora lo traerán.

«Sí. También he pedido para mí. Ahora lo traerán. Perdona un momento, voy al teléfono», le dije. Subí muy despacio la gran escalera con alfombra frambuesa, y mis pasos frambuesa sonaban a frambuesa en el aire frambuesa de la cafetería frambuesa, y yo tenía conciencia coloreada de frambuesa. Busqué arriba a la camarera que nos había servido, todo muy lentamente, pagué la gran consumición, todo muy lentamente, recogí la vuelta en un platito, todo muy lentamente, salí a la calle entre la gente, todo muy lentamente.

Bodil no habría empezado aún a impacientarse. Andaría por el segundo piso del sangüis. ¿No decías que tenías hambre? Pues ya está. Come. Y me largué lentamente, muy lentamente. Me largué para siempre.

El médico era un hombre bajito, hábil, tranquilo, que tomaba y dejaba el antebrazo de Childe. Yo veía desde arriba su cabeza inclinada hacia la muchacha, el pelo rubio y canoso, escaso, rizándose pobremente sobre la calva. Un pelo pardo que debía haber sido muy hermoso cuando el tipo era joven y estudiaba Medicina. Ahora se iba quedando calvo, veía enfermos todos los días, palpaba vientres, tomaba el pulso a la gente, veía venir la muerte, creciendo como una savia en el tronco y las ramas del ser humano. Aquel hombre tenía el bigote entrecano, como el pelo, y los ojos claros, tristes, tediosos. Vestía un traje pardo que se diría de la misma materia que su pelo. «¿Cuándo ha ocurrido?» «Sólo se lo puedo decir aproximadamente; yo había salido a comprar los periódicos y tabaco.» «¿Estuvo mucho tiempo fuera?» Me pregunta distraídamente, mientras le toma la tensión a la muchacha. Es como si diera por descontado que le voy a mentir. No escucha mis respuestas. Pregunta como los policías, sin interés por la contestación. La clave, para unos y otros, puede que esté, no tanto en lo que uno dice sino en cómo lo dice.

Nembutal. ¿Lo toma habitualmente para dormir? Ha dicho que sí «lo toma». En presente. Eso quiere decir que está viva. Podía haber dicho: «¿Lo tomaba para dormir?» El pretérito hubiese sido fatal, mortal. Su certificado de defunción. ¿Y por qué me fijo ahora en estas cosas? Será que me importa la vida de la muchacha. Pero no voy a preguntarle que si está viva. Podría tomarme por tonto, tanto si está viva como si está muerta.

Estas americanas, ya se sabe. No es americana. Todas iguales. Que es inglesa. Inglesa. Habrá que avisar a la Embajada, dijo. La Embajada inglesa, ya me acuerdo, un edificio circular, extraño, reciente, por allá por Monte Esquinza. ¿Por allá por Montesquinza, no? Sí, eso, Montesquinza. Un edificio nuevo, redondo. Qué desprecio el de Gran Bretaña por la arquitectura de aquel barrio, casas principio de siglo, la *belle époque* madrileña. Claro que las inmobiliarias madrileñas tampoco respetan mucho el carácter de los barrios. Pero esto de las Embajadas...

—Pues ya ve usted la americana, en Serrano.

—Han puesto el edificio de canto. Con desprecio a la Castellana y a Serrano.

—Peor es esto de la inglesa. Esa especie de piedra de molino en una calle tan señorial.

—Allí tuvo mi padre la consulta. El pobre.

—¿En Montesquinza?

(Ya decíamos ambos Montesquinza, haciendo una sola palabra del nombre de la calle.)

—Sí. Un poco más abajo. Es atroz esto del urbanismo.

—Como que no se sabe dónde vamos a parar.

—Están construyendo mucho por todo aquel barrio.

—Ya podían respetar lo viejo. Que se vayan a Pozuelo a construir.

—También en Pozuelo construyen, no crea usted.

—Y a cómo se está poniendo el metro cuadrado...

Childe estaba muerta. O estaba viva. Childe estaba desnuda en el lecho del hotel, pudendamente cubierta por la manta gracias a la mano del médico. Nos hubiéramos estado así, toda la noche, hablando de urbanismo y de Embajadas. Nos sosegaba mucho la cercanía de la muerte. Quizá de ahí viene el extraño sosiego de los médicos. Éste ha dejado a su mujer sin ir al teatro, por mi culpa, por culpa de Childe, que se ha tomado el nembutal. Por culpa del negro de las colonias. Hay una señora, casada con médico de buen pasar, que se queda esta noche sin ir al teatro por culpa de un negro que llegó un día a Londres, emigrado de las colonias. Pero ella no lo sabe. No lo sabrá nunca. ¿Y qué pensará esta señora de la Embajada redonda del Reino Unido en Madrid? Que no le gusta.

—Mi mujer me lo dice siempre que pasamos por allí. Parece mentira, los ingleses, tan señores, haber hecho ese mamarracho de Embajada.

Yo no sé si soy viudo de Childe. El médico vuelve a tomarle la tensión y pienso que si

estuviera muerta se sabría, yo tenía que haberme enterado, experimentaría cosas. La muerte es muy escandalosa. El edificio circular, gris, oscuro, de la Embajada de Gran Bretaña, era como el panteón donde habíamos enterrado el cuerpo rubio de Childe. Pero yo no quería avisar a la Embajada, naturalmente. Ya sabe usted, las complicaciones. Parece que ahora abre los ojos. Y lo dijo tan tranquilo. Por lo visto, estábamos esperando a que abriese los ojos de un momento a otro. Y yo sin enterarme. ¿Toma barbitúricos habitualmente? Sí, para dormir, claro. Se ha excedido en la dosis. Tendría insomnio. ¿Usted cree? Son peligrosos los barbitúricos. Que tenga cuidado.

O no se había enterado de que Childe quería suicidarse o estaba dispuesto a no enterarse. Mejor así. De lo contrario, quizás habría tenido que denunciarlo. Pues lo siento. Les he dejado a ustedes sin ir al cine. Al teatro, íbamos a ir al teatro. Por mi esposa. Yo digo que bastante tiene uno en la vida. Pero las mujeres, ya se sabe. E indicaba vagamente, con el fonendoscopio, el cuerpo de Childe. Childe, empero, no me había pedido nunca que la llevase al teatro. Mi esposa también tiene temporadas que necesita tomar algo para dormir.

—Es natural.

—No. La edad, ya. Pero aquí la señorita es joven.

Se arrodilló a su lado, como si fuese a declararle su amor. Le miró los ojos por el revés, la boca por dentro, la lengua. Le anduvo manoseando el vientre y luego habló por teléfono con el interior de la muchacha, estableciéndole comunicaciones en la espalda, la blanca espalda magnífica. Era como si hubiese una expedición ártica perdida en el interior del blanco cuerpo de Childe. El tipo me daba noticias de la expedición. Yo, por hacer algo, sujetaba una muñeca a Childe. La inglesa, mi amor, agitaba un poco la cabeza, incorporada, para alejar el mal sueño de la muerte. Movié los ojos, respiró profundamente y la graciosa naricilla se le llenó de enfado. Estaba pálida. Miró al médico con cierto odio. Aquel señor que se había quedado sin ir al cine, o al teatro, estaba descubriendo el cuerpo bello y joven de la enferma, de la suicida, de la drogadicta, de la mujer perdida.

—Vamos, vamos, señorita.

No dijo qué ha pasado ni qué hora es. No dijo nada. Yo quise estar cariñoso, pero no me hizo mucho caso. Aquello era una tragedia tonta. No me importaba nada que se hubiese querido matar por mí, por nosotros, por nuestro amor. O, lo que es peor, me importaba de una manera literaria, cinematográfica, me llenaba de un protagonismo novelesco. Algo en lo que no cabía honestamente recrearse. (Y me refiero a una honestidad estética, exclusivamente; aquello era tan facilón que me repugnaba y me tentaba caer en ello.) Esta juventud, ya se sabe.

—¿Usted cree que está fuera de peligro?

—Aquí tiene mi teléfono, por si le viene otra caída de la tensión.

La caída de la tensión, como una brisa vital que desfallece en el cuerpo, entre la fronda blanca y roja de ese bosque rubio que es Childe. Childe se dejó caer en la cama de nuevo y cerró los ojos como para dormir. El doctor y yo habíamos sido un mal sueño. Quizá le aburríamos. Claro, tiene sueño. El nembutal. Usted cree que... Aquí tiene mi teléfono, ya digo. Como si bastase con marcar su teléfono para que empezase a subirle la tensión a la enferma. Ahora querrá dormir.

—Pues usted me dirá sus honorarios.

Se guardaba las gomas en los bolsillos de la chaqueta, y se le salían, como si llevase víboras a medio amaestrar. Pues usted me dirá sus honorarios. Metía los instrumentos de acero en un estuche con cremallera.

—Cuidela.

Ya no puede usted ir al cine, esta noche. Cuánto lo siento. Mañana será otro día. Se acercó todavía al lecho y palmeó en el rostro a Childe. Ella hizo caso omiso de la

afrenta o la caricia. Dormía. El médico se fue sobre el hule marrón del pasillo del hotel, hacia el ascensor, la calle, el coche, el hogar, la esposa, unas horas vacías, sin amor ni película, antes del sueño.

Durante todo el día siguiente cuidé a la enferma, anduve de puntillas por la habitación, y era como si volviese aquellos días del hospital, su operación, la sangre. ¿Por qué aquella muchacha muriendo siempre a mi lado? Me llené otra vez de ternura por ella e incluso llegué a creer que la amaba como cuando el hospital. Al tercer día salimos a la calle, a las doce, y la llevé a pasear al Retiro. Estaba pálida, bella, niña.

De lo nuestro no se hablaba. Ahora pongo aquí Sus cartas lejanas, sus postales, sus regalos, sus recuerdos, y el aviso urgente que llegó un día, con sello de la reina Isabel. Un tumor en una rodilla, la operación, el miedo, quizá la muerte. Era la salud llena de enfermedades por dentro. Sus fuertes piernas de haber jugado al rugby. ¿Cómo era posible?

«Tengo mucho miedo para mí.» La niña que se refugia en el embozo de la sábana. *Tengo mucho miedo para mí.* Un castellano torpe, incorrecto, que acentúa la sensación infantil de la llamada. Su letra zurda, curva, elegante y democrática, tan igual a otras letras anglosajonas. Su letra europea. Es una caligrafía laica, dije, digo. Esto no tiene sentido: una caligrafía laica. Quizá quiero decir que no es la escritura monjil y picuda que les enseñan a las muchachas españolas en los conventos.

La gran clínica blanca, fría, imagino, y sus ojos de miedo por encima del embozo. Cuánto sufrimiento, Childe. Cómo han llegado a ensombrecerse tus ojos pardos. Siempre la enfermedad, el dolor, el miedo. Un tumor en una rodilla. No puedo pensar, ya, no debo pensar en tus hermosas piernas.

Ahora paseamos por el Retiro, vas apoyada en mí dulcemente, miras la ruina del otoño en las ramas de los árboles y no se habla de lo nuestro. Somos piadosamente felices, desgraciados, tristes, ociosos y europeos. Un día, con el tiempo y la separación, vendrá tu carta lejana avisando lo del tumor en la rodilla, ese tumor que ahora se insinúa, anónimo, cabeza de alfiler, en el nudo recio, torneado y practicable de tu rodilla, tan bella. Esa cosa que está muy dentro. Algo cojea ya en ti, secretamente, y ni tú ni yo lo sabemos. Estás recién salvada de la muerte y contigo hemos salvado el tumor, que podrá seguir creciendo, reproduciéndose, criando una rodilla maligna dentro de tu rodilla.

Era dulce el aire de otoño y había mucha paz en el parque. Los castaños perdían su hoja lentamente, los pájaros morían no se sabe dónde y los paseos se llenaban de una desolación sólo insinuada. La carta avisadora, tumoral, estaba todavía en los andenes del futuro, en la posta del tiempo, en la telegrafía venidera, y había de tardar mucho tiempo en llegarnos. Childe convalecía de su intento de suicidio como de una bronquitis, sin que se hablase de ello para nada. Hoy, aquí, en el reino de la incertidumbre, Childe, te escribo y te digo que fue toda nuestra vida, el amor que te tuve, la rodilla que te abrieron, como se abre una granada para ver lo que tiene dentro, y sé que ahora sigues por las calles, subes a tu apartamento, escribes en tu oficina, sales en algún periódico, tienes un amante negro o rubio y ya no estás, no estamos, nunca se sabe si el tumor se reproduce, si el amor se reproduce.

Hay en la vida un hueco rubio y cálido que es tu ausencia. Postales con felicitaciones, enfermedades, trabajo, amistad, lejanía. Veo en la calle otras inglesas rubias, respingoncillas, niñas y serias como tú, y tengo dolor de saber que no eras única. Aquella tarde, esta tarde en el Retiro, como aquella mañana. El médico me dijo que te cuidase. A veces tengo una necesidad urgente de sentirte a mi lado, de besarte.

Childe, que siempre madrugaba bastante, que me esperaba junto al desayuno, provista de periódicos y cigarrillos para mí, creándome así una necesidad grande de humo y noticias, en su afán de satisfacer lo que sólo era una necesidad pequeña y alternativa, Childe, digo, había madrugado más que nunca aquella mañana. Estaba,

completamente repuesta, en esa etapa de la solicitud, y un capricho mío momentáneo se convertía para ella en una ley y en una constante, de modo que prevenía cada día mi posible capricho, lo satisfacía por anticipado, obligándome, sin saberlo, a convertir en costumbre, por no desairarla, la ocurrencia de una sola vez.

Así es la mujer. Su tendencia a la secularización no le permite seguirnos en el altibajo de los caprichos y la improvisación. Ella no sabe improvisar. Para ello hay que tener imaginación y un sentido de la vida como peripecia y como dinamismo. Para improvisar hay que llevar dentro una preparación de siglos, que es la que tiene el hombre, porque el hombre lleva siglos improvisando la historia, la guerra, el amor, la religión y la muerte. La mujer, sin esa solera improvisadora del hombre, quiere guiarse por roderas firmes, constantes, y toma la improvisación masculina por ley, la seculariza, porque lo que ella no sabe es desvariar.

La camarera de la cafetería me sirve el café con leche, poco cargado, en cuanto me ve aparecer. Ella no comprende que un día pueda apetecerme con leche y otro día solo y un día cargado y otro día poco cargado. Para ella, uno es el que toma siempre el café poco cargado, y en torno a eso gira toda la mitología masculina que haya podido atribuirme. Si yo le pido otra cosa que no sea café poco cargado, la mitología se le viene abajo y piensa que no la soporto como camarera. Puede ser muy desgraciada, de modo que me veo obligado de por vida a tomar el café poco cargado. Childe, con mucha más vida y mucho más talento que la muchacha de la cafetería, sufre la general tendencia femenina a estatificar al hombre.

Childe también querría que yo tomase café poco cargado durante toda mi vida, y si un día lo pido muy cargado puede pensar que me estoy dando a los excitantes, que me estoy matando. O puede no pensar nada de eso, sino simplemente que ya no la quiero. Y la relación entre el café más o menos denso y mis resortes eróticos hacia Childe es algo que no podrá el hombre aclarar jamás, porque pertenece a la mitad en sombra de la Humanidad, esa mitad en sombra que es el irracionalismo femenino, el contumaz y adorable irracionalismo con que ellas les ponen una media luna de incógnita y posibilidad a nuestra vida, aun con su tendencia a que todo esté en orden y sea siempre igual. Pienso que esa necesidad de orden es superficial; es el asidero, la linde por que se guían, incapaces de darle un orden o un sentido más profundo al universo y, sobre todo, a su universo.

Childe, inglesa y lista, estaba hecha también de esa sustancia femenina que llamamos docilidad, dulce docilidad hacia el hombre, y que no es tal, sino la necesidad de encuadrar al otro sexo en unas coordenadas inalterables y claras, para tenerle preso en la tela de araña de su gráfico mental. Los cigarrillos y los periódicos matutinos de Childe los interpretaba yo entonces como tierna docilidad femenina. Hoy comprendo que respondían a su necesidad de entenderme, de explicarme, de simplificarme.

Así me tenía en orden, y yo me llenaba de humo y de noticias, como me llené aquella mañana, sin que me importase nada la política de Willy Brandt (ni siquiera sé si se escribe así) y su descubrimiento luminoso, a estas alturas, de que hay dos Alemanias. El tipo lo decía bien claro: «No nos engañemos, hay dos Alemanias.» De modo que tengo que fumar porque Childe cree haber descubierto que soy un fumador irredimible, y tengo que leer las declaraciones de Willy Brandt porque Childe ha llegado a la conclusión de que yo interrumpo mi sueño todas las mañanas para saltar del lecho a la busca de las últimas noticias sobre la política alemana.

La verdad es que puedo dormir hasta el mediodía sin impacientarme demasiado por saber lo que ha ocurrido la noche anterior en las cancillerías de la Alemania Federal. Pero está la docilidad. (Que no es docilidad).

Es, ya digo, la necesidad que tiene ella de comprenderme o, ya que esto es imposible porque nadie ha entendido nunca a nadie, y menos una inglesa casi adolescente a un español neurótico, la necesidad de resumirme en cuatro manías y cuatro virtudes y

cuatro defectos, con lo cual suple la mujer su profundo desconocimiento del masculino. Aquella mañana, yo creía aún en la docilidad, de modo que me enterneció una vez más la solicitud de la muchacha. Pero en cuanto Childe me vio rodeado de humo e hipnotizado por la tinta fresca de los periódicos, empezó a hacer las maletas.

Se iba. Lo había decidido durante la noche. Tenía un billete abierto en la línea aérea y llamó a las oficinas para reservarse plaza en el avión de mediodía. La decisión estaba tomada. No iba a haber más nembutal, ni más intentos de suicidio. Yo la miraba moverse por la habitación, con una camiseta blanca que tenía en el torso unas letras en semicírculo y que ceñía dulcemente su pequeño pecho. Yo miraba sus *shorts* y sus piernas fuertes. *Tengo mucho miedo para mí*. Me llenaba de ternura esta frase que ella no había dicho ni escrito todavía, que escribiría mucho tiempo más tarde. Childe iba por la vida confundiendo las preposiciones castellanas, expuesta a cualquier cosa. En aquel momento, yo tenía mucho miedo *para* ella. Qué inesperadamente exacto el error de expresión. Porque el tener miedo *por* ella era menos grave. Era una frase hecha. Pero el tener miedo *para* ella alteraba la construcción, la frase hecha, le añadía dramatismo al quitarle rutina. Y, sobre todo, le daba esa sorpresa de la lengua de trapo de los niños, el infantilismo de un idioma mal hablado.

Y así quedaba Childe mucho más desvalida.

Hoy sé que yo tenía mucho miedo para ella. Entonces no lo sabía, porque ella no había pronunciado aún esa frase. Podía pedirle que se quedase, o, más fácil, levantarme y estrecharla entre mis brazos. Sabía que podía ser muy feliz con ella, que era un regalo rubio y bueno. Pero la dejaba ir. No iba yo a encontrar otro amor tan sumiso y puro. Mas la dejaba ir. Es esa inhibición que se produce al borde de la felicidad o del placer y que nos hace rehusar en el momento justo. No estamos hechos para ser felices. Eso ahoga. Bodil había necesitado romper con su armonía conyugal y venirse a España para conocer hombres en las casas turbias y beodas, en los pisos vacíos y polvorientos. Yo temía hipotecarme en la felicidad de Childe y perderme otra felicidad más grande, en el futuro. Somos así de cobardes y de inseguros. Yo volvía a las declaraciones de Willy Brandt mientras la muchacha iba ordenando en una maleta blanca sus numerosos cepillos de dientes.

La ropa de ella iba pasando de los armarios a las maletas, y yo veía de nuevo vestidos de ella que tenía olvidados, cosas del pleno verano, de modo que aquello era como un examen de conciencia, como una confesión general de nuestro amor, un involuntario hacer memoria. Y su túnica blanca bordada en blanco, la de su aparición a la sombra del palacio entre hortensias y pinos.

Y el vestido de colores, de hojas, como de Carnaby Street, y aquel otro vestido abrochado a lo largo de un hombro, un poco militar, y las cosas que le estaban bien y las cosas que le estaban mal. La leve hueste de la ropa interior, prendas transparentes, colores vagos, nebulosas de hilo, y las toallas de baño.

Todo salía del armario como en una procesión de recuerdos, y yo recordaba los versos de un poeta preguntándose por los colores de los antiguos vestidos de la amada. ¿Qué fue de esos colores, dónde están ahora? Y me parecía profundamente inmoral estar recordando a un poeta en aquel momento, estar haciendo literatura mentalmente mientras Childe amortajaba nuestra historia. Porque todas aquellas ropas ligeras eran como mortajas, sudarios de la Childe del verano, rubia y aparecida, que había muerto, ya, para siempre, embalsamada de tiempo.

Asistíamos así a nuestros propios funerales, como algún monarca, y yo me repantigaba en el sillón como en silla real, monarca acabado y melancólico de mi propio destino, y Childe iba dejando sobre las sillas y los muebles los vestidos lacios, hasta hacerles un sitio en la maleta, de manera que había Childes descabezadas y desmayadas en rueda por la habitación, como cuando a todas las damas del sarao les daba la alferecía al mismo tiempo. Las sucesivas Childes que yo había amado, con vestido de paisaje o impermeable para la lluvia.

Todas estaban allí, como víctimas decapitadas de mi indiferencia, de mi mutismo. Yo fumaba y leía, leía y fumaba, pero estaba lleno del perfume rancio de aquellos vestidos, como del olor a sangre joven de las muertas que abrían sus brazos de tela sobre los divanes. Los espejos habían multiplicado activamente su capacidad de reflejo, y entonces aquello era como la rebelión del guardarropa, la proliferación de la indumentaria, el abrirse las esclusas de los armarios y empezar a salir, en manifestación, toda aquella materia textil humanizada.

Quizá, como cuando se abrían las cámaras de gas en Dachau —¿usted recuerda, señor Brandt?— y los israelitas asfixiados salían en espíritu y camisa cantando canciones mudas del ghetto. Éramos unos racistas del presente, la muchacha y yo, que sacrificábamos sin remordimiento a la raza rubia y feliz de aquel verano, porque queríamos sobrevivir. Éramos unos nazis fanáticos de nosotros mismos a costa de nuestro pasado marino y estival. Y empecé a encontrarle a Childe gruesas piernas de soldado nazi, con lo que me dolió menos su partida, por un momento.

Pero todo seguía igual. Las ropas morían en aquella toma de la Bastilla de la realidad, y acostumbradas al confinamiento de los armarios, sus pulmones textiles no soportaban el aire entero de la habitación. Caían desfallecidas. La estancia era campo de batalla, estepa rusa con los ejércitos napoleónicos vencidos por el frío de mi indiferencia y del invierno siberiano. O bien los nazis otra vez, ahora los nazis ellos (los vestidos) en el invierno moscovita, también.

Porque no he combatido en tu cintura, hoy levanto por ti esta rosa oscura, este canto de amor a Stalingrado. Más versos. Ahora el poeta americano. *Este canto de amor a Stalingrado*. La cintura de Stalingrado, la cintura de Childe, la *rosa oscura* del poema, la rosa oscura de su vientre. Un Stalingrado era la habitación del hotel con tantas víctimas. Y entre las ruinas humeantes del humo de mi tabaco, yo leía el periódico. De vez en cuando se cerraba una maleta y el cierre, accionado por los dedos suaves de Childe, sonaba como un breve eructo del vientre repleto, del cuerpo atiborrado de ropa. Ella debía pensar que yo pensaba muy negros pensamientos y respetaba mi silencio. Si ella hubiese sabido que yo estaba pensando todas aquellas cosas literarias. Cuando

no se puede participar totalmente en la tragedia —qué terrible inhibición—, conviene, al menos, guardar las formas. No sólo había vestidos, sino también libros, catálogos, cartas, flores viejas, recuerdos, una Enciclopedia Británica. ¿Por qué viajaba ella, siempre, con las obras completas de papá en la maleta, aquellas obras completas de un padre que odiaba?

Pero no. No le odiaba. La Enciclopedia Británica, en la que Childe no creía, era todo el peso voluminoso de la presencia del padre en su vida.

Una losa de la que no era capaz de liberarse. Necesitaba aquel peso en su equipaje para sentir el peso del padre, del enemigo, del opresor contra el que tenía que luchar. Aquel tomo de la Enciclopedia Británica le daba a Childe la noción física, densa, pesante, de la opresión, de la tiranía edípica del padre. Y le provocaba la reacción de lucha, distanciamiento, rebeldía, viaje.

—¿Tú odias a tu padre, Childe?

—Oh.

Su padre. Mi padre. *My father. Your father.* El padre. *The father.* Como en una lección de inglés. El padre es un ejemplo coloquial para una lección de inglés. Sólo eso. No, yo no odio a papá. Solamente le detesto. No era una broma. Lo decía en serio. Ignoro qué sutil matiz de distinción encontraba su mal español entre odiar y detestar. Seguramente Childe tenía razón. No es lo mismo una cosa que la otra. No hay sinónimos, ya se sabe. Solamente le detesta.

—Papá es tan egoísta.

Y se golpeaba la frente con su puñito rosa.

La mímica de golpearse la frente con un puñito rosa no correspondía exactamente al calificativo de egoísmo. Quizá, Childe quería decir: papá es tan testarudo. Pero confundía las palabras. O los gestos. O quería decir las dos cosas a la vez. Papá era egoísta y testarudo. O papá esa solamente una de las dos cosas, mas ella le ponía defectos supletorios a causa de su mal español. Childe, mi niña, víctima de un padre testarudo y egoísta. O que quizá no era ninguna de las dos cosas, sino otras que ella no sabía expresar. Puso la Enciclopedia Británica sobre la mesa, entre los dos, ante mí, como si yo tuviese que jurar algo sobre aquella Biblia de la raza anglosajona. Quizá tenía que jurarle amor a Childe. El tomo de la Enciclopedia era como la piedra de molino que nos íbamos a atar al cuello antes de arrojarnos juntos al fondo del mar.

Como aquellos personajes de Lamartine. Don Alfonso de Lamartine forma escuadra romántica con Musset, Murger, Barbey d'Aurevilly, Dumas y Hugo y tantos otros. Childe sabe que yo prefiero el otro Romanticismo, la extrema izquierda del Romanticismo, por decirlo así. Baudelaire y todos los malditos. Baudelaire y todos los *maudits*, dije.

Y ella también dijo *maudits*, en su francés de inglesita. Pues bien, ¿sabías que en una novela de Lamartine, él y ella, locos de amor, se suicidan juntos, maniatados, arrojándose al mar desde una barca?

—Oh.

Ese oh anglosajón de boca redonda. La boca de Childe se redondeaba como la de un muchacho para decir oh. Allí estábamos, hablando de los románticos franceses mientras el reloj corría hacia la hora del viaje.

De modo que nos atamos al cuello la piedra de molino de la Enciclopedia Británica. Pero tú dices que ellos se maniataron. Sí, pero no vamos a maniatarnos, es muy complicado. Además, no tenemos cuerda. Con tus corbatas. No, con tus medias. Optamos por lo de la piedra de molino, y allí estaba el tomo pétreo, la piedra enciclopédica, que el padre terrible, edípico, kafkiano, había instaurado entre nosotros para que nos autocastigásemos y purgásemos nuestro pecado. Ay de aquel que escandalizare a uno de estos pequeñuelos. Más le valiera atarse al cuello una piedra de molino y arrojarse al mar. El padre de Childe era el Jehová británico que nos

aconsejaba purgar nuestro escándalo mediante la piedra de molino tipografiada e ilustrada con láminas.

Y nos arrojamos al lecho a purgar nuestros pecados con más pecado. Decimos en España que una mancha de mora se seca con otra mora, Childe. A ver, no lo entiendo. Siempre los moros en España. Los moros españoles. Stendhal habla de los moros españoles. Ahora no se trata de moros, Childe, sino de moras. Claro, las moras. Y me miraba con picardía. ¿Has tenido tú esclavas moras? Demasiado tarde para eso, Childe. Quizá mis antepasados. Renuncié a explicarle nuestro refranero, tan sabio, viejo y acreditado. El mar de lienzo que era el lecho fue nuestra sepultura de amantes imposibles, lamartinianos.

Yo debiera haberle dicho que se quedase. Pero no se lo decía. Yo quería que se quedase, mas no que ella quisiera quedarse. Y no le dije nada. Fue, quizá, la mañana más intensa de nuestra historia. Se iba para siempre y no hice esa locura definitiva que hay que hacer a veces en la vida para cambiar de aguja el destino. Uno es mal guardagujas de su propia vida. Uno no tiene la precisión ferroviaria que se necesita para dar paso a los trenes, tomarlos en marcha o pararles en seco. Con Childe a mi lado, la vida hubiese sido rubia por mucho tiempo. Aquella muchacha era la felicidad, la fidelidad.

Mas no había que hacerlo. Sentía yo la voluptuosidad de señorear el propio destino, cuando lo que ocurría es que el miedo, quizá, me señoreaba a mí. Renunciar a Childe era doloroso, pero la fuerza de voluntad de la renuncia me llenaba en seguida de un orgullo, de una autosatisfacción que hacía placentero y confortable el sacrificio.

Y esta sensación confortable, esa seguridad enfermiza que nos da el ascetismo, la confundía yo con la satisfacción indicadora de haber obrado acertadamente. Todo mentira, todo falso. El mediocre mecanismo de nuestra psicología moviendo sus mezquinas ruedecillas, como siempre. Ruedecillas engrasadas con aceite de autohalago. Nada. El miedo a las grandes decisiones y, además, la mala interpretación del propio miedo como estrategia personal. De este equívoco nace la vanidad que nos lleva a mantener una postura inexorablemente, sin saber por qué. Sólo porque nos conforta por dentro nuestra obstinación.

Obstinarse es la forma más ruda de autoafirmarse. Quizá, todo lo contrario de autoafirmarse. (Pero existe también la tentación de la pasividad, el dejar hacer a la vida, el sentirse de pronto objetivamente fuera de la situación, atendiendo a la filigrana que elaboran las manos del destino, el azar. Y hay la precaución de no intervenir, el respeto a lo que está ocurriendo, como cuando alguien hace malabares ante nosotros y no respiramos para no quebrarle la magia. Yo tenía la curiosidad de saber qué pasaba. Tomar una decisión hubiera sido como tirarle una piedra al traidor, desde el patio de butacas, en plena representación teatral. No, no hay que hacer eso. Tiene que desenlazarse la acción por sí misma. La vida como argumento es más apasionante que como tal vida. No es verdad que la vida tenga argumento, pero a veces parece que lo tiene, y entonces tememos intervenir en él y estropearlo. Yo no sabía en absoluto qué iba a pasar con Childe, o me olvidaba voluntariamente de ello. Estaba de espectador de mi propia vida, como sólo muy pocas veces nos sentimos.)

Ella, cerradas sus maletas, entró en el baño para arreglarse. Y dejó la puerta abierta. Todo tenía un tono matrimonial de divorcio, convencional y peliculero. Del baño llegaban rumores de agua, ruidos de grifos, palabras de Childe a la esponja o al espejo, el chaparrón veraniego de la ducha. Me levanté y puse un hombro contra el quicio de la puerta, para mirar, sólo para mirar.

Era una nube rosa de carne y jabón, y el alud que precipitaba el agua de la ducha, una blanda catástrofe geológica anatomía abajo. La luz del baño, amarilla, en la que se diluía el blanco amable de los bidés y los espejos, el cuerpo de la muchacha, envuelto en vapor. ¿Y si no pensásemos tanto? El ser humano, desnudo, es un bello ramo de

hortensias. Eso era Childe, al menos. Y el hombre ha sabido inventar el espejo, la materia brillante y blanca de los baños, la luz de neón, el grifo del agua caliente. El ser humano es bello y sabe crear belleza.

—¿Por qué, entonces, el dolor, Childe?

Pero el ruido de los grifos le impedía oírme. Además, tenía las orejas llenas de jabón. El hombre ha inventado esa espuma blanca y perfumada del jabón. Luego el ser humano no es sórdido. No es tan sórdido como nos gusta creer. Hay en el arte actual una manipulación estética con el dolor, con el mal, con lo horrible, que nos hace digestivo y nutritivo todo eso. Hay unos pocos creadores —sólo unos pocos— que no manipulan el dolor, la angustia, el mal, sino que nos lo dan con toda su condición subversiva y catártica. Ellos son los revolucionarios. Los otros, los estetas del dolor, son ya la academia y el floripondio. La academia y el floripondio, Childe. O, si lo prefieres, con mayúsculas. Así: La Academia y El Floripondio. En inglés utilizáis las mayúsculas para todo, amor (Amor, perdón). Yo creo en el horror y en el mal, Childe, y lo más horroroso de todo es que exista la belleza, que existas tú, que exista tu cuerpo inocente y rosa. Porque tu cuerpo inocente y rosa lleva dentro la muerte, y desata el mal en quien te desea, en quien te codicia, en mí, que te amo y descubro la voluptuosidad de hacerte y hacer sufrir. Tu bello cuerpo inocente y rosa es un instrumento de tortura, como todo, Childe. Como todo.

Era un muñeca rubia. (Decirlo así, escribirlo así, sin miedo al tópico.) Estaba como de repostería entre el vapor, las luces, los espejos, la espuma, el agua y el perfume. Excitaba ese fondo de canibalismo, nunca bien explicado, que hay en el fondo del instinto sexual. La antropofagia, el conocimiento bucal de lo bello, que ya no efectuamos, como lo efectúan los niños, y por eso estamos siempre insatisfechos. No habría bastante con besar y amar a Childe. Habría que comérsela, y como esto no es posible, la pasión se queda siempre defraudada. Alguien deseó una vez, he leído, volver a su amada del revés para besarle por dentro los riñoncitos. Eso es, la charcutería lírica de la mujer.

Childe en aquella atmósfera rosa era toda la inocencia, la belleza de la vida, desconcertante y buena, en que las almas de orden se apoyan para creer que el mundo está bien hecho. Inexplicable esa apariencia ingenua y suave que toma a veces la existencia. Pero esto sólo viene a hacerlo todo más angustioso. Yo sé que Childe llevaba dentro el mal, que habíamos raspado del revés de su carne, en aquel hospital del verano, como un líquen odioso. Y el mal en su rodilla tumorada.

Y el mal en su cabeza, que lo confiaba todo, en última instancia, al nembutal.

No habla. Está triste porque vamos a separarnos. Está afectada. ¿Por qué no es más libre el ser humano? Tenemos brazos y piernas, uñas y dientes. Tenemos ojos y lengua. Cosas de uso propio, personal. Pero no somos capaces de vivir sin la servidumbre hacia otro ser, enganchados los unos a los otros mediante el enganche molesto de los afectos, los amores, las pasiones, los deseos, los recuerdos, los celos y los odios.

Lo que nos alimenta y nos mata, a fin de cuentas, es otro ser. La sustancia, el tegumento, la entidad gustativoolfativa, digitovisual, auditiva y conversativa que otro ser nos proporciona. Cada ser humano se alimenta de otro ser humano. (Aquí de nuevo el secreto pantagruelismo caníbal de la especie.) El destino del cuerpo es otro cuerpo, leí yo en un verso. Pero el poeta se quedó corto. Habría que decir que el destino del ser es otro ser. ¿Soy yo el destino de Childe? ¿Es ella mi destino?

—¿Eres tú mi destino, Childe?

Seguía sin enterarse de nada. Más valía así. Estaba de espaldas a mí, frente al espejo. Yo la veía, así, de espaldas y de frente, semivestida, peinándose el pelo con cierta aversión. No me gustaba, puesto que no era capaz de decidir por sí misma. O decidía contra su voluntad. Dentro de poco tiempo se habría ido, y quedaría en toda la

habitación el olor que había salido desde el baño. Olor a persona limpia, a cuerpo jabonado, a mujer sola e higiénica. No podría yo soportarlo. Decidí abandonar también el hotel, la habitación. La mujer hace en seguida su santuario del sitio donde pasa una noche. Todo se llena de su huella, de su olor, de sus prendas esparcidas. Dejan ellas un rastro perfumado y leve.

No quería yo vivir, añorante, en ese rastro.

—También yo abandono el hotel, ¿sabes?

—¿Por qué?

Me puse a hacer mi equipaje y estaba contento de tener una cosa en que ocuparme. Entré y salí varias veces del baño a la habitación y de la habitación al baño. Childe se iba vistiendo. A medida que se ponía ropa, se iba alejando de mí, se me iba haciendo lejana. Ella no sabía —ni quizá yo tampoco— que si hubiese seguido desnuda un rato más no nos habríamos separado nunca. Y no era esto una cuestión de deseo, naturalmente. En el cuerpo contemplado de la muchacha había encontrado yo la pulpa grata de la existencia, eso que se busca desazonadamente, y quizá me habría quedado a su cobijo para siempre.

En todo caso, había sido la voluptuosidad de mirar. Los gozos de la vista, como dijera alguien. No se posee tanto con nada como con la vista. El tacto es ciego, el deseo impaciente. La mirada es abarcadora, descubridora, pasiva, recreadora, inocente, y goza lo gozado en movimiento, vivo, en su aire y su volumen. Mirar es mucho más que poseer. Childe, vestida ya del todo, era una turista inglesa que pasaba por mi lado, desconocida, y con quien no tenía yo nada en común. Eso fue de pronto para mí. No debes acompañarme al aeropuerto. No, no voy a hacerlo. Pero te dejaré en un taxi, con el equipaje colocado. Prefiero despedirme de ti aquí. Los aeropuertos me ponen nerviosa. Sí, claro.

Qué fastidio de maletas, abrochar correas, llamar al botones, todo ese acarreo de los viajes. Bajaban nuestros equipajes en el montacargas, al cuidado de un hombre de uniforme, y bajábamos nosotros, paralelos, en el ascensor, entre turistas filipinos, y el ascensorista nos miraba de arriba abajo, con esa insolencia del personal de los hoteles a última hora y cuando no esperan propina. Al ascensorista no íbamos a darle nada, claro, y esto le liberaba de sonreírnos, le ponía por encima de botones, porteros y maleteros, y así llegamos abajo.

El hall estaba lleno de gente, como siempre, y sonaba una música de boda en el primer piso, aquel hotel poscubista, las columnas y los espejos, aquello había sido nuestro hogar de unos días, corta temporada con sol del Retiro.

—Las maletas.

—Sí. Ahora vienen.

—La cuenta. Hay que pagar la cuenta.

—Ya está pagada.

—¿Taxi los señores?

Taxi los señores. Sí, que nos pidan un taxi. Los filipinos se metían en un autocar que les estaba esperando.

—Childe.

—¿Qué?

—No voy al aeropuerto, ya sabes.

—No, claro.

—Entonces, dos taxis.

El portero no lo entendía muy bien. Pero al fin consiguieron dos taxis.

El equipaje de ella, maletas blancas y rojas, sombrereras, una caja de zapatos. Mi equipaje, oscuro, mucho menos cosmopolita, sin el marchamo de los grandes hoteles en el lomo de los maletines. Cada equipaje en la maleta de un coche, en la baca.

—Podía haber tomado el ómnibus.

Childe quería haber tomado el ómnibus del aeropuerto.

—No, mejor así.

Qué palabras tan sosas, qué no tener nada que decirse. Lo que había que decir era como para ordenar que volviesen a poner los equipajes sobre la acera, bajo la marquesina del hotel, sentarse sobre una maleta y estar todo el día hablando. Me escribirás. Desde luego.

—Cuando gusten.

Era una mañana de sol, era el otoño dulce y largo prolongando las cosas, apurando el dulzor de cada vida, esa coyuntura feliz en que todos estábamos. Un dejar que todo se extinguiese por sí mismo, de muerte natural, sin violencia, sin prisas. Y nada moría, o todo moría muy despacio, y el destino tenía esa benevolencia desconcertante que tiene a veces. Sólo nosotros le poníamos violencia a la vida con nuestra separación.

Dos taxis, dos equipajes, dos caminos. Pero los coches corrían paralelos y, durante un rato ella y yo nos saludábamos de ventanilla a ventanilla, despedidos ya y besados, en una última conversación sin palabras, sólo de sonrisas y movimiento de manos, ese hilo delgado que aún nos unía, y contra el cual embestía de pronto un autobús de morro chato, una bandada de taxis, un automóvil gran turismo pintado de blanco y azul. Así se fue un día Jeanette, tan sola, y otro día Guill, para siempre, así se va Bodil después de sus rápidas visitas a España, así se va Childe, sonriente, sin lágrimas —lloran poco estas europeas—, pero con el corazón envejecido para siempre. Lloran el paraíso meridional perdido. Este puñado de vida que era la muchacha, pecas y enfermedades, sexo y una Enciclopedia Británica, el negro de las colonias, la libertad, el vientre desgarrado, la rodilla enferma, postales azules, sus cartas zurdas, los insectivos, aquella túnica blanca bordada en blanco, las hortensias y el mar, un tubo de nembutal.

Adiós, Childe. Y se fue. Se iba. La inglesita de senos breves y ojos pardos. Nadie. Un turbión de vida que se reabsorbe, que se confunde con la gran corriente rubia de la humanidad, Europa al fondo. Me dije que la quería, que la amaba, que la necesitaba, lo digo ahora, y aquí esta postal suya, de Nueva York, un viejo hotel en ocre, esas zonas viejas y provincianas de la gran ciudad, mucha literatura turística en inglés, por detrás, y las letras de ella, claras. Tuya, Childe. «Tuya.» ¿Qué sentido tiene ya esta palabra? *Tuya*. ¿De quién?

No sé de qué manera es mía. Su mente es de los políticos progresistas. Su cuerpo, del negro de las colonias. Su destino, del padre mítico. Su corazón... Sí, quizá sea mío su corazón, todo eso que resumimos en la palabra corazón. «Corazón.» Corazón. *Heart*, dicen ellos, ellas, ella. *My heart, your heart*. *Heart*, corazón, que suena casi como *hair*, cabello. Tu corazón y tu cabello, Childe. *Your heart and your hair*, Childe. Amo tu corazón y tu cabello. Construir oraciones, así, en inglés, torpemente, oraciones sencillas, como un niño, para decirte con más unción que te amo.

Tuya. Mía. Sé que en algún sitio, muy lejos, entre autobuses rojos y puentes, entre la prisa y la puntualidad, entre el Foreign Office y el Soho, hay una muchacha que es mía, que se siente mía sin serlo.

Es confortable esto de saber que alguien es de uno, aunque realmente nadie sea de nadie. Empequeñece el mundo saber que hay una inglesa que nos quiere, nos espera o nos recuerda en un barrio londinense. No estamos, así, tan perdidos en la enormidad sobrante de la raza humana. Si yo voy a Inglaterra y veo pasar el turbión rubio de las muchachas y los muchachos, en las Universidades, en el campo, en los *pubs* y los autobuses, tengo el consuelo de pensar que no todos son desconocidos, que no estoy en un planeta extraño, entre una raza remota, sino que puedo hablarle a alguien de Childe, decirle su apellido, sus señas, su lugar de nacimiento, y en seguida encontraré una persona que conoce a otra persona del mismo lugar, de apellido semejante, de la misma Universidad y esto no me servirá para nada, pero será consolador. Un mar, un bosque, un monte, asustan menos si aprendemos su nombre. Su taxi se alejaba del mío.

Madrid es una ciudad que facilita los contactos y luego los interrumpe alegremente. Madrid es todavía una ciudad comunicativa. Pero Madrid metía ahora, entre nosotros, un empujón de ruedas y motores.

El avión que se la va a llevar templará ya sus motores bajo el sol de la pista, con un rumor violento de máquina encolerizada. Childe corre hacia el aeropuerto, hacia el avión, hacia Londres, hacia su tumor de rodilla y su amante negro y su oficina política y su soledad. Cuando hube perdido de vista su taxi me sentí tristemente liberado de algo, y miré a todas partes, sin tener que fijar ya la vista en un solo coche, y vi el aire de la ciudad, la alegría de las fuentes, la prisa de los empleados, el brillo de los automóviles y el azul del cielo.

El taxista me contaba cosas, hablaba de convenios colectivos y del fichaje de futbolistas extranjeros. La radio del coche anunciaba relojes y parcelas de terreno en la Sierra. Por fin vino una canción sentimentalona que nos emocionó por igual al taxista y a mí.

Tuya, dirá la postal de un día. Y me pararé a pensar en eso. Como el mendigo que piensa en un tesoro, en una herencia que no sabe ya si espera o no espera. En algún sitio del mapa, en algún rincón del mundo, en alguna oficina de la City hay una mujer que se siente mía, tengo un tesoro de oro vivo, un caudal de carne joven, algo hermoso y gratuito. No es verdad que se sienta mía realmente. Ella va a su trabajo, escribe sus cosas, viaja, conoce gente, se compra ropa hecha, saca fotografías, toma café, enciende el cigarrillo a un amigo, se deja hacer radiografías del vientre, de la rodilla, del pecho, abre el *Times* y lo vuelve a cerrar, habla. Sólo se siente mía en el momento en que lo dice, en que lo escribe, pero en ese momento es verdad, absolutamente verdad,

y mientras su mano izquierda dibuja la *te* alta, la *u* de cuernecitos un poco rizados, la *y* inclinada, la *a* aplastada, con ligero rabo que rubrica la palabra, mientras eso ocurre ella es mía totalmente.

Una vida, la vida de un hombre, sólo es lo que de ese hombre recuerda Jeanette, profesora de liceo, en sus atardeceres lejanos, o lo que Guill le cuenta a su nuevo amante sobre aquel hombre español, más lo que Bodil le dice a su marido, bromeando, o lo que Renata sueña en sus sueños eróticos, o lo que Childe escribe aplicadamente. ¿Qué soy yo sino el recuerdo de Jeanette, el posible odio de Guill, la ironía de Bodil, la sensualidad de Renata, el amor de Childe?

¿Qué es la vida de un hombre sino lo que él ha inspirado en los demás? Sobre todo, lo que él ha inspirado en media docena de mujeres, o quizá en una sola. Yo no soy yo, sino lo que sienten por mí. Childe no es Childe, sino lo que siento por ella. No hay otra cosa. No me sirve para nada el amor de esta muchacha inglesa, no tengo nada que hacer con él, más bien me estorba, pero no quiero confesarme esto. Un amor así no sirve para nada, o quizá sea que uno no está preparado para que le amen de esa forma. En todo caso, es hermoso e inútil, es sobrante que haya una cosa así en la vida. La gente es feliz con mucho menos. Nadie es más feliz porque la mujer que le pertenece tenga un milímetro más o menos de pestaña. (Childe no tenía las pestañas muy largas, pero tenía pardos ojos de gato.) Y qué. Me resisto a reconocer que su amor no me haría más feliz ni más desgraciado. Que la vida práctica no tiene nada que ver con esas cosas. Pero da pena tirar tanto amor al olvido, dejar ese hermoso paquete de oro y sonrisas debajo de un puente.

Mañana de primavera, todavía invierno, quizás, en que paseábamos Renata y yo por la ciudad, esa neblina grata en el aire haciendo borrosas las calles, como en una mala fotografía de la vida que llevamos. Se cogía de mi brazo con facilidad de mujer acostumbrada a engancharse a los hombres en marcha. Me deslizaba sus palabras y sus manos, sabía Renata, era aquel amor del paseo de Rosales, una noche, con frío y deseo.

—¿Quieres almorzar conmigo? —le dije.

Y quería. Naturalmente. Salimos a la calle con sol y nunca la había visto yo a aquella hora, más esplendente y más ajada, al mismo tiempo, bajo la luz de Madrid. Su cabello rubio, dorado, cobrizo, se rizaba en bucles lucientes como ruedas de bronce recién limado, y el color azul azulado de sus ojos aguamarinos.

—No te he visto hace algún tiempo.

—Ya sabes.

—Yo tengo otro trabajo.

Tenía otro trabajo. Qué pereza preguntarle por su otro trabajo. Qué falta de ganas.

—Puedo invitarte a comer yo a ti.

—No, Renata; te invito yo.

Hacia las dos se puso lluvioso y no pudimos caminar hasta el restaurante lejano y bien elegido en que yo pensaba, sino que tuvimos que meternos en cualquier sitio para comer cualquier cosa. Pero ella estaba igualmente alegre.

—Me gusta la lluvia —dijo.

Y se sacudía las gotas de agua de sus bucles temblorosos.

—Lo siento, Renata. Yo había pensado otro sitio mejor.

—Qué tontería.

Iba a preguntarle por aquellas cosas que pintaba, pero no le pregunté. No tenía ganas de ver otra vez su alma tenebrosa y pueril en una radiografía al carboncillo. Qué secretos de purpurina.

—Vamos a la parte de abajo.

En la barra había empleados recién salidos de la oficina, comerciantes jóvenes que habían cerrado el comercio hasta las cuatro y media de la tarde. Era un bar-mesón con cierta rusticidad en la madera del mostrador y en las bambalinas de jamones que colgaban del techo.

—Me gusta el sitio.

A Renata le gustaba el sitio. Quería hacerle cumplidos a una cosa que nos había deparado el azar. Quería hacerle cumplidos al azar, y esto me molestó.

Los empleados y los comerciantes miraban a Renata mientras pinchaban la aceituna o se paseaban el mejillón por dentro de la boca, montado en la lengua, como una falla valenciana. Miraban a la muchacha extranjera con codicia rencorosa, llenos de esa moralidad maligna de los celos injustificados. Renata tenía el andar y la sonrisa de la mujer experta, y esto les exasperaba, sin duda. Era un insulto a su vida de novia formal, de esposa formal y de aburrimiento completamente formal y respetable. Yo no podía hacer nada por evitarlo.

—Parece que te miran.

—Siempre en España. Siempre miran.

Cuando bajamos por la rústica escalera al comedor del sótano, un friso de cabezas siguió el andar ondulante de la alemana. Había gritos en la barra haciendo los pedidos a la cocina, espuma de cerveza, hervor del aceite en las sartenes, todo el fragor popular de un bar español a las dos de la tarde.

—Les vas a estropear el día, Renata.

—Tontos.

No estaba indignada. Era una alemana coqueta y le gustaba que la mirasen. A mí me indignaba un poco que ella no se indignase, pero tampoco mucho. Arriba quedó el

vocerío y quedaron los empleados y los comerciantes, con una mejilla abultada por un tito de algo, mascullando la lascivia y la libido y el deseo y la rabia de no pegarle cuatro mordiscos bien dados a la europea.

—A esa europea le pegaba cuatro mordiscos bien dados.

Suponían gratuitamente que yo no era capaz de pegarle cuatro mordiscos bien dados a la europea. ¿Por qué? En el bar-mesón había carteles de toros y de fútbol, murales con ciervos, un teléfono de pesetas, una máquina tocadiscos, una máquina tragaperras y una freiduría a la vista del público. Lo que más ambiente le daba a todo era la freiduría.

—¿Por favor los señores?

«Por favor los señores.» Tenían cierto protocolo en aquel sitio que quería empezar a ser turístico. Uno de los comerciantes bajó a los urinarios, que estaban en el sótano, y nos miró mucho al entrar y al salir del W. C. Caballeros. Y un joven de perfil, con chistera, en la puerta, dibujado en negro. El comerciante no traía chistera, pero se coló allí. Le temblaba la grasilla dentro del chaleco de punto. No llevaba chaqueta. Silbaba inflando una mejilla, como si todavía llevase en la boca el tito de la aceituna que le habían puesto con la caña de cerveza. Hacía ostentación de sus ganas de orinar delante de la alemana, como si los alemanes no tuvieran también estas necesidades tan viriles. El tipo desapareció y me aburría todo aquello, pero era inminente el amor con Renata, y yo me tocaba en el bolsillo las llaves del apartamento de un amigo. Por fin, el desnudo de aquella mujer serpiente, tan obscenamente aperitiva.

Haber tenido tanto amor, el cuerpo rubio de Europa en mis brazos, y ahora esta triste verdad, la realidad mediocre de Renata, un restaurante cualquiera, la lluvia en la calle. Me resistía a reconocer que cada una, en su momento, no había sido más de lo que era Renata ahora. También ella quedaría enriquecida por la memoria. Yo era un arruinado que vivía de los recuerdos. Nos trajeron las cartas del restaurante.

No haber ido nunca a aquella casa sórdida, con perros, gatos y tortugas, no haber embriagado a Jeanette en el erotismo verde del piso con bicicletas históricas y pianos lascivos, no amar a Bodil en una noche de borrachos, sobre la colcha ofidia, sucia de otros amores, no subir, no haber subido a aquel piso de obreros tristes, a aquel hogar laboral para amarnos, Childe, Childe, en el dormitorio matrimonial de ellos, mientras el niño dormía pared por medio, abrazado a una naranja a medio pelar como toda fortuna, no aproximarme con Renata hacia la hora del apartamento prestado, la lujuria de sobremesa, las imaginaciones viciosas que hacen del sexo el último reducto de la libertad humana, el doble fondo de una existencia que no da para más, porque qué es la vida sin imaginación, qué sino unas cuantas comidas a la carta, unos números en la oficina y un reloj de cumpleaños. Lo siento, Renata, no tengo un buen día, pero te prometo cumplir.

Está mal arrepentirse. No hay que arrepentirse nunca de nada. Ellas se llevaron una herencia de maldad, que es todo lo que pude dejarles. Tortugas, sabandijas, sangre y enfermedades, mentira y nembutal: éste es mi botín, es el suyo, es todo lo que queda de ellas y de mí. Por los objetos que sobrenadan después de una relación, entre dos seres, en el agua tediosa del olvido, sin que haya sumidero que se los trague, puede conocerse qué fue aquella relación. Si uno se asoma a los lavabos, las pilas, las fregaderas, las cloacas de su vida, encontrará estuches de medicinas, restos de película, tubos apretados, torturados, papeles doblados y escritos de través, una flor de trapo deshojada. Es lo que resta de su vida y su amor.

Lo que resta no son palabras ni recuerdos, ni cicatrices. Lo que resta, siempre, son cosas, objetos usados que todavía podrían valer, y en ese «todavía» está la frustración, la inquietud y el desaprovechamiento en que vivimos. Uno tiene unos dibujos a tinta, que quizá hiciera alguna profesora francesa de liceo en la niebla de la provincia, cartulinas y un botón azul de un abrigo azul, tan femenino, con su hilacha también azul, como aquél, como este abrigo de la alemana, el pañuelo blanco comprado en Amsterdam, que no pierde la señal de los primeros dobleces, después de lavados y más lavados.

Un estuchito de piel forrado por dentro de peluche rojo, un libro Qn noruego que no va a leer nunca, un «Erasmus» de la época de Erasmo, poco más o menos, y luego la ceniza triste de las cartas, postales^ sellos, recortes de periódico y cintas de ropa interior. Con todo eso se puede llenar el cajón de una consola antigua, pero sin valor, y cerrar bien el cajoncito, tirando luego la llave por el váter, donde sonará con un tin alegre contra lo blanco, antes de desaparecer.

Entonces se hace un montoncito de papeles bajo las patas de la consola, se rocía con algún líquido inflamable y se le prende fuego. Así arderá la consola, como una dama a la que se le quema el polisón, subirá la llama por las piernas alabeadas del mueble, dará la consola chillidos de color, gritos de purpurina, alaridos de luz en el espejo que tiene encima, y morirá abrasada como una heroína de Émile Zola. Pero tampoco hay por qué arrepentirse de nada.

Ni siquiera de haber quemado una consola.

—Ni siquiera de haber quemado una consola, Renata.

—¿Tú has quemado alguna vez una consola?

—No. Pero lo haré cualquier día.

—Son bellas las consolas. Quiero comprar una en el Rastro para decorarla yo misma. Ya sabes que no pinto mal.

—Desde luego.

—¿Me acompañarás tú al Rastro un domingo por la mañana?

Se ponía matrimonial, como todas.

Habrá que asesinarla en el apartamento prestado, después del amor, golpeándola con una guitarra, para que dé esos chillidos que dan las alemanas cuando se les asesina a

guitarrazos.

Y luego enviaré su cuerpo a reunirse con el cuerpo hermoso y tumoral de Childe, con el cuerpo gastado de Jeanette, con el cuerpo gigante de Bodil, con Guill y su cuerpo prodigioso, perfilado, límpido.

—Bromeas.

Pero no estaba muy segura de que yo bromease. La carta del restaurante era un folio mecanografiado y pegado en una cartulina. Todo ello había sido clausurado dentro de un plástico con reborde fino de badana, y nos lo ofrecían como una reliquia, muy cerca del rostro, como si hubiese que besar la carta allí donde dice: postre especial de la casa; todos estos precios se verán incrementados en un quince por ciento, etc. Renata puso mucho cuidado en la lectura del menú.

Odio a la gente cuando habla de comidas y explica que hay un restaurante donde por un plato de sopa, un filetito bien presentado, media botella de vino y fruta le cobraron treinta y cinco pesetas, que es un precio realmente discreto. Recuerdan todos los menús de todas las comidas que han hecho en su vida, de modo que están llenos por dentro de purés fríos, merluza verde, garbanzos mohosos y filetes abarquillados. Puach. Temí que Renata fuese de éstos. Hay muchos hombres y mujeres así. Pretendía que yo le ayudase a elegir.

Pero yo estaba a lo mío, quemando consolas, llorando con una tortuga por la suerte de Guill, tirando de la cadena de todos los retretes públicos para que la catarata de agua se llevase de una maldita vez los objetos flotantes, sobrenadantes, los recuerdos, las cajitas de medicinas, con su fecha de caducidad y su timbre a metálico.

—¿Te gusta a ti la coliflor cocida?

La coliflor cocida, con su olor a enfermo del vientre.

Renata pidió coliflor cocida, inevitablemente, y su nariz de gancho le daba cierto aspecto de picaflor picoteando con el tenedor la maleza humeante del plato. Yo soportaba aquel olor digestivo e intolerable. Seguro que en los restaurantes de Munich (*Minsen* pronunciaba ella) le daban una coliflor aséptica que no olía a nada, que no olía a España, como esta coliflor madrileña, cargada de todos los aromas digestivos del pueblo, sus tuberías, sus cañerías, sus cloacas vecinales y sus vertederos calientes donde los niños juegan a envenenarse con el excipiente excrementicio de los mayores, y lo que no les mata les hace nietzscheanamente más fuertes.

—Nuestro pueblo, Renata, que no ha leído a Nietzsche, dice que mierda que no ahoga, engorda.

—Oh.

Lo más que se puede obtener de una europea lista, en el ápice de la comunicación humana y sentimental, es un *oh* de boca redonda.

—Los europeos decís *oh* y los españoles decimos *ay*.

—¿Es verdad eso?

—No es mía la observación. Es de otro español.

Renata picoteaba exquisitamente su coliflor poniendo el tenedor completamente vertical y rizando su meñique en torno del mango. Renata era una alemana viajera que había decidido vivir su vida y que ahora, mientras tomaba coliflor cocida, estaba llevando a cabo intensamente, sin duda, el programa vital de vivir su vida. Le puso sal a la coliflor y antes de hacerlo miró mucho al salero, y volvió a mirarle después, como temiendo que fuese un objeto típico español, una inestimable reliquia de los almohades, los almorávides o los benimerines, cuyo valor arqueológico se le estaba escapando por falta de atención. Pero el salero era una cosa corriente y se atascaba con bastante facilidad, cegando sus agujeritos con granos de sal.

—Dijo otro español que los restaurantes se conocen por los saleros.

—¿Por el salero?

Pensaba en el salero sandunguero de la raza, y esto le divertía.

—No, Renata. Por el salero de la sal. Si el salero se atasca, desconfía. Si el salero va bien, el sitio es bueno.

Renata volvió a agitar el salero boca abajo para recordarme que se atascaba. Fue una manera inteligente de decirme que la había llevado a un sitio mediocre. Pero en sus finos labios había ironía. La amé por inteligente y toqué en mi bolsillo la llave del apartamento. Renata era una europea disidente que no añoraba Europa, sino que se encontraba muy bien en España y todo lo encontraba muy bien en España y todo lo encontraba confortable, simpático.

—¿No te molesta la suciedad del país?

Pero no había reparado en que hubiese suciedad en el país.

—¿Y el desorden? ¿Y el ruido?

Yo recordaba el silencio y la disciplina de la Leopoldstrasse. Se me hizo simpática, inevitablemente, la condescendencia de Renata hacia España, no porque uno no haya superado la idea de patria, que es una idea beligerante, sino porque esta comprensión suya nos permitía ir de entrada a nuestras cosas, sin tontos planteamientos nacionalistas.

Renata era una ciudadana del mundo, o sea, de la mugre, la asepsia, la miseria y el lujo; una ciudadana de lo que le pusiesen por delante. Había terminado su coliflor. Era un bello picaflor comiendo coliflor en flor.

Como segundo plato le trajeron callos a la madrileña. A mí me parecía que el conjunto del menú no quedaba muy armónico, pero Renata se sumergía en el mundo espeso de los callos a la madrileña como en el mondongo secular de la raza, en el espesor gelatinoso de este pueblo hecho con sangre y muerte, en la salsa densa y picante en que flotan los cadáveres de las cien invasiones, las cien guerras civiles, los cien pronunciamientos y las cien asonadas que ha soportado el país.

—¿Te gustan los callos a la madrileña?

Y me ofrecía una tajada con el tenedor. Renata bebía el vino claro y ligero que le habían traído. Estaba llenándose de la sustancia vinícola de España, de la savia y la sangre de la raza, de su espesor barroco licuado en la salsa de los callos. Se estaba tomando, debidamente condimentados, a Quevedo y al Arcipreste, a la Celestina y a Corocota, a Túbal y aquel rey Enrique que se gozaba con los olores y los sabores nauseabundos: todo el trasfondo de establo y calabozo, de motín y figón que late en los adentros de la especie penibética. Pero se mantenía digna, delicada, afilada, elegante, hambrienta, europea. Era el pavo real heráldico de no sé qué Corte antigua hinchándose de callos a la madrileña. Después le trajeron el postre.

Naturalmente, el postre oficial de la casa.

—Pero tú comes poco, oye —me decía.

El postre de la casa era una apoteosis rococó y pomporé de frutas, helados, dulces y flanes. Más que la originalidad, los cerebros de la cocina habían buscado la acumulación. Aquello era de un barroquismo artístico y de mal gusto que me pareció, no sé por qué, muy alemán, como cuando ellos le clavan una innecesaria espadita de plástico a la hamburguesa. O como cuando me sirvieron, en la famosa cervecería de los mítines y los atentados hitlerianos, una trucha en forma de sapo, con la bandera nacional en lo alto.

—Los alemanes y los españoles somos unas gentes barrocas y rudas —dije.

Pero Renata estaba pecando concienzudamente con el postre especial de la casa. Hice una seña al camarero para que me acercase la cuenta, y empecé a sentir un especial alivio de abandonar aquel sitio, alivio que se confundía ya con la inminencia gozosa del tan esperado momento del amor.

En el apartamento de mi amigo había camas desventradas, muchos libros apilados, una guitarra, affiches, posters, un televisor y esa sensación de manigua tupida que se experimenta al entrar en una casa muy habitada que ocupamos cuando no hay nadie

dentro. Olores y sabores del cubículo humano. El lavabo, abierto, soltando todas sus lociones de afeitarse, sus jabones y sales de baño, sus masajes para después del baño. Sonreí. El tipo era más bien desaseado y bohemio, pero le visitaban muchas mujeres, y algunas de ellas debían tener allí su botiquín de urgencia para después del amor. Una guitarra en la pared. Volví a sonreír. La guitarra con que yo había pensado darle garrote vil a la alemana.

En el living, en el dormitorio, en el pasillo, en toda la casa, las imágenes de Ernesto Ché Guevara, Patricio Lumumba, Cohn-Bendit, Marcuse, negros y árabes, Mao, el Tercer Mundo, la marea oscura, arcillosa e inédita de las razas vírgenes y antiquísimas, de los pueblos nuevos y míseros, las áreas del subdesarrollo, socializadas y plantadas de limoneros, revolucionadas y fijas en un poster violento.

Renata se quitó el abrigo, se quitó la chaqueta, se quitó cosas. Fue difícil explicarle que aquello no era mi casa, que yo amaba a aquellos negros de la pared, pero no convivía con ellos, por el momento. Camilo y Helder Cámara. Por la ventana se veía la calle, una ancha y larga calle con semáforos en rojo sobre el cielo de plomo.

La alemana abrió la radio, puso un disco, tocó la guitarra, encendió el televisor, apuró todas las posibilidades sinfónicas del apartamento, con ese instinto fuerte y antiguo de su raza musical. Llovía afuera. Tuve que abrazarla un poco bruscamente para terminar con el preámbulo melódico, pero la verdad es que ella lo esperaba.

Se me escurrió de entre los brazos, hacia el baño, y yo aproveché esto para cerrar el tocadiscos, la radio, la televisión, y devolver la guitarra a su sitio. Quedaron yugulados en el aire del apartamento *El concierto de Varsovia*, la Orquesta Nacional de Radio y Televisión y la garganta delicada y poderosa de Petula Clark. Eso fue todo.

La guitarra, que golpeó contra la esquina de un mueble cuando la tomé para colgarla en la pared, dio una nota honda y hermosa, esa nota profunda, inédita, que sólo dan los instrumentos musicales cuando los maneja el profano total, que es quien puede sacarles sonoridades que no están en el repertorio de las enseñanzas, los conservatorios, los solfeos y la historia de la música. El dormitorio de mi amigo era una habitación irregular, casi vacía, que comunicaba con el baño. La cama deshecha y dos zapatillas masculinas, grandes, felpudas, viejas, cuadrículadas, como dos ancianos perros de lanas, dormitaban cerca de la cama en posiciones encontradas.

Desde el lecho oí el agua correr en el baño, la alegría de los grifos, el remolino del bidé. Esa loca se va a cortar la digestión. Estas europeas no creen en esas cosas, pero me parece a mí que me va a estropear la fiesta con tanto lavado. Me hablaba desde el otro lado de la puerta, en voz alta y coqueta. Me enviaba palabras sueltas, destinadas quizás a calmar mi supuesta impaciencia. Pero yo no estaba impaciente. Así es como apareció con todo el pelo recogido en la nuca, la cara recién lavada, los hombros desnudos, delgados, envuelta en la gran toalla blanca de baño, tímida y sonriente, coqueta.

Como en tantos otros casos, su pudor no era pudor, sino miedo a no gustar. Autocrítica. Aquella abundancia insospechada y caediza, sobrante, sin remedio. Eso sólo se resuelve no abandonando la toalla hasta el momento justó. Hay maniáticos a quienes les gustan las cosas así. Véanse, si no, ciertas publicaciones francesas. En fin...

Renata tendida era otra cosa. Se le deshizo en seguida la gran melena rubia y de cobre. Una cabeza fina y gloriosa, unos ojos ávidos, y el gran espectáculo de la cabellera en la sábana. Una mujer blanca, grácil, ofidia, de formas inseguras, cambiantes, maleables, quién sabe qué, pero yo no estaba desanimado, ni mucho menos.

Realmente, Renata era una fiesta, una alegría, una sabiduría, un tratado, un vademécum, un amor, un repertorio, una civilización, un oficio, un grito, un disparate. Llevaba en sí aquella abundancia y aquel engaño, por la calle, y esto le daba malicia y

conspiración a su manera de tratar a los hombres. Siempre estaba pasando algo de matute. Comprendí que su sonrisa era la sonrisa de la mujer contrabandista. La que tiene que pasar su cuerpo por todas las aduanas, como mercancía averiada que quiere dar por buena, acaba siendo contrabandista de sí misma y va por la vida con el alijo dudoso que la abrume y la pone en guardia. Pero ahora que todo estaba claro, Renata era feliz y yo también. Me parece.

Fue una larga tarde en que el teléfono sonaba sin respuesta. Toda la conspiración del Tercer Mundo debía haberse paralizado con el mutismo de aquel teléfono. Renata se levantó, ya sin toalla, a poner música, y acertó con unos cantos negros, con unos himnos argelinos, con unos discos revolucionarios que mi amigo tenía por allí, a mano. Creo que la alemana y yo llegamos a comprendernos realmente, pero luego vino el cansancio, la repetición, el hastío, la rutina, el miedo y la toalla sucia. Metía mis pies en las abrigadoras zapatillas de mi amigo. Aunque estaba desnudo, la piel y el calor de aquellas pantuflas me vestían por entero. Su confort me subía por las canillas, por la pierna delgada, por el vello de los muslos, por el sexo y el vientre, hasta la cintura y el pecho. Estaba abrigado, cubierto, vestido. Miré otra vez a la calle con lluvia, anochecida. Renata había encendido luces.

Éramos una pareja cansada, repetida, canjeable, monótona. Éramos un fin de raza. Decadentes. Dos cuerpos pálidos y débiles. Los restos de treinta siglos de arquitectura y fornicación. La arqueología humana. La columna derribada y sin prestigio. En las paredes grandes fotos, grabados, posters, pasquines, rostros negros y cobrizos, caligrafías del desierto y sol del Caribe, una luna oscura y joven amanecía sobre la palidez de Europa. Renata me hizo la inútil pregunta milenaria de si la encontraba atractiva.

FIN



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.